



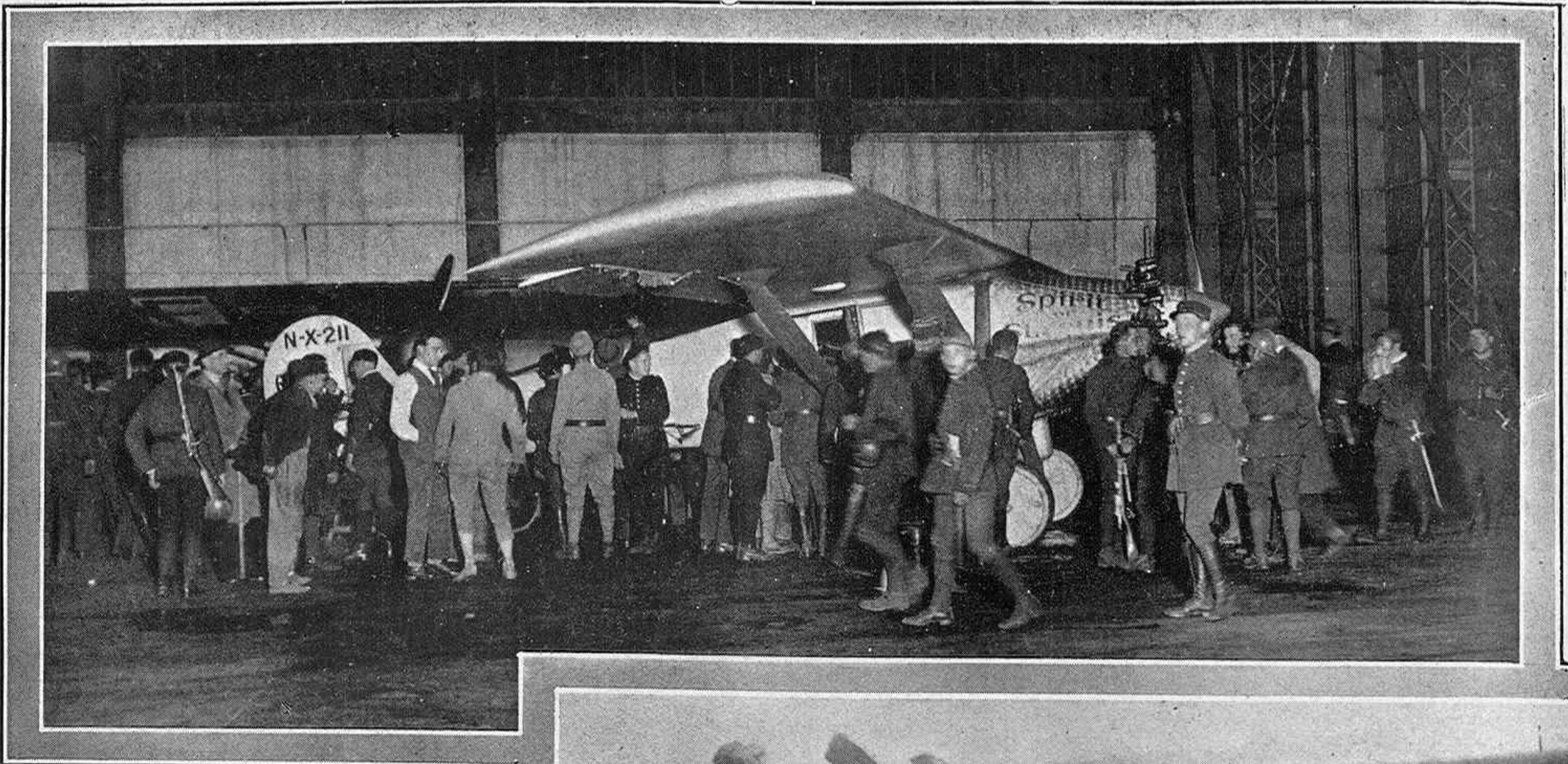
Los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria inauguran en Madrid la Exposición del Lujo, organizada por el Gobierno francés é instalada en el Palacio del Retiro

La Reina Doña Victoria recorriendo las instalaciones de la Exposición del Lujo, acompañada del Embajador de Francia en Madrid Sr. Peretti della Roca

Don Alfonso XIII visitando la sección instalada en el Palacio de Cristal

(Fots. Campúa)





El «Espíritu de San Luis», aparato en que Lindbergh ha hecho su magnífico vuelo, poco después de su llegada al aeródromo de Le Bourget, en París

LA TRAVESIA AEREA DEL ATLANTICO L I N D B E R G H Y SU MAGNÍFICO VUELO NUEVA YORK-PARÍS

MAGISTRAL hazaña la de este hoy famoso aviador que en un salto prodigioso ha salvado el Atlántico, en un vuelo de treinta y cuatro horas. Realza aún más la importancia y el relieve de este vuelo la circunstancia de haber sido en esos mismos días, precisamente, cuando era más aguda la impresión dolorosa de la desaparición de Coli y Nungesser, que habían salido de París con propósito de cruzar el Atlántico.

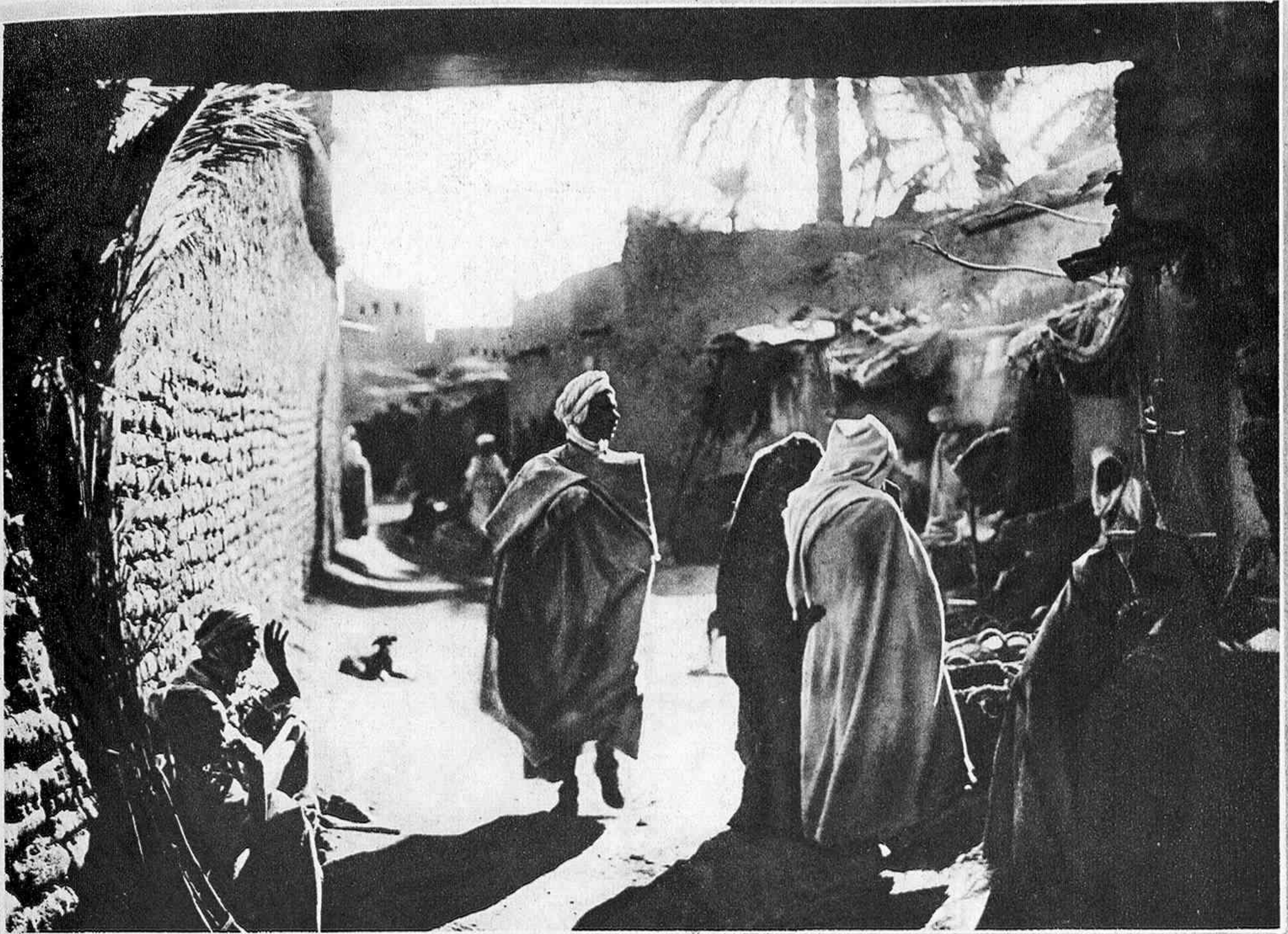
En la noche del sábado último, á las diez y veintidós, aterrizó Lindbergh en el aeródromo de Le Bourget, después de haber cubierto felicisimamente la enorme distancia que separa ambos continentes. El entusiasmo de la inmensa multitud que recibió al aviador norteamericano fué indescriptible. Las demostraciones de simpatía hacia el aviador son continuas y fervientes. París entero, desde los más altos elementos oficiales hasta los más humildes sectores del pueblo, han rendido su homenaje de admiración á este aviador glorioso.

Hay algo, además, en el vuelo, que le presta mayor interés: su cualidad de gesto de audacia y de fe, algo apartado del metódico estudio científico que ha de acompañar á estas hazañas. Así, ha podido merecer Lindbergh el sobrenombre de «el loco del aire»... La curiosidad mundial tiene fijadas sus pupilas ávidas en los menores detalles y en los más nimios gestos de esta nueva gran figura del aire, cuya proeza es la más admirable de cuantas hasta ahora lleva realizadas la aviación.

Lindbergh, el héroe de este prodigioso vuelo, que ha sido recientemente la más alta nota de la actualidad mundial

(Fots. Agencia Gráfica y Rol)





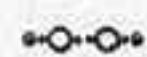
Alrededores del Palacio del Bey de Túnez

Joya filigranada tunecina
que á las puertas del golfo reverberas;
arden los que á ti van en las hogueras
de tu mágica rada, que fascina.

Tu espléndida *corniche* esmeraldina
lleva al mar tus sonrisas hechiceras,
y, á la sombra de pinos y palmeras,
Amor puebla de almunias tu colina.

Musulmanes y hebreos y *rumies*
á tu égida se acogen bienhechora,
y en ti se visten sus mejores galas;

y, cuando en brazos del verano ríes,
son tus villetas, que Tunisia adora,
cisnes que tienden hacia el mar sus alas.



Delicioso rincón, jaula dorada,
que una cautiva autoridad vincula;
residencia de paz que el Bardo emula
porque es del Bey temporal morada;

de tus vivos colores la cascada,
la majestad de un trono disimula,
y en sus entrañas sáciase la gula
de una soberbia y ambiciosa espada.

PAISAJES AFRICANOS

LA MARSA

La beylical bandera, que tremola
en mitad de tus quintas y jardines,
no es la más alta, ni domina sola;

y así, al través de tantos colorines,
sólo un rubor intenso de amapola
la enrojece, al sonar de los clarines.



De tu playa en la curva nacarada
toman las olas tonos diferentes;
mas los verdes y azules preeminentes
luego son viola y malva plateada.

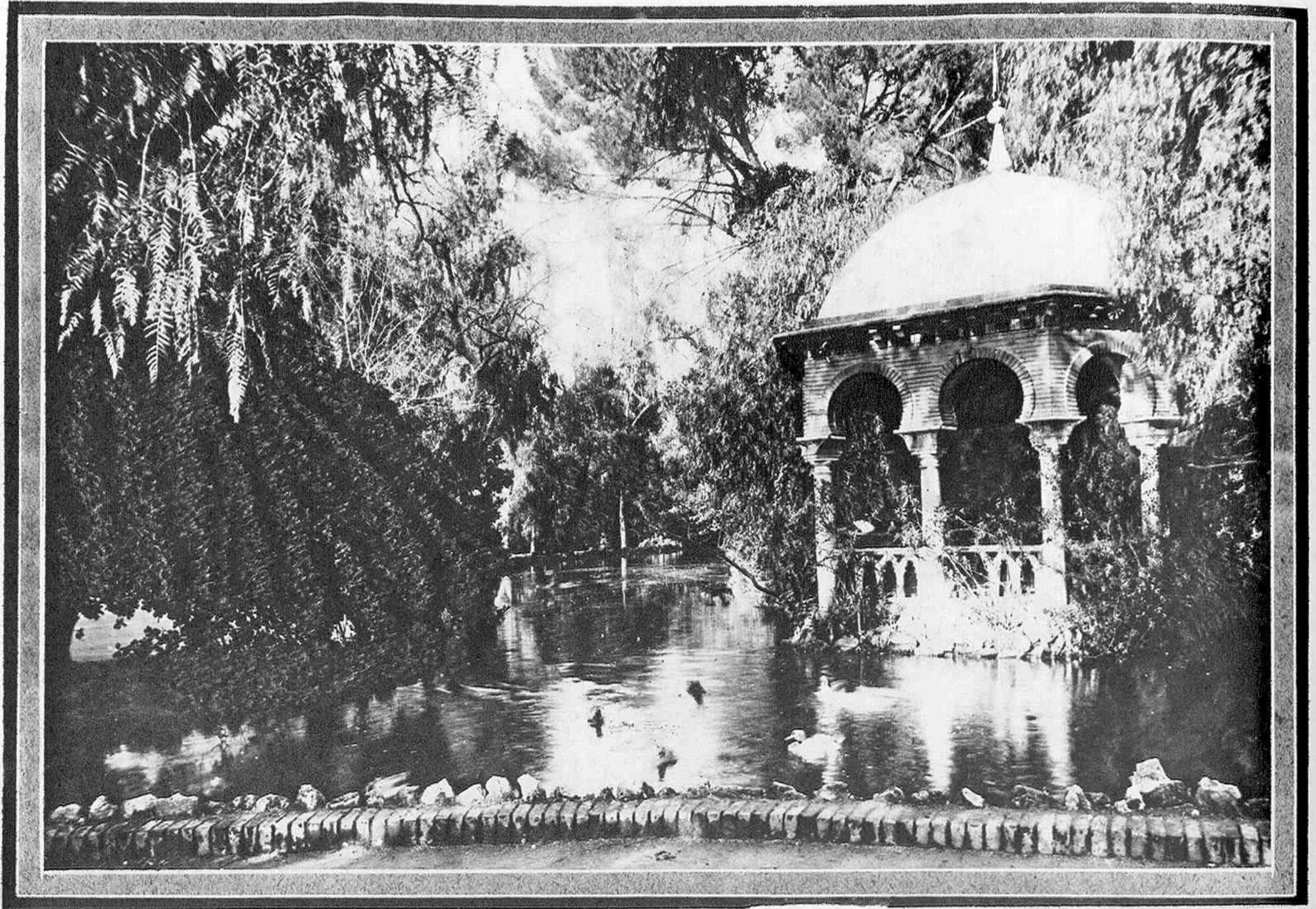
Enfrente va á posarse la mirada
del *Djebel Abiod* en las vertientes,
que en la «Costa del Sol» muestran lucentes
cantiles que abren á las naos entrada.

Enmudeció en tu arena Jeremías;
que descuelga Israel sus arpas de oro
y hoy son cantos de amor sus elegías.

Tú tienes de Sión alma y tesoro,
porque hebraicas son ya las alegrías
que exultan siempre tu recinto moro.

RODOLFO GIL





Un rincón de la ría en el Parque sevillano de María Luisa

(Fot. Linares)

NARRACIONES EXTRAÑAS

EL SUICIDIO DEL CISNE VIUDO

N la ría que decora como una gran esmeralda esplendente al maravilloso Parque de María Luisa, engarzada en doradas orillas donde se alzan cimbreantes palmeras y lucen sus pompas floridas los rosales y los jazmineros, vive una dilatada familia de cisnes, ánades y patos, tan blancos como las candidas espumas del mar. Mas entre ellos, también majestuosa y dominante, vivía una pareja de cisnes, de plumaje más negro que los ojos de la noche.

Todas estas aves atraían poderosamente la atención y causaban la alegría de los niños que, solícitos y generosos, los regalaban con migajitas de su pan; pero más especialmente los cisnes negros de picos de escarlata, por su originalidad y corpulencia entre los otros.

Ellos eran los dilectos, y era de ver el alboroto que se promovía entre la grey infantil cuando se les acercaban extendiendo sus largos cuellos como de azabache.

Los niños saltaban y huían, fingiendo las más de las veces sencillos y graciosos temores.

Pero un día las candidas criaturas lleváronse la desencantadora sorpresa de hallar sólo al cisne macho, enterándose de la triste noticia de que la hembra había muerto.

El cisne viudo aparecía como abatido y lleno de pesadumbre. Ya no acudía á las llamadas de los niños y huía de sus fiestas y de sus halagos, desdeñoso, asimismo, de las migajillas de pan con que lo regalaban.

Alguna vez parecía loco, deslizándose veloz sobre las tranquilas aguas como sin norte y sin sentido. Y otras acometía á las aves blancas como irritado con su presencia y rencoroso contra sus dichosas vidas.

Advertido el guardián de aquella congoja y de aquella irritabilidad del cisne desgraciado, y viendo que hasta se negaba á comer, sintió temores de que enfermara, tomando la medida de trasladarlo á otra ría lejana del mismo jardín. Cambiándolo de medio—pensó el generoso guarda—conseguiremos hacerle olvidar sus pesares y salvarlo de mayores dolores y tristezas.

Pero he aquí que el cisne viudo, aprovechando las sombras de la noche y la ausencia del guardián, abandonaba las nuevas aguas y atravesando senderos y praderas volvía á la vieja ría, amaneciendo todas las mañanas bajo las suaves sombras de un sauce llorón.

Y cada día parecía más taciturno y apesadumbrado.

Mas una noche no volvió. Falto de fuerzas, desengañado de no encontrar á la pareja amada, resignóse á morir por sus perdidos amores.

Y el guarda, en un resplandeciente amanecer aciago, pudo ver con espanto cómo el cisne negro y viudo se había quitado la vida hundiendo su duro pico de coral entre las suaves plumas y la tierna carne dolorida.

Y cómo el exánime cuerpo se deslizaba sobre las serenas aguas, como un jirón de la noche, prendido un clavel rojo entre las negras sombras.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

UNA OBRA ADMIRABLE DE MURILLO



NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Admirable lienzo, propiedad del excelentísimo señor marqués de Foronda, que representa, dentro de la abundante iconografía religiosa, una de las más espléndidas manifestaciones del genio del inmortal artista sevillano

(Fot. Serra)

ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID



UN GESTO DE LA ACTRIZ
ROSARIO IGLESIAS

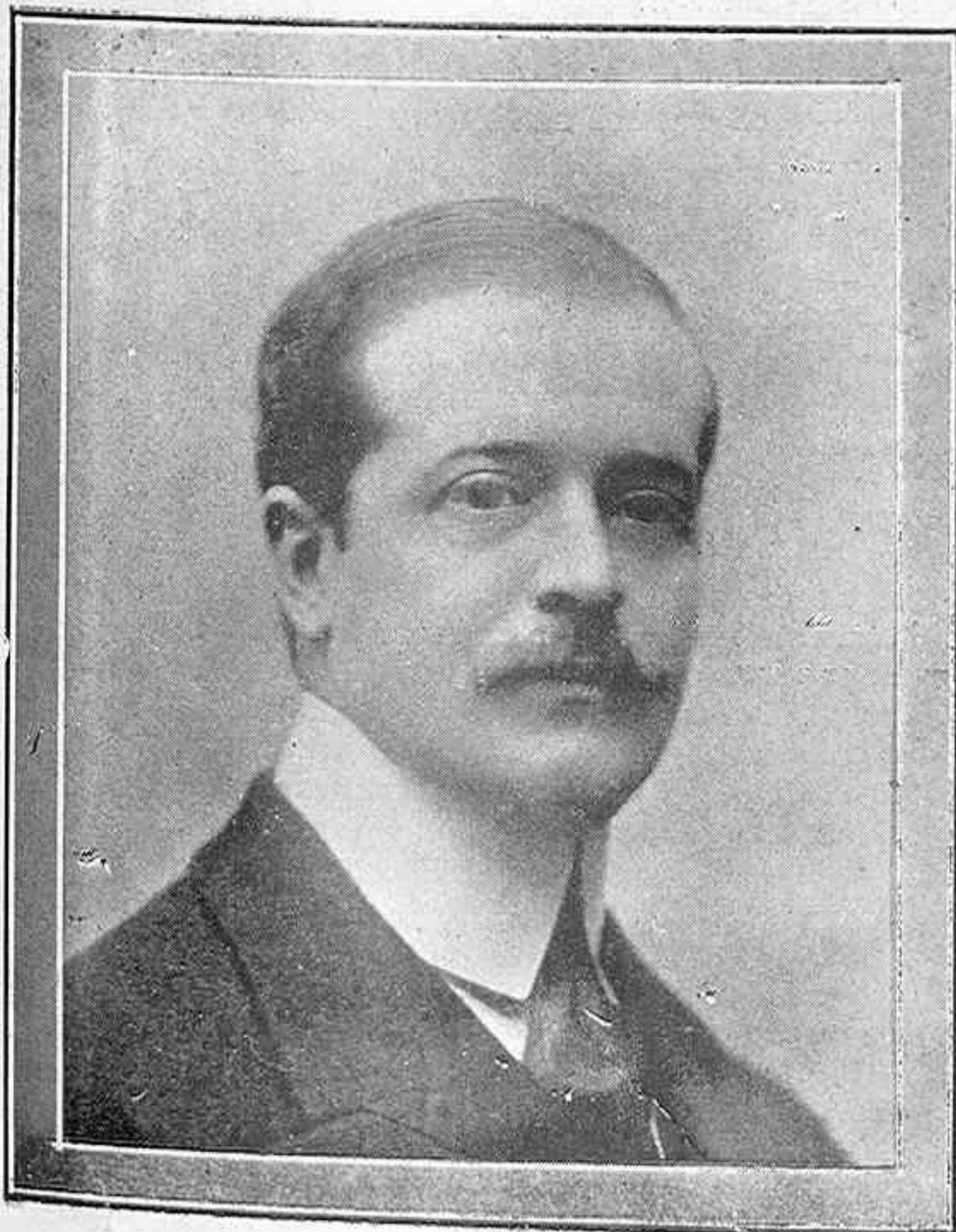
He aquí una maravillosa expresión de la nueva actriz, cuya actuación constituyó tema de viva actualidad teatral. Rosario Iglesias, á quien un crítico santanderino ha llamado la musa dramática de nuestra escena contemporánea, une, á la magnífica del gesto, las calidades melódicas de una voz armónica

*Las mercedes concedidas
por el Rey
con motivo
de las Bodas de Plata
de su Coronación*



Su Alteza la Serenísima Señora doña María Luísa de Silva y Fernández de Henestrosa, duquesa de Talavera, esposa del Infante D. Fernando, á la que Su Majestad el Rey ha concedido honores y tratamiento de Infanta de España

El Infante D. Carlos, capitán general de Sevilla, á quien Su Majestad el Rey ha concedido—con motivo de sus recientes Bodas de Plata con el Trono—categoría y dignidad de Capitán general de los Ejércitos españoles



Don Alfonso XIII, con motivo de sus recientes Bodas de Plata con el Trono, ha concedido varias é importantes mercedes.

Entre ellas, el Toisón de Oro á don Mariano de Silva y Carvajal, marqués de Santa Cruz, una de las más relevantes personalidades de nuestra alta aristocracia. Este prócer, que tiene también los títulos de marqués de Villazor y del Valle, nació en Madrid, en 1875. Siguió la carrera de Leyes y se licenció en Salamanca. Figuró en el partido liberal-conservador que acaudillaba Silvela; representó durante veinte años en el Congreso el distrito de Cuéllar. Fué también senador, desempeñando la primera vice-presidencia de la Alta Cámara.

Unido el marqués de Santa Cruz por entrañable amistad á D. Eduardo Dato, fué varias veces secretario del Congreso y subsecretario de la Presidencia. Posee, desde hace varios años, el Gran Collar de Carlos III. Es Grande de España; Gentilhombre de Cámara con ejercicio y servidumbre; Maestrante de Valencia; Caballero de Santiago; grandes Cruces del Salvador de Grecia, Estrella Polar de Suecia y Aguila blanca de Rusia. Es el hijo mayor de la duquesa de San Carlos, Camarera mayor de Palacio desde hace cerca de treinta años, y hermanos suyos son el duque de Miranda, la condesa del Puerto y la Princesa de Metternich.

Don Mariano de Silva y Carvajal, marqués de Santa Cruz, á quien Su Majestad el Rey ha concedido el Toisón de Oro con motivo de las recientes Bodas de Plata del Monarca con el Trono (Fots. Franzen)

TEATROS NUEVOS Y TEATROS VIEJOS

Son tan distintos y tan distantes el repertorio de Jean Sarmant y el de Emma Gramática, que su aproximación en una serie de diez y ocho funciones, más que fruto de la casualidad, parece gesto irónico del marqués de Fontalba ante la actitud inquieta de críticos y dramaturgos buscadores de un teatro nuevo.

Desde *La Dama de las Camelias* a *Madelón* va casi un siglo, y un siglo de activísima elaboración espiritual y de ardientes luchas literarias traducidas en épocas en que las gentes sentían con más hondura y expresaban con más vehemencia que hoy en verdaderas batallas; todas esas luchas y todas las fórmulas de teatros pseudodefinitivos no han impedido que finalmente la *Madelón* sea, como Margarita, una mujer abandonada por su amante, y que Jean Sarmant nos haya mostrado, como Alejandro Dumas, la página final de una novela de amor. Sin la diferencia esencial entre los dos galanes, podríamos pensar que en todo ese tiempo la Humanidad ha variado mucho menos de lo que el teatro ha pretendido variar: el modelo es el mismo, ó poco menos, y quizás la diferencia en las copias depende más del modo de mirar del copista que de los rasgos fundamentales de las figuras.

Sería desconsolador pensar que del galán de Dumas no había quedado más que el galán de *Madelón*, y es seguramente más conforme a la realidad pensar que en tiempo de *La Dama de las Camelias* había ya egoístas como el personaje de Sarmant, y en tiempos de Sarmant quedan aún románticos como el amante de Margarita.

Lo que probablemente ocurre también es que el problema que creó a Duval padre el enamoramiento de su hijo no tiene hoy, ni mucho menos, los caracteres agudos que en tiempo de Dumas. ¿Quién sabe si el amante de *Madelón* no deja á su amadora por una *cocote* jubilada! En esa transformación, si la hubo, fué gran parte el teatro, y el teatro por la exaltación de Dumas y sus congéneres precisamente.

Porque en la evolución del teatro durante ese siglo es fácil ver que las fórmulas que han tenido eficacia y han perdurado—con la perduración efímera de las cosas humanas—han sido las que han satisfecho necesidades espirituales y sociales de su época. Los románticos, que pensaban oponerse á las leyes humanas y divinas con la fiereza de Marsilla, por ejemplo, lucharon, en realidad, contra algo menos consistente y fundamental: contra los prejuicios sociales; y en parte los vencieron. El teatro pasó así en ser verdadera «escuela de las costumbres», que son, naturalmente, mucho más fáciles de modificar que las pasiones y los sentimientos que la psicología humana en definitiva.

Por eso forzosamente han de ser y son más efímeras las innovaciones puramente formales; la forma interna en definitiva no es, en dramaturgia, sino una prolongación en sentido muy amplio del estilo; algo personal privativo del genio, cuando realmente constituye un modo nuevo de arte, y que degradan, deformándolo, por la curvatura de los espejos propios en que lo hacen reflejar los imitadores.

Dumas fué, en su época, infinitamente más revolucionario que Sarmant en la suya, y es de suponer que *Madelón* no viva tanto como *La Dama de las Camelias*; la dedicatoria que Daudet, tan conocedor del alma humana, puso al frente de *Safo*, hace pensar que por mucho que el egoísmo infiltre á la Humanidad, los veinte años serán aún durante mucho tiempo los veinte años con todos sus impulsos generosos más ó menos excesivos; pero no es esa sola la causa de la supervivencia de *La Dama de las Camelias*; algún miope añadirá que otra fundamental es que se trata de una obra de *confronto*, como dicen los artistas italianos para que una actriz se paragone con otras de gloriosa memoria en el arte escénico; pero obras de actriz hay muchas; son innumerables; lo que ocurre que no todas reflejan, como la de Dumas, la sociedad de una época,

LA VIDA DEL TEATRO

ca, si no íntegra, cuando menos en algún modo fundamentalísimo de sentir y de pensar; en *Madelón* no hay más que una anécdota biográfica, personal; sus personajes son caracteres como la anécdota misma que entre ellos se fragua más ó menos interesante; pero que no exceden nunca de lo personal; en *La Dama de las Camelias* el conflicto no es entre dos individuos, sino entre dos ambientes sociales, los personajes son tipos, y por eso pueden perdurar.

Si la novedad del teatro de Jean Sarmant está, como ha dicho algún crítico francés, en que en sus obras no hay adulterios, también sería discutible esa novedad, y *Los ojos más hermosos del mundo* podría ser tan argumento en pro del divorcio como cualquiera de los dramas en que más trágicamente se defendiera la indisolubilidad del vínculo. Análogamente, *Madelón*, por ejemplo, podría servir, como nuestro *Juan José*, para demostrar que no es la indisolubilidad lo que determina los dramas que surgen después de aquel instante trágico tan finamente visto por Bourget, en que dejan de pensar sincrónicamente dos cabezas que reposan sobre la misma almohada.

Tampoco está la novedad en hacer teatro psicológico llevando á la escena los métodos que



CASIMIRO ORTAS

Popular primer actor del Teatro de la Comedia, que celebró recientemente su beneficio

Bourget acentuó en la novela: teatro de análisis se ha hecho mucho en el mundo, y la novedad no puede estar en la manía analítica, sino, en todo caso, en elegir bien lo que de un carácter conviene analizar á la vista del público, para que el público le reconozca pronto y bien. *El pescador de sombras* es, en este sentido, una obra muy demostrativa; se trata no ya de teatro psicológico, sino de teatro patológico, psiquiátrico; pero para conocer al protagonista, y tal vez para explicarnos la «conducta» de su hermano en el acto segundo—que en lenguaje psicoanalítico podríamos llamar «el complejo de Caín»,—nos falta todo el análisis de los antecedentes, al modo como Ibsen, por ejemplo, y por lo menos, lo hizo de otro caso patológico: el Oswald de *Los apátridos*.

¡Ibsen! He aquí otro revolucionario, si no de anteayer, como Dumas, de ayer, por lo menos coevo de Suderman; de ambos nos ha mostrado ejemplos Emma Gramática, y ambos han sabido á viejos á los pescadores de novedades.

De Dumas, de Ibsen y de Suderman, sin embargo, queda mucho en el teatro moderno; lo que hay es que en la biología de la dramaturgia, como en la evolución de los seres vivos, no perduran como especies todas las variedades que

las circunstancias hacen surgir; pero de ellas queda lo fundamental y lo útil; por ejemplo, en el repertorio nuevo de Emma Gramática, *La endemoniada*, de Shouner, por no hablar más que de obras representadas ahora por las

Compañías extranjeras.

ALEJANDRO MIQUIS

COMENTARIOS SINTÉTICOS

EL CAMINO MÁS RECTO

UN ilustre y querido amigo mío ha tenido la humorada de escribir un libro sobre la supuesta crisis del teatro.

—Ganas de perder el tiempo—le he dicho en tono de consejo—. ¿Por qué no ha hecho usted lo posible por escribir una buena comedia?

EL CASO ES DIVERTIRSE

¿Zarzuela ó revista? Verán ustedes... El público no sabe lo que quiere. Sus gustos van por etapas. «¡Lo que se da!», dicen los flamencos. Y ahora se dan revistas. Hasta que fatiguen y haya que pensar otra vez en un género adormecido: el sainete. El único procedimiento de dominio es caer sobre alguien, echarle á un lado y colocarse en su lugar. Y eso es lo que ha hecho la revista con la zarzuela. Treinta segundas triples, bien desnudas, han retirado de la circulación los miriñaques y las pelucas de las diez ó doce primeras que todavía cantaban con cierta ilusión artística. ¿Quién sabe si mañana vencerán éstas á las otras con un gorgorito, por mucho que sea el lírico y coreográfico desenfado de las conjuntistas! El público no sabe lo que quiere; es decir, sí: quiere divertirse de alguna manera. Con una melodía, con un filado, con un chiste, con una tragedia, con un par de pantorrillas... ¡Con lo que sea! Divertirse... Divertirse. ¿Han comprendido ustedes, autores, empresarios, críticos? Por ahora nada más que divertirse...

EL SUPERREALISMO

Así, en seco, me da un poco de miedo. Definido por el maestro *Azorín*, me encanta. Es literatura. Teatro, todavía no. Cuando lo sea, me alegraré mucho.

OBSERVACIÓN

Hay un teatro en Madrid del que no se sabe nunca el nombre del empresario, ni el del que lo arrienda, ni qué va á pasar la temporada próxima: el teatro de Eslava.

COMPROMISO

Me escribe el admirable Vilches: «¿Qué hago? ¿Me dedico á las películas ó continúo mis campañas de actor?»

¡La verdad es que le ponen á uno en cada compromiso!...

EL NIÑO QUIERE SER BAILARÍN

—¿Qué quieres ser, hijo mío?

—Bailarín.

—No está mal. Los buenos bailarines ganan mucho dinero.

—Pues á eso voy. Pero no creas que quiero ser un bailarín corriente.

—Todos pretendemos ser los primeros en nuestras aficiones. En fin, te mandaré á una academia.

—¡Primero tíñeme de negro, papá!

¡POR UNA VEZ!

Yo espero á Martínez Sierra con un gran entusiasmo. Ha ganado en América muchísimo dinero—millones, dicen—, y vendrá para emplear, por lo menos, la mitad de su fortuna en empresas de arte verdadero. Y á ver si por una vez siquiera marcharán al mismo compás las pesetas y el talento.

¿CUÁL?

Me preguntan: ¿Qué actriz ha dejado esta temporada en Madrid una sensación más intensa de superioridad?

Y contesto: En la comedia, Josefina Díaz descubridora de un tipo excelso de gitana. En



«Las castigadoras» en el Teatro de Eslava, de Madrid

el drama, María Palou. Una voz: ¿Y Margarita Xirgu?

Me inclino sólo ante el nombre de esa artista inconfundible. Pero ¿de qué le sirve á Margarita Xirgu ser una portentosa actriz dramática si no le escriben dramas para ella los autores?

ROSARIO PINO

Hasta ahora habíamos tenido á Rosario Pino como un modelo de actrices de comedia; como la primera de ellas, sin discusión. Hoy es también la primera trágica española. Y aquí no juegan los tópicos. Va la frase directa, franca, limpia de rodeos, con todo su valor.

LA SOCORRIDA ENCUESTA

¿Cómo escribe usted sus obras para el teatro?

Sería muy hermoso responder:

—Con la pluma firme y resuelta, dando al arte lo que es suyo, é inclinado en todo momento y á todas horas del lado del corazón.

DIRECTORES

¿Os habéis fijado? Luna dirige con simpático volterianismo. Vives se



Cuadro de «Los claveles», en el que luce su gran belleza y su gracia la gentil tiple Celia Gámez (Fot. Marín)

balancea, pero sin inquietudes ni nerviosidades. Rosillo da las entradas y se sienta, y á veces grita en plena representación: «¡Callarse los de dentro.» Alonso es zaragatero. El maestro Guerrero ríe, saluda y acaricia á los niños que tiene cerca. Soutullo echa bendiciones con toda solemnidad, y Guridi asiste al juicio de sus grandes obras, como si en vez de dirigir se sentara en el banquillo.

PROFECÍA

Si continúa en la temporada próxima la temporada del teatro lírico nacional vinculada en la Zarzuela, tendremos los cronistas que dedicar más espacio á los sucesos que ocurran fuera de la representación que á las representaciones mismas. Con respeto diré que son muchos á mandar y muy pocos los que obedecen. Una obra buena por cada uno de tantos jefes resolvería definitivamente la crisis del género lírico español.

ARTURO MORI

La Jura de la bandera en el Ministerio de la Guerra



La familia Real oyendo una misa de campaña en el patio del Ministerio de la Guerra, durante el acto de la Jura de la bandera de los reclutas pertenecientes á la Brigada Obrera y Topográfica del cuerpo de E. M.



Los reclutas de la Brigada Obrera y Topográfica del cuerpo de E. M. jurando la bandera en presencia de SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña María Cristina

(Fots. Díaz Casariego)



M A Y O

*Ya vuelve con su encanto la hermosa primavera;
ya Mayo con sus galas adorna la pradera,
cubriendo la llanura con mantos de verdor;
ya el cielo sus fulgores derrama por doquiera,
y brilla, sin celajes, en el espacio el Sol.*

*Abren al manso viento sus cálices las flores;
sus cánticos entonan los pardos ruiseñores;
pintadas mariposas inundan el vergel,
y envuelta en ancha túnica de espléndidos colores,
la tierra va copiando bellezas de un Edén.*

*Se escuchan á lo lejos los rítmicos sonidos
de cantos y de brisas que vuelan esparcidos,
trocando en armonía del valle la quietud,
y llevan en sus alas murmullos escondidos,
las ondas rumorosas del firmamento azul.*

*Se rizan y entrelazan las olas de los mares,
que imitan vagas quejas y plácidos cantares
de náyades que ocultas suspiran en el mar,
como si en dulce estrofa copiaran sus pesares
pulsando leves cuerdas de liras de cristal.*

*Las selvas y los valles, los mares y las flores
elevan á la altura sus himnos seductores,
porque de nueva vida las esperanzas ven;
presienten otros cielos de límpidos colores
y rájagas eternas de claro amanecer.*

*El corazón despierta como despierta el mundo,
y el alma, que se abstraer en éxtasis profundo,
se aleja de la tierra para acercarse á Dios,
y esclava se contempla del anhelar fecundo
que al desencanto hiere y engendra la ilusión.*

*¡ Oh, grata primavera de venturoso encanto,
cuando la tierra cubres con tu florido manto,
también tus alegrías derramas sobre mí,
y secas en mis ojos las gotas de mi llanto
y columbrar me haces risueño porvenir.*

*Ya vuelven á mi pecho perdidas ilusiones;
ya tornan esperanzas, ya brotan ambiciones;
ya brilla en mi horizonte la viva luz del sol;
ya su reflejo grato despiertan mis pasiones,
y surgen los radiantes ensueños del amor.*

*De la mujer querida, la vaga silueta
revive y agiganta el alma del poeta
para elevar su imagen en misterioso altar;
allí sus esperanzas, allí su fe sujeta,
para rendirle un culto, espléndido, inmortal.*

*Es la visión celeste que en placentero día
hizo nacer mis ansias de amor y de poesía;
la que alumbró mis horas de alegre juventud;
la que mi fe alentaba, la que flotar veía,
envuelta entre fulgores, en el espacio azul.*

*Contigo torna, ¡oh clara, risueña primavera!
¡no es un fantasma vano, no es mágica quimera!,
¡es ella quien despierta mis éxtasis de amor!,
¡es la ilusión bendita que mi existencia era!,
¡es la adorada imagen que guarda el corazón!*

Narciso DIAZ de ESCOVAR

(Dibujo de Regidor)



HISTORIA QUE ACABA EN CUENTO CADA CUADRO PIDE SU PROPIO MARCO

UNA buena tarde, al volver del obrador, la sorprendió la señora Justa con unos envoltorios de ropa, y estas palabras, dichas en tono misterioso:

—¡Vamos! Qué callao te lo traías... ¡Y que no debe tener guita el tío!... ¡Vaya un lacayo que te ha traído eso!...

Deslumbrada, como si estuviese soñando, la Filo respondía, abriendo mucho los ojos sorprendidos:

—Pero... eso ¿qué es?

—Pues na... Pero, por lo visto—lo visto eran las etiquetas de los establecimientos donde había sido adquirido todo el contenido de los paquetes—, ú yo no sé de leer, ú vestidos, cosas de tocador, cajas de botellas de perfumes..., digo yo que serán... ¡Na! Como pa componerte y pa echarte á la calle á cazar novio...

Cada vez más asombrada, la muchacha no sabía qué contestar. Únicamente pudo articular un tímido:

—Pero ¿cuándo han traído eso?

—Hace una hora... Estaba tu madre en el lavadero; tu hermana s'había ido á un recaó... Y como llamaban y llamaban... Pues salí... Y al decir que no había nadie en tu casa... Pues el lacayo me preguntó si hacía el favor de darte eso cuando vinieras...

—¿De parte de quién?

—Eso mismo pregunté yo, y me quedé con las ganas de averiguarlo. Porque el lacayo me replicó con mucha chunga: «Las señoras de la doctrina...»

—Como que no tienen otra cosa en qué ocuparse...

—Se larga, y á otra cosa... Pero, ¡pasmá!, abre los paquetes...

—Señá Justa, ¡que eso no es pa mí!... Que eso es un equivoco... Que aluego vienen por elle y me hacen pasar la primera vergüenza.

—Pa ti no sé si será; pero pa Filo Fernández Camamila dijeron que era...

—Pero ¿quién puede haber sido?...

—Vamos, ¡pasmá!, no te hagas la longui. ¡Masiao sabes tú quién te lo envía!...

—¡Que no, señá Justa! —replicaba, cada vez más atónita, la Filo— ¡Queno!...

Que yo no sé de nadie que pueda hacerme esos regalos ni se crea con derecho á hacérmelos... Que el chico que me ha hablao hace pocos días es pinche de cocina en un café y no gana ni pa comprarse calcetines, cuanti más menos pa regalarme to eso. Y á mí no m'ha seguío nadie estos días, y ¡cuidao que yo guipo de lejos y de espaldas si alguien me sigue!...

Inconscientemente se había puesto á desempaquetar bultos... Estuches de esencias de perfumería, de las marcas más famosas; frascos y cacharritos muy lindos con cremas, brillantinas, polvos, hasta un estuche con muchos utensilios, unos de acero y otros de marfil, que ni la Filo ni la señá Justa sospechaban al punto para qué podían servir...

—Eso, si no es pa hacer encajeís de bolillos y pa limar los bolillos... ¡Calla, si ya caigo!... Eso es de eso que dicen pa manicura... Pa arreglarte las manos...

Cada vez más asombradas la vieja y la joven, sacaban de los paquetes varios vestidos lujosos, elegantes; ropa interior de fantasía, que parecía cosa de sueño...

—¡Chiquilla! Has hecho tu suerte—exclamaba la Justa—. ¡Ya puedes quererle!...

—Pero ¡dale! Si no sé de dónde viene esto...

—Pues si no sabemos de dónde viene..., se

veinte, no tenían idea de las pesetas ni del valor de aquella cantidad—, en espera de que, de pronto, llamase alguien á la puerta para llevárselo, y en vano la señora Malena se oponía á que se diese por recibido todo aquello, porque, de no haber llegado equivocado de destino, le daba un olor á perdición para su hija, que no quería ni oírlo mentar... A veces se figuraba que su hija le tomaba el pelo y que estaba al corriente de la causa de la dádiva, y, desconfiada y recelosa, le armó más de cuatro broncas: que si

tú eres una mala péccra; que á mí no me la das; que á ver si tenemos gallo tapao; que te rompo una pata como te vea en malos pasos; que si tal supiera...

La pobre Filo llegó á maldecir aquellos misteriosos obsequios, que la intrigaban cada día más, porque seguía yendo y viniendo al taller ojo avizor para descubrir al misterioso autor de aquellas generosidades. Cualquiera que la mirase hacía dar un vuelco á su corazón: creía que era él el misterioso.

Para acabar de volverlas locas, al lunes siguiente, y también, ¡qué casualidad!, mientras la madre estaba en el lavadero y Filo en el obrador y su hermana hablando con el novio, trajeron unos paquetes y una cartita, en la que nada más se leía: «Que son para ti, Filo. Que estoy rabiando de verte con esas galas... Que eso es más serio de lo que piensas... Que te juegas la felicidad... Que no es para nada malo...»

—¡Y luego dicen de las novelas y del cine!... ¡Novela ó película más rara!...— pensaba la Filo.

—¡Vaya! ¿Pues sabes lo que te digo?—insinuaba la señá Justa—Que yo me ponía too eso y á ver qué pasaba...

Y abrieron los paquetes... Unas cajas con unos paraguas, unas sombrillas, bolsos, pañuelos finísimos... Una docena de estuchitos con pendientes tan elegantes como lujosos, de última moda...

—¡Ay, señá Justa, que esto me da miedo! —decía la Filo—Que esto es de algún tío que se ha vuelto loco y me va á dar un susto el día menos pensao... Que ya me veo los forenses haciéndome la topsia... Y que no veo salida á este lío... Si no me ve encima esos lujos, ese tío me apiola... Y si me los pongo, también...

—¿Quieres callar?... Pues, mira, lo mejor es que te los pongas... A ver por dónde y cómo respira Don Misterio...—sentenció la Justa.

Desde entonces le llamaron Don Misterio... La madre de la muchacha estaba furiosa... Ya no se podía afirmar qué le daba más corajina: si el temor á que todos aquellos regalos fuesen para perdición de su hija, ó la manía de Don Misterio en no dejarse ver... ¡Si ella le pudiera coger entre sus uñas! ¡Había derecho á hacer aquello con unas cris-



ve bien claro adónde va el que lo envía... ¡Viene á por ti, por too!...

El asombro, la sorpresa, el misterio de aquellos regalos le quitaban á Filo gozo para la admiración.

—¡Que no pué ser, ea!... Que esto no es pa mí...

Pero sí que era... En vano, por acuerdo de su madre, dejó en la cómoda toda aquella riqueza de regalos—según ellas, aquello debía de haber costado más de mil duros, aunque ha de advertirse que, en pasando de

tianas curiosas, al fin y al cabo, como mujeres que eran?...

Para enajenarlas totalmente llamó el cartero, un cartero que no era el que solía traerles las cartas.

—Doña Filo Fernández Camamila...— exclamó—¡Un giro!

—¿Y eso qué es?

—Pues que me va usted á firmar aquí... y le voy á dar á usted quinientas pesetas.

—¿A ésta?—exclamó fuera de sí la madre de la chica—Pero ¿ustedes s'han propuesto volvernos locas?

El cartero enseñaba cinco billetes, que se les antojaban á las mujeres mucho más grandes de lo que en realidad eran...

Y aún no habían acabado de recibirlos cuando llegó un botones de un Continental preguntando por la Filo, para entregarle una carta. No hubo manera de saber quién la enviaba. Leyeron: «Ese dinero es para que dejes de ir al taller... Es posible que no necesites más trabajar. Depende de ti... Y que te vea con esas cosillas que te he enviado... No creas que para creerme que les haces aprecio, no. Eso me da lo mismo. Es que de ello depende tu felicidad.»

Días después decidía estrenar todo aquello y pedir permiso en el obrador para irse á Barcelona á ver una tía que se le había puesto enferma...

Y empezó á pinturar con las galas de Don Misterio... Eso sí, de lejos, de cerca, de cuantas maneras se podía, y, utilizando las vecinas más listas, fué á todas partes bien vigilada... Nadie podía creer que en el misterio no estuviese más que iniciada, al cabo de la calle, la pobre Filo, á quien le faltaba muy poco para que la encerrasen loca de remate por la curiosidad de la aventura..., por desenlazarla...

Lo cual no quitaba para que coquetease y presumiese; habría dejado de ser mujer, bonita y madrileña; es decir, graciosa y pinturera... Y en su presunción, en la calle, en el teatro, en todas partes, por creerlo del mejor tono y de suprema elegancia, no cesaba de sacar del bolso el espejito y mirarse y darse con la minúscula borla de polverita de plata y con el lápiz de carmín...

Pero, por su desdicha, Don Misterio no volvió á dar señales de vida... Ni un nuevo obsequio, ni una carta más...

¡A la Filo le entró un miedo, un espanto!... Decididamente, era lo que ella había pensado al pronto: obra de un tío loco que el día más inesperado la daba un susto...

Y tan mala de miedo se puso, que creyeron todos que iba á estirar una de sus lindas piernas...

No menos intrigados que ella se hallaban toda su familia y el vecindario... ¡La de cábalas y suposiciones que se hacían!...

Hasta que un día la señá Justa exclamó:

—Naa. Eso es que el tío Don Misterio se ha muerto...—y con acento de filosófica convicción, como si estuviera en el secreto, añadió:—O que es un tío raro que le gustaste cuando ibas de mantón, con tu traje pobrísimos..., y quiso ver si le gustarías lo mismo vestida con lujos... Y pa mí que no le has gustao... Cada cuadro pide su marco... Quién sabe si le gustabas en tu marco de antes, y con aquel marco no podía llevarte á su casa... Y con el marco nuevo tal vez no le gustas... Digo yo; vete á saber... Porque cosa más rara... Gastarse tal dineral para no decirle nada á una mujer...

—Y pa volverla loca—gritó la Filo medio llorando—. Porque... el caso es que yo, sin conocerle..., pues le había tomao ley...

—¡Bah! Quién sabe si al verle no te habría pasao á ti lo mismo que á él... Te gustaba en el marco del misterio, en el de tu imaginación. En el marco de la realidad... pué que le encontrases demasiados peros...

—Paece un cuento—dijo la Filo.

—Sí, así, pareciendo cuento—replicó la señá Justa—, acaban muchas historias...

ALBERTO CARDIEL

(Dibujo de Echea)

A L M E N D R O S E N F L O R



Bajo el sol—que ya quema—
y en un dulce esperezo
van cuajando sus flores
los dormidos almendros.

Luz de vida parece
este albor que en el huerto
ya se anuncia indeciso
como un alba en el cielo.

De las líricas ramas
de los blancos almendros
se desprende un aroma
de simbólico incienso.

¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Luz de alba en el huerto!
¡La canción sempiterna
de la vida que ha vuelto!

Todo es lumbre en el aire;
todo azul en el cielo;
todo savia en la tierra
y en el alma deseo.

¡Alborada de gloria
que en el hondo silencio
del vergel pone una
voz fecunda de ensueño!

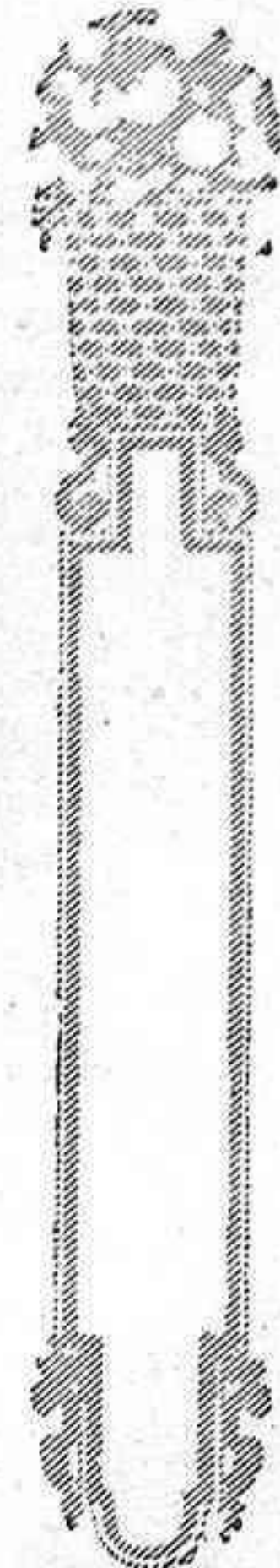
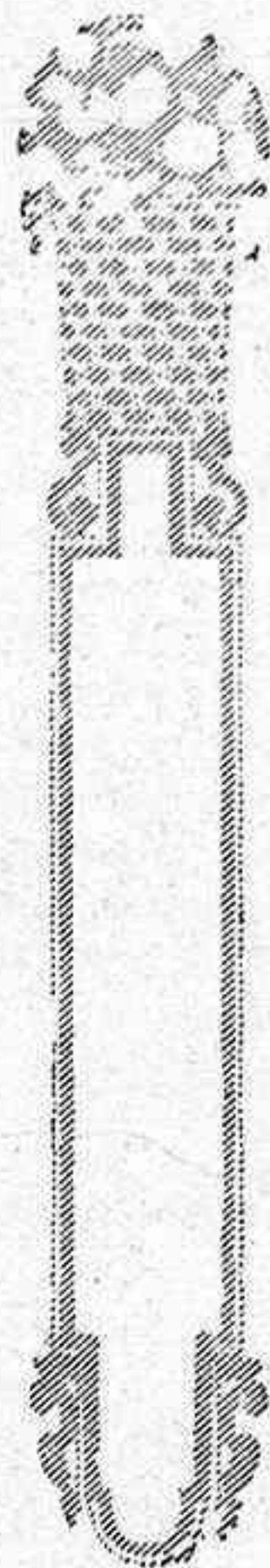
No se sabe de dónde
—¡oh, divino misterio!—
trae el aire una música
de nupciales cortejos.

—Es Amor que florece,
y en su mago salterio
nos recuerda á la amada
que nos dió el primer beso—.

Luz de vida parece
este albor que en el huerto
ya se anuncia indeciso
como un alba en el cielo.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

(Fot. Tinsco)



EL CREDITO DE REIMS

La Catedral de Reims; la Basílica de Francia, cuna y sepulcro de sus reyes; la plegaria de piedra cincelada y de traslúcidos esmaltes —fuerza de bóveda y luz de vitral—; la oración comenzada en Mayo de 1211, setecientos dieciséis años atrás, y no terminada todavía, con sus torres sin agujas, con su credo sin *amén*; la Catedral mutilada por el hierro y por el fuego no es ya, tan sólo, un símbolo cristiano: sus heridas y sus ruinas son eterno lamento del ideal eternamente martirizado, y son la Cruz del Nazareno lo mismo que la Hoguera de Juana de Arco...

La Catedral de Reims, incendiada en 1914 y bombardeada en 1915 y en 1917, reanuda su diálogo con los cielos en este Mayo de 1927, al cobijar de nuevo el culto bajo su nave mayor, restaurada.

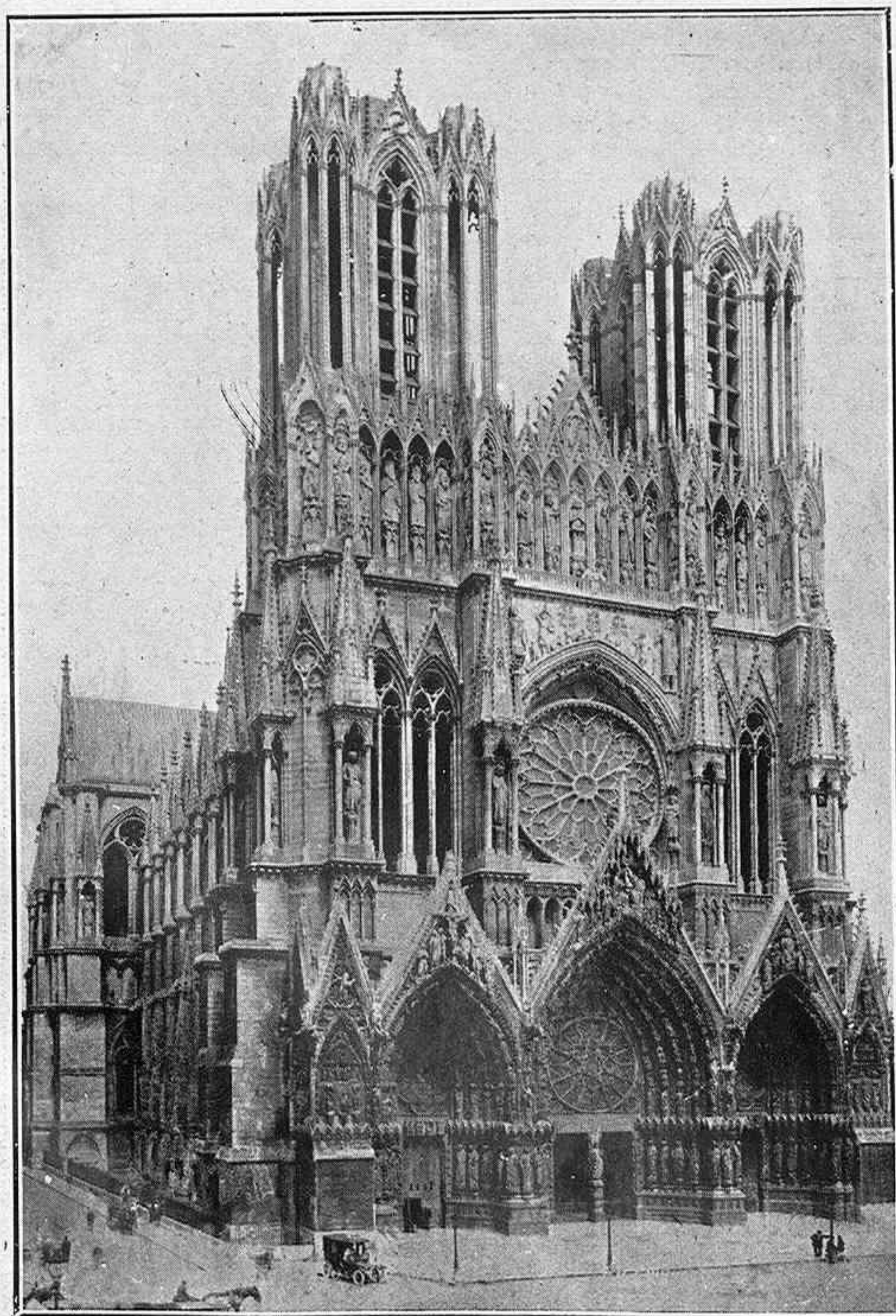
Vuelve a la vida la gran Basílica, un tiempo muerta, puesto que ya palpita, otra vez, su corazón... Aún falta mucho—decenas de años y millones de francos—para que la resurrección sea completa, y sobre ella quedarán cicatrices que ningún empeño humano podrá borrar... Pero la maravilla de Reims, hermana en los siglos y en la fe de la maravilla de Toledo, no habrá desaparecido, y por los ojos de sus torres seguirá contemplando la eternidad...

•••••

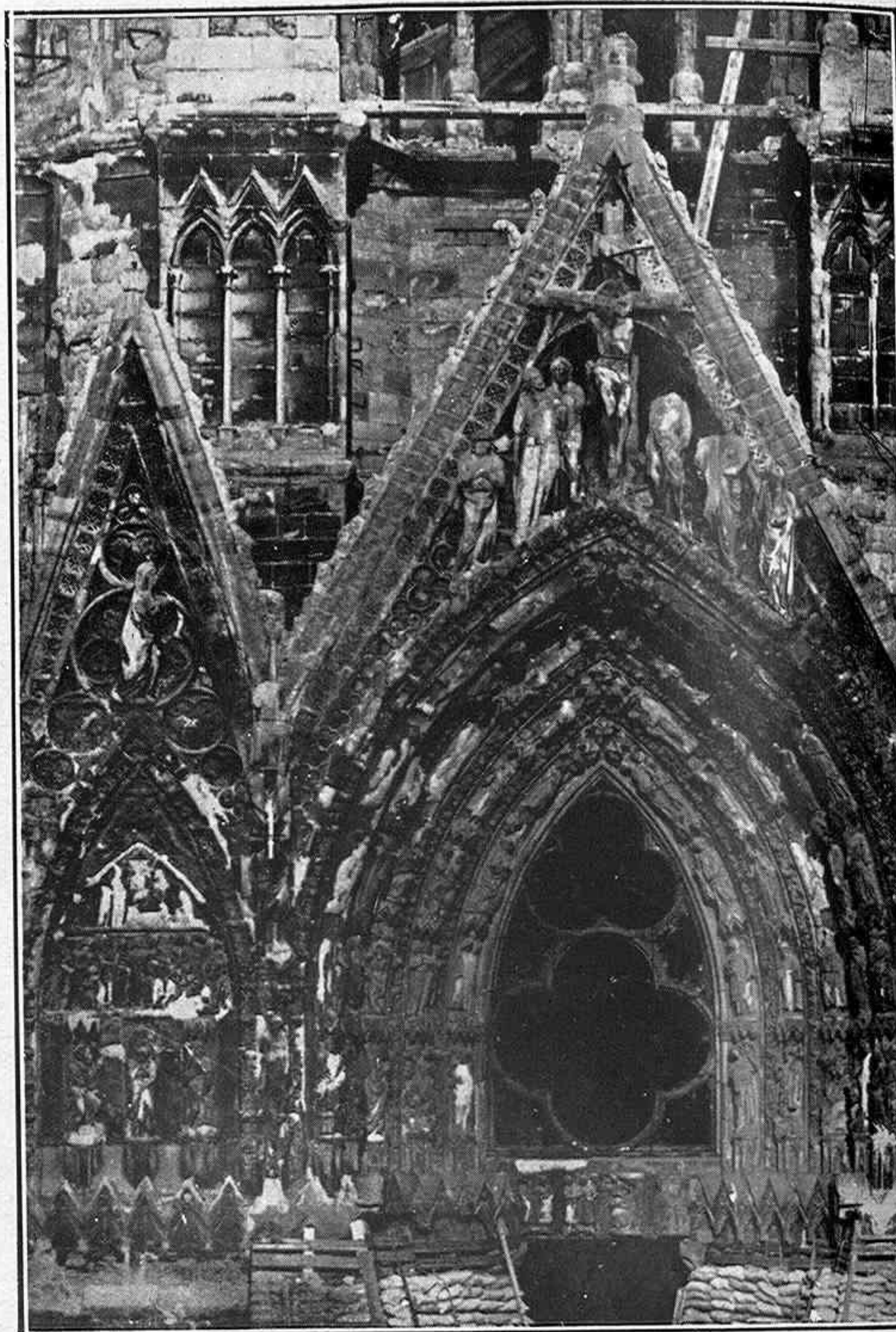
Luego del armisticio, el año 18, se creó en Francia una corriente de opinión que pretendía conservar la mayor cantidad posible de ruinas de la guerra, para memoria de ayer y enseñanza de mañana... Era la escuela del odio... Entre esas ruinas había de quedar, muerta para siempre y para siempre muda, la Catedral.

Dos hombres se opusieron a tal designio, por amor de Dios, que es amor del prójimo en primer término, y por amor a la belleza, que es amor del arte, en segundo lugar... Estos dos hombres fueron un santo y un artista: santo, el Cardenal Arzobispo Luçon; artista, el arquitecto Deneux...

Para remedio de su Basílica pidió el Cardenal una limosna al mundo entero... Y el arquitecto, en tanto, instaló su estudio entre los muros derruidos; fué buscando los trozos de las estatuas rotas y los vidrios de los transparentes derribados; rehizo los planos de las bóvedas hundidas y de los techos aniquilados, y consagró, en suma, su vida a la obra de restauración de la Catedral.



La Basílica de Reims, tal como se hallaba en los días anteriores a la guerra de los Cuatro Años



Detalle de la fachada de la Basílica de Reims, en el estado en que la dejaron el incendio de 1914 y los bombardeos de 1915 y 1917. Sobre la fachada se perciben los destrozos producidos por la metralla, y los proyectiles y el fuego destruyeron la nave mayor, la nave lateral del sur, el transepto y el ábside

A la petición del Cardenal-Arzobispo respondieron, además de Francia, cuatro naciones: los Estados Unidos, Inglaterra, Noruega y Dinamarca... Paradoja que unió, para salvación de la Basílica, a los pueblos menos propicios a su confesión... Rockefeller dió también algunos millones, y la obra paciente comenzó...

Es obra larga, difícil, costosa... Pero ni el tiempo, ni el dinero, ni el trabajo que aún faltan pueden arredrar al venerable Cardenal y al obstinado arquitecto... La obra sigue... La obra seguirá, hasta su término... Y entonces habrán sido reconstruidos la nave lateral del Sur, y el transepto, y el ábside... Entonces, alzándose en querencia de la altura para decirle de nuevo su madrigal, habrá resurgido el maravilloso Campanil del Angel; entonces, el altar mayor, prodigio de tallistas visionarios, tornará a su evocación del Drama del Calvario, en la luz de arcosiris y de esperanza irreductible puesta sobre él por la gran rosa transparente de la fachada: rosa de doce pétalos; rosa francesa y cristiana que ha vuelto a florecer por la piedad escandinava, por la piedad anglosajona, por la piedad de las gentes que no detienen ante los angostos límites de una doctrina las inspiraciones del alma y los nobles impulsos de la voluntad.

•••••

Así, la Basílica de Reims proseguirá su Credo: la oración comenzada setecientos dieciséis años atrás por el arzobispo Alberico, y ahora renovada y ennoblecida por el aunado esfuerzo de cinco naciones y por la invocación a la humana confraternidad hecha, en el acto de reapertura del Templo, por el ministro Herriot...

¡Credo de Reims!... ¡Credo universal de amor y de bondad: que tu fuerza de bóveda y tu luz de vitral sostengan e iluminen a nuestros hijos en sus pasos por la senda oscura, difícil y árida, que nos trazaron nuestros padres y que no hemos sabido ó no hemos podido abandonar!...

¡Credo de Reims: que tu drama del ideal mártir deje de ser clave terrible del futuro, y pronto sea, tan sólo, memoria, conciencia y arrepentimiento del pasado!...

Reims, 1927.

G. DE L.

NUESTROS COMPOSITORES

JOAQUIN TURINA

Cómo penetrar en el intrincado laberinto de la estética musical y discutir en este día de espléndido sol, de horizonte azul, de rosada primavera, acerca del expresivismo musical, de la moderna teoría fisiológica en el Arte, de las nuevas tendencias ultrarrománticas, ahora de nuevo, al parecer, en boga con formas y elementos insospechados? El maestro Turina quiere prescindir de opiniones y de juicios favorables ó contradictorios á tales tendencias; conságrase al estudio, y utiliza cuantas novedades prestan moldes á la Música y contribuyen á enriquecer el lenguaje de los sonidos.

Las orientaciones actuales, las tendencias descriptivas, la afición al colorido, las sonoridades, las imitaciones, la formación de nuevas gamas, el irresistible encanto de aproximarse más y más á la Verdad y hacer del Arte de los sentimientos el Arte de las ideas, no es de hoy. El filólogo alemán Hand afirmaba al principio de siglo: «En vano negarán los acústicos que nuestra gama es producto de voluntaria elección, pretendiendo que su base se halla en la Naturaleza...» Y todos los curiosos comentarios actuales acerca del timbre, de la intensidad, de la emoción, del placer producido por la altura del tono, fueron examinados por Beauquier en su *Filosofía de la Música*, aun cuando las deducciones que formula sean bien contrarias á su sistema. El maestro Turina asiente.

—No es cuestión secundaria en el Arte la idea que sobre el propio Arte se tiene. Los conocimientos estéticos, la filosofía y, claro está, las propias ideas que sobre filosofía se profesen, influyen muy directamente en la obra artística. Por otra parte, hoy, la técnica, en el estricto sentido de la palabra, constituye elemento esencial de la obra. Y la técnica es inseparable de la concepción. El edificio musical ha de apoyarse en bases sólidas y obedecer á una trabazón estrecha, indisoluble, armónica entre el pensamiento y su desarrollo natural... lógico.

—¿Siente usted predilección por las nuevas escuelas?

—Para mí, ante todo es el Arte. Y la obra artística, ó es bella ó no lo es; el más sencillo pensamiento melódico, adornado de vistosas galas ó simplemente desenvuelto, puede ser bello; como, por el contrario, por dificultades técnicas que presente una obra, puede carecer en absoluto de belleza.

—¿Juzga usted posible la regeneración de nuestra zarzuela?

—No creo, en absoluto, en la zarzuela ni en su posible resurgimiento. La zarzuela ha desaparecido; mejor, murió; es en vano tratar de resucitarla. Vea usted lo que sucede en el *Teatro Lírico Nacional*...: un acierto de Guridi y nada

más. En seis meses de actuación no se ha logrado una sola obra, con la excepción dicha.

—¿A qué atribuye usted la decadencia?

—Permítame que se lo repita: á que no creo en la zarzuela.

—Quizá los músicos..., los libretistas...

—Nada de eso. A nuestros compositores, competentísimos sin duda alguna, les sobra capacidad para empresas de mayores vuelos.

—Sin embargo, maestro —interrumpimos—, hacia el año 14 se estrenaron obras de indiscutible éxito, y usted logró unodesus mayores triunfos. *Maruxa... Flor de Agua... Margot... Mirentxu... La vida breve...*

—No se han vuelto á representar, salvo *Maruxa*, ni una sola de esas obras.

Nosotros reflexionamos un instante. ¿Por qué zarzuelas aplaudidas y de repertorio se borran de los carteles de nuestro Teatro Lírico? Exhumar *La Tempestad* y *Jugar con Fuego* nos parece excelente; pero, ¿acaso no hay otras obras en el repertorio español?

El maestro Turina no cree en la zarzuela, y, sin embargo, admira á Bretón, á Chapí, á Barbieri, á Chueca, á Caballero.

—Cuando este verano asistí á las representaciones de algunas zarzuelas del llamado género chico, admiré sinceramente la gracia del libro, la discreción de la música, el noble esfuerzo de aquellos compositores olvidados y tan dignos de admirarse. En aquel teatro no se recurría á los trucos, ni á las *fermatas*, ni al obligado número de galería. Existe íntima trabazón (dentro del género, naturalmente) entre música y letra, y honestamente se va al final, sin dislocaciones, sin rebuscamientos, sin condenables recursos.

—¿Hoy?

—No sé cómo expresarle mi juicio acerca de la zarzuela actual. Me parece que si asiste usted á los estrenos observará la prudencia con que se repiten varios números..., y el número obligado para el público de calle, á quien necesariamente ha de halagarse, quizá por un *plausible deseo de educarlo artísticamente*.

—¿Y la ópera española?

—Tampoco creo en la ópera española. ¿Qué óperas españolas se representan actualmente? ¿Se puede seleccionar público de ópera? Seguramente no. El concierto presta amplio ambiente á los músicos españoles para hacer arte, y en el concierto se han dado á conocer nuestros compositores de renombre mundial: Falla, Esplá, Conrado del Campo, Albéniz, Granados, Guridi y Pahissa.

—¿El Estado podría acometer la empresa de creación de nuestro Teatro Lírico?

—Indiscutiblemente. El Estado puede realizar el milagro, y debe, á mi juicio, intentarlo; pero lanzándose decididamente, con seria orientación, mediante disponibilidades económicas



El maestro Turina

(Fots. Díaz Casariego)

que permitieran formar compañía ó cuadro artístico selecto, censores competentes, directores artísticos, y repertorio ya seleccionado de obras. Y conste que al hacer estas manifestaciones no pretendo censurar á nadie, y considero muy acreedora al aplauso la labor intentada en la temporada actual por el Gobierno.

—¿Dejó usted el teatro, maestro?

—Sí, señor; al menos, en tanto sigan las cosas por el camino actual.

—¿Qué obras ha estrenado?

—Una ópera en un acto, estrenada en el Real; *Margot*, en la Zarzuela; *Navidad*, en Eslava; *La adúltera penitente*, *La Anunciación*. Varias de orquesta; las más famosas, *La procesión del Rocío* y *Danzas fantásticas*. Poemas musicales. Música de cámara. Arias, y otras para piano, y violín y piano.

—¿El canto popular es materia indispensable para la creación de Escuela española?

—Así lo juzgo. Yo lo he cultivado muy intensamente.

—¿Cuáles son sus aficiones?

—La vida tiene encantos dignos de gozarse. El sol, las flores, el campo, el arte y el trabajo.

—¿Cuánto tiempo residió usted en París?

—Siete años. Allí di á conocer mis primeras obras cuando aun estudiaba en la Schola Cantorum, y allí admiré una magnífica obra de arte escultórico; y á propósito, vea usted esta imagen.

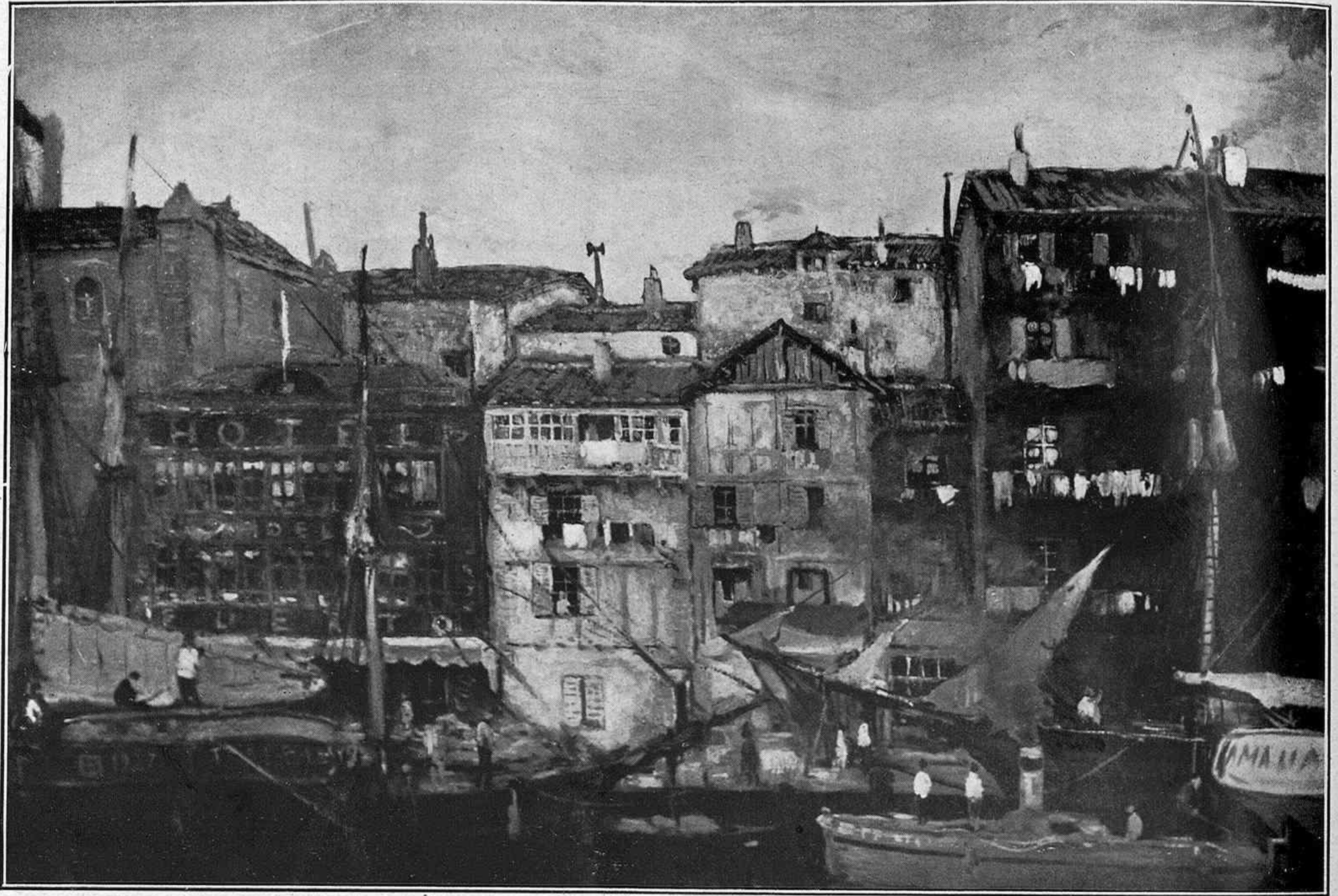
El maestro nos conduce á un bello rincón de su casa, y nos muestra un soberbio crucifijo de época, tallado magistralmente, obra de escultor notable, sin duda. Al pie del crucifijo, la Dolorosa entorna su mirada de intensa amargura hacia el cielo... La luz cenital penetra por los ventanales de la amplia terraza; un rayo de luz ilumina aquellos ojos divinos, tan amargamente expresivos. Turina contempla las imágenes con honda religiosidad. Obscurece... Los árboles del Retiro ocúltanse en las sombras. Una penumbra vaga envuelve los objetos que sirven de adorno al despacho del maestro. Parece un fantasma, quizá un espectro, esta figura de Nazareno cubierta de largo hábito y oculta en la máscara y el raro capuchón... Y la corona de metal, símbolo de triunfo, y las brillantes y valiosas joyas de esta vitrina relampaguean al herirles la luz, y semejan fuegos fatuos, extrañas apariciones que detienen su vista sobre nosotros y nos amenazan con incierto ademán.

Apágase lentamente el día. Allá en el fondo del cielo la estrella primaveral luce espléndida; canta el buho y también el ruiseñor. La noche viene á alegrar la vida. Turina recorre el piano, y nosotros, al oírle, amamos la vida.

MANUEL FERNANDEZ NUÑEZ



El maestro Turina y su familia



«Puerto», cuadro de Ricardo Baroja, que ha sido adquirido para el Museo de Arte Moderno

REUNIMOS en estas páginas algunos de los cuadros más característicos de la importante Exposición que ha realizado Ricardo Baroja en el Salón del Círculo de Bellas Artes.

El ilustre artista, que, como es sabido, alterna la pluma con el pincel y con el buril del grabador, es una de las personalidades más intere-

santes del momento actual. Publica libros, escribe y representa comedias, da conferencias, escribe críticas y autocríticas. Multiplica, en fin, en diversas manifestaciones la actividad espiritual que los años no han amortiguado.

Pero Ricardo Baroja es esencialmente pintor; un pintor que ilustra sus fantasías y sus contem-

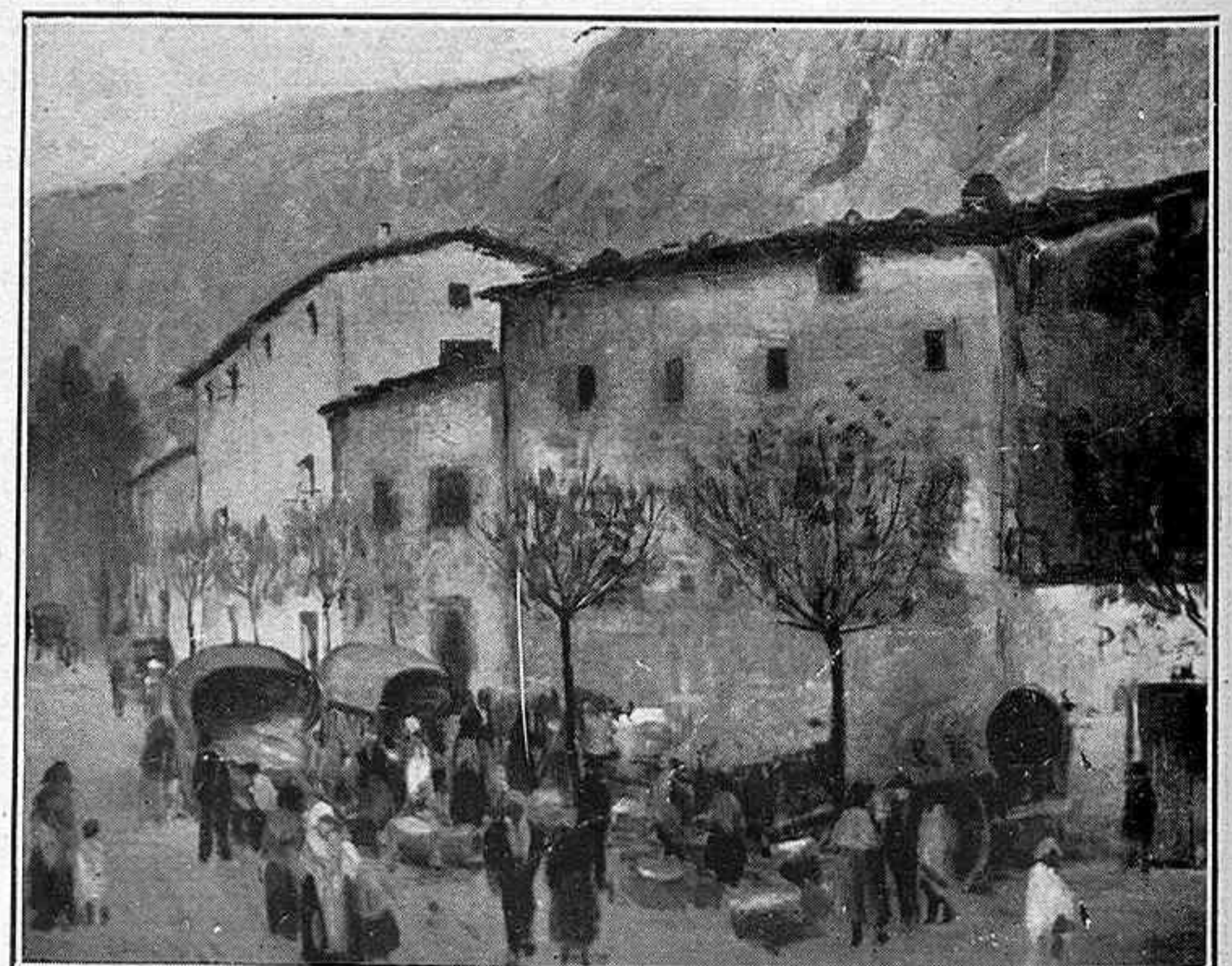
placiones. Da valor plástico á lo que recuerda y lo que sueña.

Y siempre con un regusto literario que no quiere—y hace bien—disimular por como eso aumenta el carácter realista ó romántico de sus obras pictóricas.

Estos lienzos que hoy reproducimos como



«La Venta»



«Parada de carros»

muestra de lo que ha sido la Exposición Baroja responden á ese concepto especial del artista.

Está por igual el Sr. Baroja distanciado de la pintura intrascendente con pretensiones de trascendental y artificiosa con pruritos de ingenuidad, de los arrivistas y los simuladores de última hora, como de la yerta parodia clasicista contra la que reaccionaron las tendencias verdaderamente modernas.

Son, como hemos dicho, ilustraciones, glosas á la vida y á las lecturas de su autor. Se conoce, viendo estos cuadros del Sr. Baroja, que es un ávido lector de libros y un sagaz observador de lugares.

Ya sus aguafuertes del Madrid popular, de los suburbios ásperos y de los campesinos castellanos revelaban esas dotes peculiares del Sr. Baroja.

Sus lienzos ratifican y amplían la capacidad expresiva y la preferencia temática.

Dentro de la tonalidad gris, de los acordes finos y fríos donde le agrada al artista situar sus creaciones (y que á veces se caldea y hasta se inflama con tonos vibrantes y acordes violentos) encontramos los motivos madrileños, las viejas más pueblerinas, las carreteras polvorientas, los muros leprados de tiempo y de humedad, los episodios portuarios y marítimos. Y en todos y cada uno de ellos la certera composición que explica elocuente el asunto, el movido empleo de figuras sueltas ó agrupaciones de muchedumbres típicas.

Veamos, por ejemplo, el cuadro titulado *Puerto*, uno de los mejores de la Exposición, y que contiene en todo el sugestivo encanto de esos



«La taberna del puerto»

viejos sitios de las ciudades marítimas donde los veleros reposan á la sombra de edificios ruinosos y humildes, y donde todo, gentes, piedras, ropas, muros, está saturado de mar, de aventura y de melancolía.

En contraste de *Puerto*, he aquí, también, *La Venta*, que es todo lo contrario como logrado propósito emotivo y sugerencia localizada. Un anchurón de carretera castellana en un día invernal, bajo un cielo gris, y donde las gentes, las piedras, las ropas y los muros están saturados de tierra, de desengaño y de fatalidad.

Iguales consideraciones podrían hacerse respecto de los otros cuadros que hemos elegido como testimonio gráfico de lo que fué la Exposición Baroja: *Taberna*, que recuerda las barriadas inmediatas á los puertos con su algarabía de

sonidos y colores, con la bárbica confusión de lenguas y la un poco violenta alegría de los marineros en descanso de las largas travesías, el bullir de hembras de alquiler, como en ciertas páginas del Jean Lorrain costumbrista de Marsella ó del Claude Farrère de *Las Temporevas*.

A Misa, excelente visión de una mañana en Vasconia, al pie de la iglesia; *Parada de carros*, que también y tan bien recuerda los suburbios de un pueblo al pie de un cerro...

El Sr. Baroja, en una autocrítica que precedió á su Exposición, decía que la mayor parte de estas obras están hechas de memoria.

Ciertamente, esa es una de sus mejores condiciones, y que está vedada á muchos pintores esclavos del natural y que sin el motivo delante no saben componer un cuadro.

Ricardo Baroja, por el contrario, posee la retentiva visual, la imaginación despierta y el acierto compositivo de los dibujantes é ilustradores más notables.

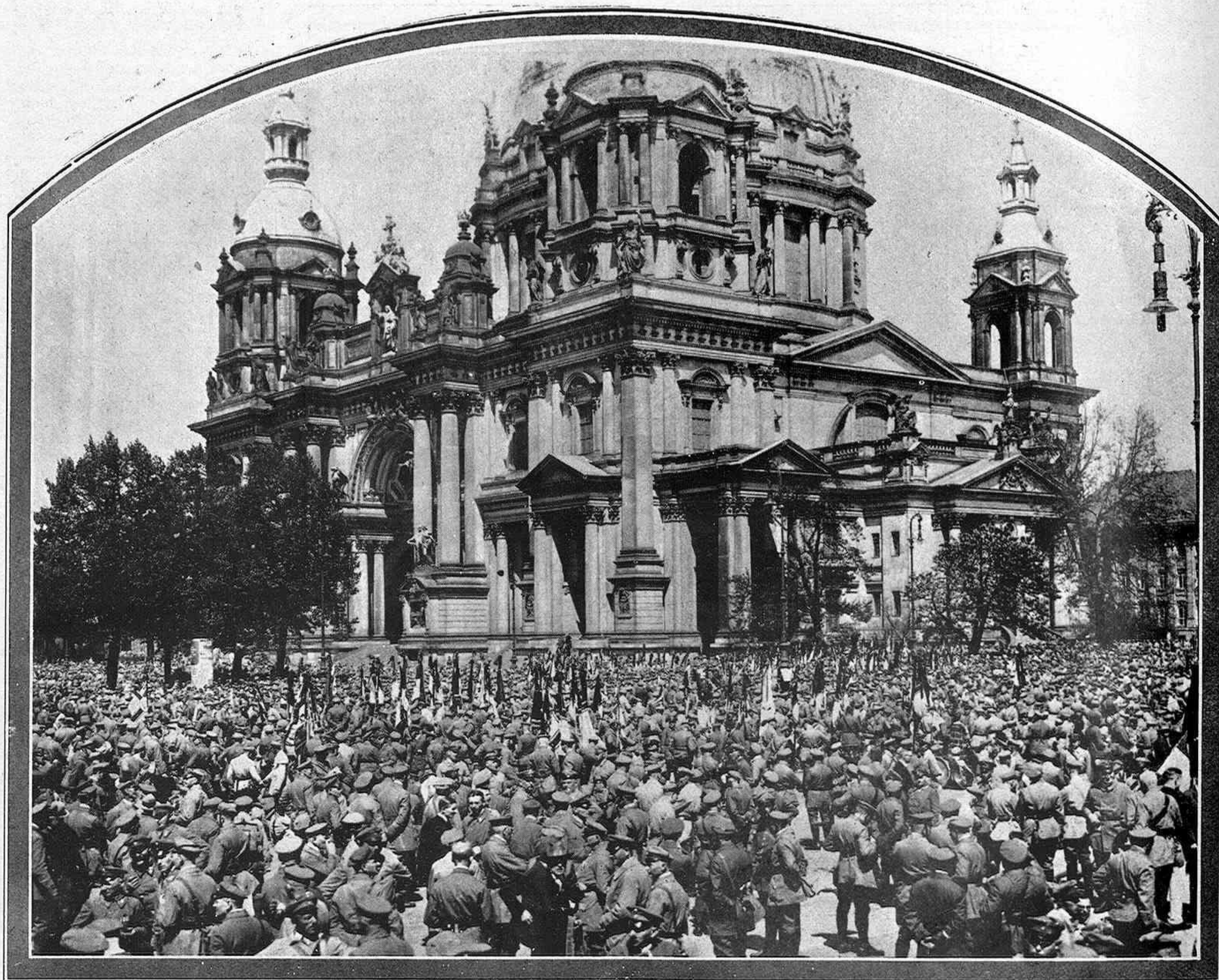
Y se piensa lo que sería—ya intentado con el natural éxito—una magna publicación de las obras completas de Pío Baroja ilustradas por Ricardo Baroja, ya que les unen tantos puntos de contacto intelectual y sentimental además del de la consanguinidad fraternal.

La Exposición Baroja ha tenido la importancia que merecía, y los devotos del ilustre pintor se han felicitado de la nueva ocasión que les ofreció el Círculo de Bellas Artes de contemplar una serie de cuadros en tal grado representativos de la sensibilidad y fantasía barojianas.



«A misa»

(Fots. Cortés)



Después de desfilan por la capital, los cien mil «Cascos de acero» se concentran con sus banderas ante la catedral berlina, aclamados por el pueblo

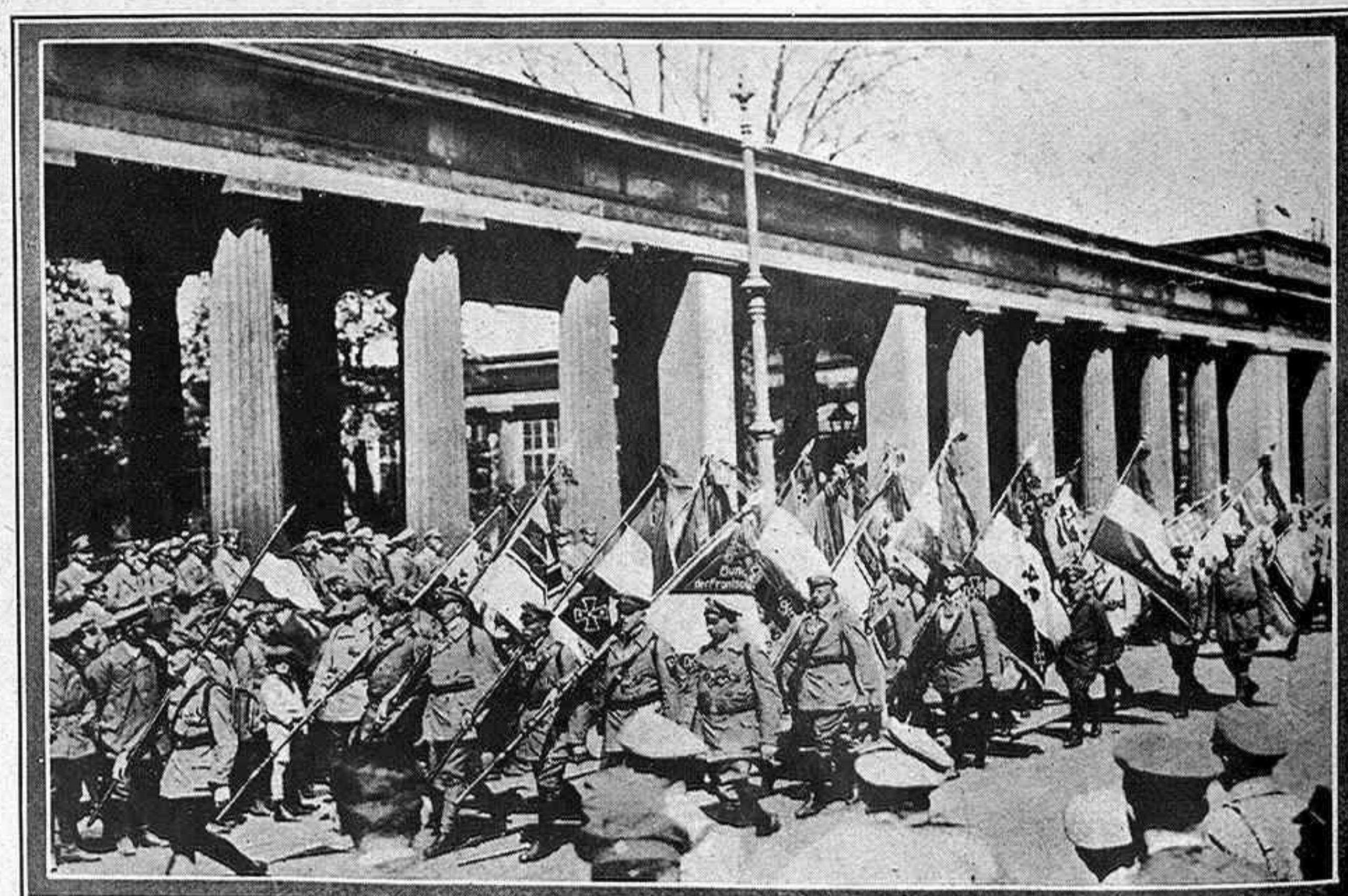
ALEMANIA MILITARISTA

La imponente manifestación de los «Cascos de acero» en Berlín

VANAMENTE se esfuerzan los pacifistas. Laten millares de corazones al compás de odios ancestrales que avivaron los tratados de paz y las restricciones impuestas por los vencedores.

Pero aun sin ellas, sería lo mismo. El furor bélico, el ciego afán fratricida está siempre supeditado al insano deseo de destrozarse, de hallar una *revancha* heroica que suma á la Humanidad en calamidades mayores de las que ya pasó.

Mientras en unos pueblos, á la preparación guerrera se le llama hegemonía del mar, del aire ó de la tierra, en Alemania, que ha vivido durante estos últimos años de la post-guerra de la esperanza, acariciada en todos los hogares, de volver á la maravillosa organización militar, la suspirada reorganización está dificultada por el articulado del tratado de Versalles. Y los hombres del admirable pueblo dan vida á numerosas asociaciones civiles que reúnen á los supervivientes de la gran guerra, como acaban de hacerlo durante la gran parada de los cien mil ex «Cascos de acero», en el Ludsgarten berlinés.



Las enseñas de todos los regimientos disueltos, llevadas por los antiguos abanderados, á su paso ante la Universidad Literaria, durante la gran manifestación (Fots. Agencia Gráfica)

CELEBRIDADES MUSICALES

OFFENBACH

OFFENBACH era un genio de la música cómica, y el genio es siempre actualidad. Pero el reciente estreno en Madrid de *Los cuentos de Hoffmann*, en que el creador de la opereta llegó a cuajar una ópera modelo de gracia y no desprovista, á veces, de cierta elegante melancolía, ha recordado á los madrileños el nombre del fundador del género bufo, que en nuestra villa señala también una época de la historia teatral con los bufos Arderius, que recuerdan los turbulentos años del Madrid entre el final del reinado de Isabel II y el comienzo de la Restauración. El Madrid de las caricaturas de Ortego, de los bailes en Capellanes y en Paul y de los festejos en los Campos Eliseos. Una época de muchas generosas energías perdidas y de romanticismos que se desvanecían entre unos vales más disolventes que las prédicas de Luisa Michel, la Virgen Roja.

El gran compositor que indignaba al grave Sar Peladan, porque había osado poner en paso de galop y de canción á las olímpicas deidades y á los sublimes personajes homéricos, era algo más grave para la sociedad de su tiempo que las bombas Orsini y que los cañones de Prusia. En *Orfeo en los infiernos* y *La bella Elena* destruían altos conceptos que habían resistido siglos; al compás del vals de *La gran duquesa de Gerolstein*, caían ya los más respetables y al parecer inviolables poderes de los modernos estados. La musa juguetona, pero terrible, de Offenbach parece un pasatiempo amable, y detrás de sus notas saltarinas se ve luego un Imperio roto para siempre y se oye el tronar de los cañones de Sedán.

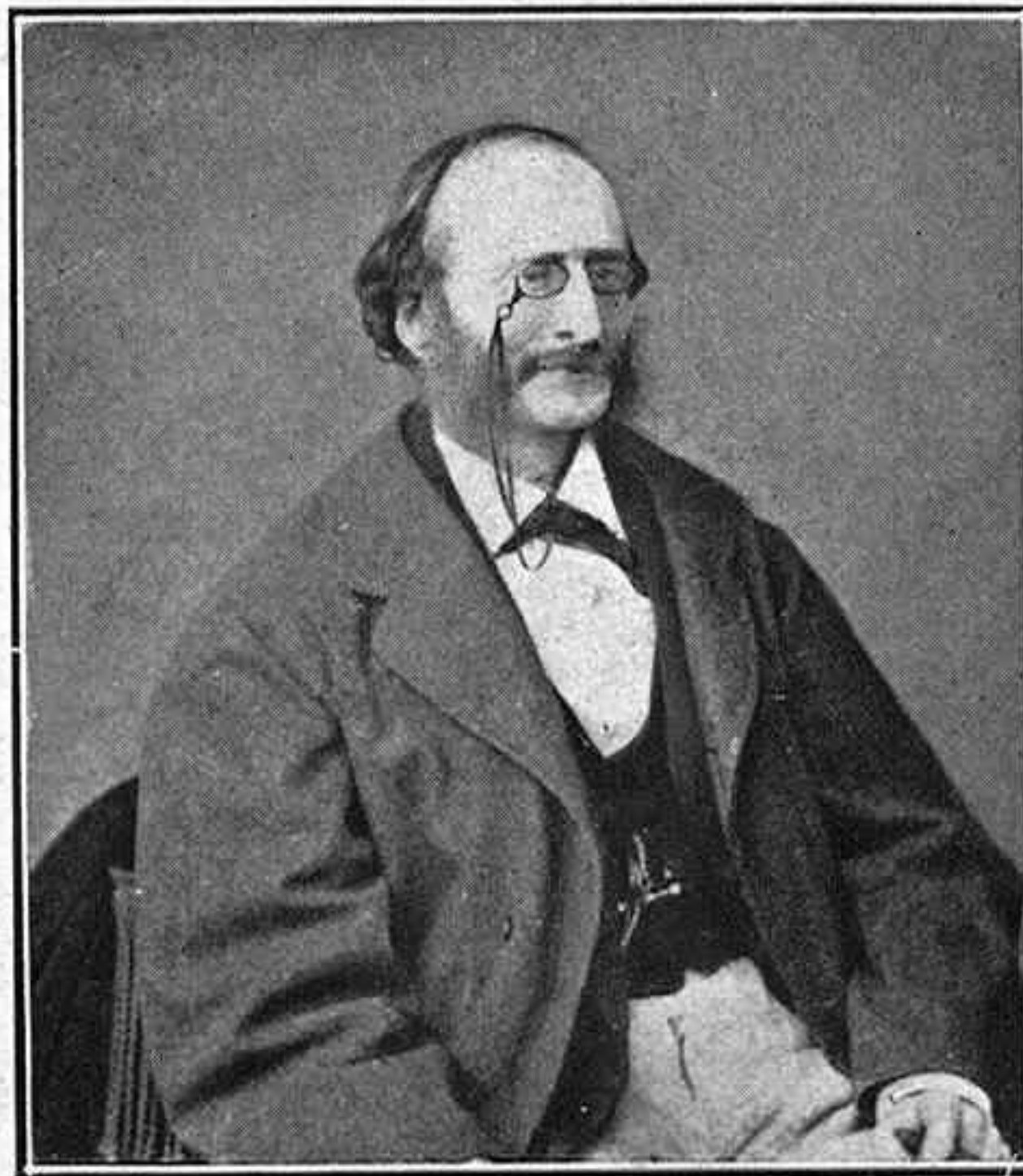
El que además de la mitología y de la epopeya había puesto en solfa todo, desde la ridiculez burguesa en *La vida parisiense* hasta la escalofriante leyenda cruel de *Barba Azul*, se elevó desde la opereta á la ópera, y en este género, donde al principio tuvo el fracaso de *Barkouf*, llegó al definitivo acierto de la partitura de *Los cuentos de Hoffmann*, ejemplo del arte de un compositor que avanzaba sobre su tiempo, ya que en esa obra aparece el leit-motiv acompañando la salida del siniestro personaje cuya maléfica influencia se deja sentir á través de diversos cambios de su personalidad. Pero al mismo tiempo hace rafa-guear una gracia espiritual y á veces irónica sobre el libro de Barbier. Falsea éste el tipo del gran escritor alemán, á quien pinta como un borracho impenitente, y supone muerto en un ataque de alcoholismo, siendo así que Hoffmann, poeta, músico y pintor, llevó una triste pero seria y laboriosa existencia, que acabó con toda dignidad siendo consejero de justicia en Berlín. Sin embargo, la habilidad del libretista consigue extraer aprovechable teatralidad de los tres cuentos, *Coppelius*, *El reflejo perdido* y *El canto de Antonia*, y he aquí, por única vez, al compositor genial que se burla de todo lo que se tiene por más alto, rinde su musa con devoción ante las creaciones ideales de un poeta.

Offenbach, que no se llamaba así, y había tomado ese nombre del pueblo de su nacimiento, era hijo de un cantor de la sinagoga de Colonia. Judío y alemán, su espíritu desdecía de su raza y de su patria nativa. Trasladado muy joven á París, su alma, que sentía la *vieille gaieté gauloise*, encontró el verdadero país al que volvía después del que podría llamarse el destierro natal.

Las biografías del autor de *La diva* dicen que llegó á París en 1842. Pero cinco años antes se había ya dado á conocer en la capital de Francia. Por incidencia poseemos ese dato, de la misma manera que nos es dado ofrecer á los lectores de LA ESFERA una interesante fotografía de Offenbach y un autógrafo musical suyo, con el comienzo de *La canción de Fortunio*.

He aquí el suelto que apareció en el número del 24 de Mayo de 1837, de la *Gazette des Salons*:

«M. Offenbach, joven compositor alemán, acaba de publicar tres vales titulados *Las muchachas*, ejecutados en los con-



OFFENBACH

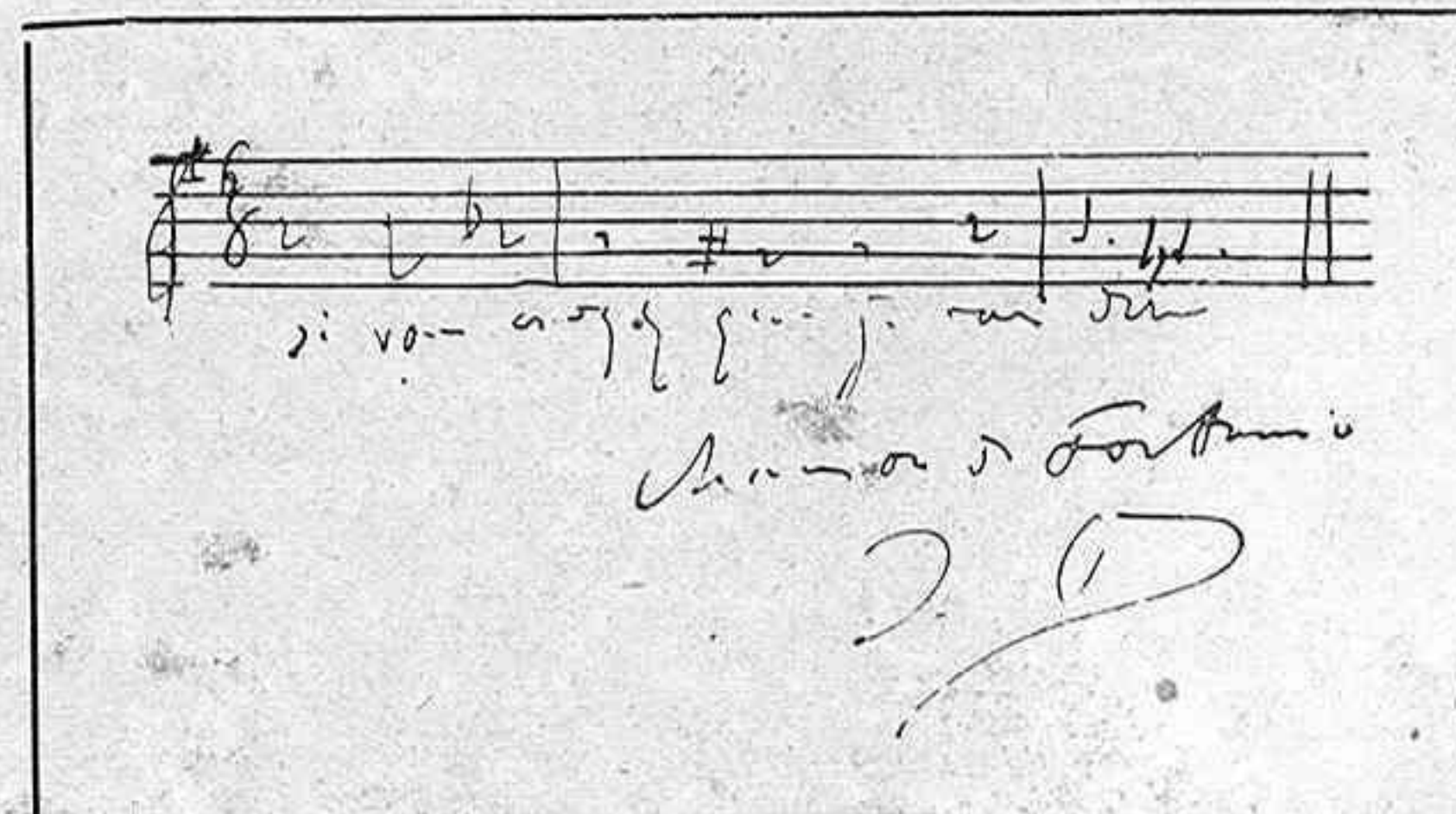
ciertos Saint-Honoré. Este opúsculo lírico anuncia ideas abundantes. La *Juventud de Berlín*, otra serie de vales del mismo autor, brilla por una originalidad agradable. Estas obras musicales harán bailar en todos los salones de París antes, durante y después de todas las cuaresmas del mundo.»

Esta nota es preciosa, ya que tiene todo el aspecto de ser la primera que haya salido de la trompeta de la fama para celebrar al futuro autor de *Orfeo en los infiernos* y de *La gran duquesa*. Y registrando otros viejos periódicos franceses, se encuentran otras referencias, aunque relativas á pequeñas composiciones, aires bailables, romanzas y, lo que es curioso, fábulas de La Fontaine puestas en música. Al mismo tiempo, Offenbach se formaba una reputación de virtuoso tocando el violonchelo en conciertos.

Por entonces solicitó del director de la Opera Cómica que le fuese admitida una ópera en tres actos titulada *Blanca*, y que, al menos con ese título, no fué jamás representada. Así se acercó por primera vez á ese coliseo que luego, como el de Viena, había de ser destruido por un terrible incendio la noche misma que anunciaba el estreno de *Los cuentos de Hoffmann*.

Para consolarse de aquella repulsa y atraer la atención del público sobre su nombre, organizó unas veladas dramáticas y líricas en que sus composiciones ocupaban la mayor parte del programa. La primera de esas audiciones aconteció en la sala Moreau-Sainti, que después se llamó teatro de La Tour d'Auvergne. En el libro póstumo de Roger, titulado *Carnet de un tenor*, hay una noticia de ellas:

«He comido con madame Talma—dice en esas Memorias tuyas aquel cantante, con fecha de 24 de Abril de 1847—, y después hemos ido al concierto de Offenbach en la sala Moreau-Sainti. Excelente concurrencia. Hemos oído *La alcoba*, ópera cómica de Offenbach, con libreto de Desforges. Algo de inexperiencia, pero cosas encan-



Autógrafo musical de Offenbach con el comienzo de «La canción de Fortunio»

tadoras. Offenbach es un joven que irá lejos si no le cierran las puertas de la Opera Cómica. Tiene una perseverancia del diablo y melodía.»

Cuando, más adelante, daba sus conciertos en la sala Herz, el gran compositor ya era alguien. Ocupaba el puesto de director de orquesta en la Comedia Francesa, donde, como es natural, no actuaba más que en los entreactos; pero lo que le sirvió para crearse relaciones muy útiles en el mundo del arte.

El cartel que puso en la puerta de la sala Herz ofrecía los nombres de Roger, Hermann Leon y las señoras Ugalde y Sabatier. Para fin de fiesta anunciaba una ópera en un acto, titulada *El tesoro de Mathurin*, interpretada por Sainte Foy y la Meillet, la Lemerrier y Theric. Esa obra reapareció más tarde en los Bufos con el título de *La boda de las linternas*. En los años siguientes, Offenbach siguió haciendo piezas en un acto; pero estrenadas en teatros formales. Una de ellas, *Pepito* (así, á la española) en el de Varietés, donde, más tarde, había de triunfar como dueño y señor, y donde Zola había de poner el comienzo de su *Naná*, trasunto de Hortensia Schneider, la rubia espléndida como una matrona de Rubens, que era la intérprete aclamada de *Orfeo* y de *La bella Elena*.

Los Bufos Parisienses levantaron por primera vez su telón el 5 de Julio de 1855, y al principio no presentaban al público más que obras en un acto, de las cuales Offenbach escribió muchas. El genio adorable de la música cómica, grato siempre á las almas serenas y prodigioso bienhechor de los ánimos melancólicos, revélase á veces en piezas breves y tiene en ellas una importancia que puede ser tan grande como la de la inspiración que produce el más fuerte drama musical ó la más intensa y extensa composición sinfónica, valor que en las letras corresponde al madrigal ó al epigrama, al lado del acabado poema ó á la fuerza del entremés y del sainete c'ástico al lado de las más perfectas comedias.

Entre esas obras breves de Offenbach hay joyas como *Los dos ciegos*, *Mascahievro*, *El violinista*, *La señorita de la lotería*, *Luisita* y *Federiquito* y *Ba-Ta-klan*. A partir del éxito de *Orfeo en los infiernos* fué cuando el gran compositor se dedicó de lleno al género grande, y es tan copiosa su labor total, que dejó más de cien obras. En la historia de la música, sólo Cimarosa le aventaja en fecundidad.

Offenbach, que vió sus operetas celebradas y popularizadas en España, tuvo amistad con algunos españoles famosos. Grande amigo y admirador suyo, fué Mariano de Cavia, quien se sabía de memoria, gustando de recordarlas con frecuencia, las obras del autor de *La bella Elena*, con quien le ligaba, además, un hondo recuerdo. En brazos de Cavia murió el hijo de Offenbach.

Offenbach estuvo en Madrid cuando la máxima boga de sus operetas. Y acompañado y festejado por Arderius, además de visitar nuestros teatros y asomarse en el Suizo y en torno á las reuniones de las notabilidades de la época, nos le imaginamos invitado al hotelito que en las Ventas, y barriada de la Peninsular, calle entonces de Valencia y hoy llamada de Pedro Heredia, tenía el fundador de los bufos madrileños. Hotelito cuyos anteriores propietarios habían sido los hermanos Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer, y donde murió este último, el gran pintor costumbrista.

Offenbach, el artista que veía lo cómico de la vida y de la historia con sus ojillos zumbones y menudos, á través de sus lentes de ancho cordón, y dejaba correr por el pentagrama su fantasía burlona, se me figura como una representación del Sileno clásico, de abolengo panida, alegre genio de la música, que como en los bosques cuando era maestro de Baco, revive en las grandes y modernas ciudades á lo largo de los siglos y de las civilizaciones.

PEDRO DE REPIDE



CO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Cámara. 112

LAS CIUDADES DE ARTE

«Una calle de Brujas, la muerta», cuadro original de María Luisa Pérez Heineke



DOLORES CASTELLO
Bellísima artista cinematográfica

CINEMATOGRAFÍA

LAS MUJERES FATALES EN EL «FILM»

Es cosa que pueden comprobar todos los amantes del *cine* á poco que se tomen la molestia de recordar á todas las *estrellas* femeninas que han desfilado ante sus ojos, la de que sólo recuerdan con agrado y perduran en su memoria aquellas á las que vieron interpretar papeles de mujeres buenas, dulces, amorosas, sentimentales. Ellas solas ocupan en nuestro pensamiento un lugar del que no las desplazan ni el tiempo ni la ausencia.

Por el contrario, es evidente que todas las artistas que han desempeñado roles de *mujeres fatales*, de *vampiro* femenino, como se las llama en América, pasan rápidamente, y rara vez ha-

cen una carrera de mucha duración; es decir, que su vida artística, que su fama, dura poco, y sólo las sigue, cuando las sigue, un recuerdo nada piadoso.

Y es que el público en general y el del *cine* en particular se compenetra de tal manera con las historias más ó menos verosímiles que se le ofrecen y con sus intérpretes, que llega á creer á éstos tal y como los ve sobre la pantalla.

Aferrado á esa fantasía, el espectador de *cine* llega á suponer que una Nita Naddi, una Irene Rich, por ejemplo, son en la vida real como aparecen en la vida ficticia, convencional, de un asunto cinematográfico, y nada más lejos de la verdad en la casi totalidad de los casos.

Esas mujeres perversas, sin corazón, que van sembrando el daño por donde quiera que pasan, que llevan el dolor y la ruina en sus ojos y en sus labios, suelen ser unas excelentes esposas y unas

madres de familia modelo, queridas y respetadas por cuantos las conocen y las tratan y cuya amistad sólo despierta simpatías.

La índole de su belleza ó una modalidad de su talento artístico es la que les lleva á sentar plaza de lo que no son y á alcanzar una triste celebridad que tiene como base el odio y la antipatía de la gente, y que no deja tras sí ningún grato recuerdo, como decimos antes.

Así alcanzaron el pináculo de la gloria, del que se derrumbaron para siempre, Theda Basa, Valesca Surratt, Lowise Glaum y Virginia Pearson, y quién sabe si no aguardaría igual suerte á Bárbara la Marr, desaparecida tan prematuramente.

Contrastando con esta aversión está la aureola que nimba las cabezas de Mary Pickford, de Lillian Gish y de Betty Balfour, por no citar á otras muchas, ya que esta clase de artistas está

en mayoría, toda vez que resulta mucho más agradable para ellas, por todos conceptos, y para el espectador, cultivar el género que cultivan de ingenuas, de candorosas, propicias á todo sacrificio y á prodigar el bien.

A buen seguro que si las *mujeres fatales* de la pantalla pudiesen hacer un alto en su carrera y cambiar de rumbo, lo harían aun aquellas que, como la propia Nita Noleli y hasta Pola Negri gozan de una popularidad grande y de general admiración.

Que esto es así lo prueba la conducta observada por Norma Talmadge, que fué una arrepentida á tiempo. Norma Talmadge, como decimos, comenzó su carrera como *vampiro* con faldas, y así realizó dos ó tres *films* en los que alcanzó un éxito muy lisonjero, artísticamente considerado, pero percatada de la índole de aquellos triunfos y de su poca consistencia, reaccionó, se arrepintió de ser mala en la pantalla y se hizo buena, esperando así alcanzar la verdadera gloria, como lo ha conseguido.

El público debe pensar cuando ve á una de estas artistas que son unas *forzadas* de su destino, por aquello de que en el *cine*, como en el teatro y como en la vida real, tiene que haber de todo, bueno y malo, y no debe guardarlas rencor.

La mujer *vampiro* viene á ser sobre la pantalla lo que el traidor de todo melodrama, una necesidad, un recurso del que echa mano el

autor para dar interés al asunto y para llegar á la fibra sensible del espectador.

Sin *mujer fatal* no sería posible los dramas pasionales, ni alcanzaría el relieve que alcanza la mujer que no lo es, como sin traidor abortarían muchas maquinaciones que mantienen en suspenso nuestro ánimo y que al resolverse más tarde favorablemente, nos producen una grata impresión.

De todo lo dicho se deduce que la mujer *vampiro* no puede, no debe desaparecer, y que hay que aceptarla como es y admirar el talento de aquellas que la encarnan, muy superior á veces al de la antípoda, la niña inofensiva y virtuosa, ya que en el lienzo es igual ó más fácil, y sobre todo más agradable, captarse la simpatía que el odio.



Pola Negri y James Hall, en una escena de la película «Hotel Imperial»

Bessie Love y Harrison Ford, en una escena de la película «Los neumáticos»

UN ARGUMENTO DE PELÍCULA

"EL MAS GRANDE ERROR"

JOVEN, ingenua y bella, Hortensia abandona su población natal para trasladarse á Nueva York, verdadera Mecca de sus ambiciones, en donde reside su hermana Juanita, con quien piensa reunirse. En el tren, camino de la gran ciudad, Hortensia conoce accidentalmente á Guillermo Ogden, acaudalado banquero neoyorquino, quien á los pocos instantes de conocer á la jovencita se siente cautivado por su ingenuidad y belleza. Al llegar al término de su viaje, los dos compañeros se despiden afectuosamente... hasta muy pronto.

Juanita, la hermana de Hortensia, no es, ciertamente, un modelo de esposas, ni su conducta conyugal ofrece un ejemplo edificante á una jovencita en las condiciones de Hortensia. Aprovechando la ausencia constante de su marido, que es viajante de comercio, Juanita recibe en su casa, á todas las horas del día y aun de la noche, á un sujeto de pésimos antecedentes, llamado Donald Kendall, quien, á poco de conocer á Hortensia, y valiéndose de su amistad con una mujer del tipo vampiresco, llamada Mona Foote, trata de atraerse la simpatía de aquélla para el logro de sus viles é infames propósitos.

Deseosa de conocer la vida nocturna de Nueva York, de la cual tantas maravillas había oído contar en su pequeña población natal, Hortensia una noche acepta el ofrecimiento que le hace Heriberto Gibbs, un joven arquitecto de gran porvenir, á quien conoció casualmente en la oficina de Guillermo Ogden, su amigo y protector. Siendo un joven juicioso y morigerado, Heriberto acompaña á Hortensia á lugares muy distintos de Nueva York que ella deseaba conocer. Al despedirse aquella noche en la puerta del pisito donde Hortensia vive con su hermana, Heriberto reitera su amor á la doncella, sin que el enamorado galán logre de ésta más que una vaga promesa, la cual no hace más que intensificar un deseo al parecer inasequible.

De igual manera, si no con mayor desdén, Hortensia rechaza las insinuaciones amorosas de Guillermo Ogden, quien, dotado de una fortuna inmensa, ofrece á aquella muñequita, creada por un divino artífice para el lujo y el placer, una vida de riquezas y goces como jamás soñara.

Un negocio importante obliga á Ogden á hacer un viaje á Europa. Durante su ausencia, el banquero neoyorquino escribe varias cartas á Hortensia, las cuales ésta comete la imperdonable indiscreción de mostrar á su hermana, quien, á su vez, las muestra al miserable Kendall. Este, que sólo esperaba una oportunidad para practicar el *chantage*, se vale de las comprometedoras cartas para esgrimirlas contra el banquero



Pola Negri y el Príncipe Divani de Georgia, después de su reciente enlace. Este Príncipe es hermano del que se casó con Mae Murray, la también admirable artista cinematográfica

y arrancarle una fuerte suma en metálico, que el malvado se propone derrochar á manos llenas en compañía de su cómplice Mona...

Pasan los días, y mientras Kendall espera con ansia el regreso de Ogden de su viaje á Europa, las amorosas relaciones de Hortensia con el joven arquitecto vuelven á renacer con más fuerza, hasta el punto de que una noche, que es precisamente la de Navidad, reunidos Heriberto y Hortensia en el hogar de aquél, en compañía de su anciana madre y de su atractiva hermana, la esquiva doncella se decide por fin á entregar su corazón y su mano al hombre que desde el día que la conoció se sintió irremediablemente prendado de sus encantos.

Terminada la cena, á la cual siguen unas horas de familiar tertulia, Hortensia muestra intenciones de retirarse, á lo cual accede gustoso Heriberto, acompañándola hasta el umbral de la casa donde vive. Fresco aún en sus labios el sabor del beso que Heriberto le diera al despedirse, Hortensia se ve brutalmente atacada por un individuo enmascarado, que la exige la entrega inmediata de las cartas que el banquero Ogden la escribió durante su viaje por Europa. Hortensia se niega á satisfacer los deseos del malvado desconocido, quien, comprendiendo que le es imposible vencer la firme tenacidad de la jo-

ven con palabras, y, temeroso de ser descubierto, la maltrata de obra, hasta dejar á la infeliz doncella tendida en el lecho sin sentido. El enmascarado agresor huye, mas las comprometedoras cartas continúan en poder de Hortensia, que es conducida al Hospital en grave estado. Aunque las sospechas de la joven recaen en Kendall, no se atreve á acusarlo abiertamente por miedo de comprometer á su hermana.

Al día siguiente, al dar cuenta del brutal atentado de la víspera, los periódicos unen el nombre de la víctima con el del banquero Ogden, recién llegado de Europa.

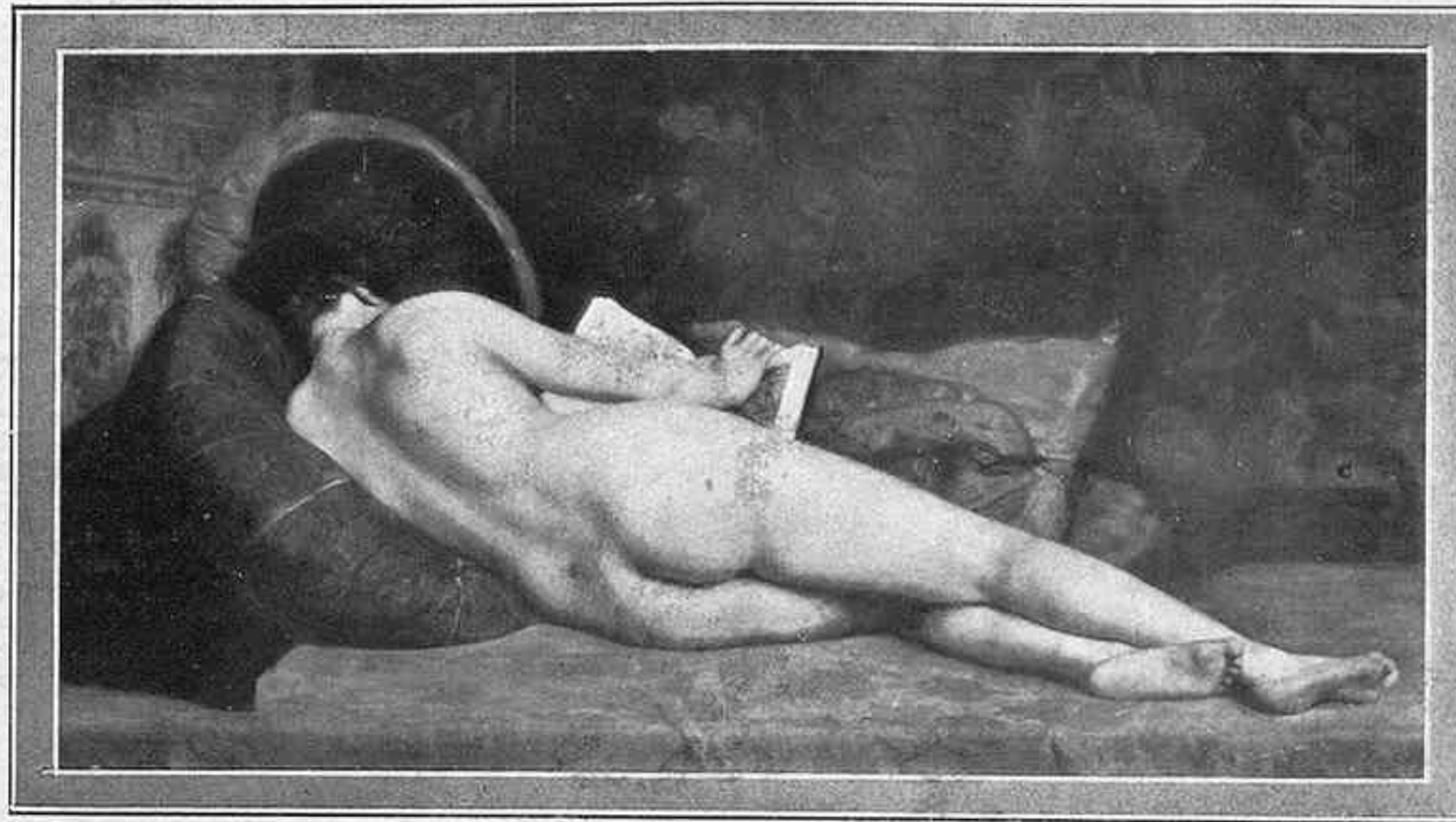
Al enterarse del misterioso suceso, Ogden se dirige, sin pérdida de tiempo, al hospital, en una de cuyas camas yace la infortunada Hortensia. A pesar de que el acceso á la sala que ocupa Hortensia, junto con otras pacientes, está terminantemente prohibido, Ogden consigue, valiéndose de su influencia, llegar hasta la cabecera de la enferma. Sin inquirir por su estado, el cual continúa siendo muy delicado, el banquero pregunta á Hortensia por las comprometedoras cartas. Ofendida la joven por el interés egoísta de Ogden, le suplica con palabra balbuciente que se retire, ya que le preocupa más el escándalo público (con lo cual demuestra de manera fehaciente que sus protestas de amor eran mentira) que la felicidad de ella.

Antes de retirarse, sin osar contestar á la acusación de Hortensia, por no agravar su estado, el banquero encarga á los administradores del hospital que cambien á la enferma á la habitación de más precio del benéfico establecimiento.

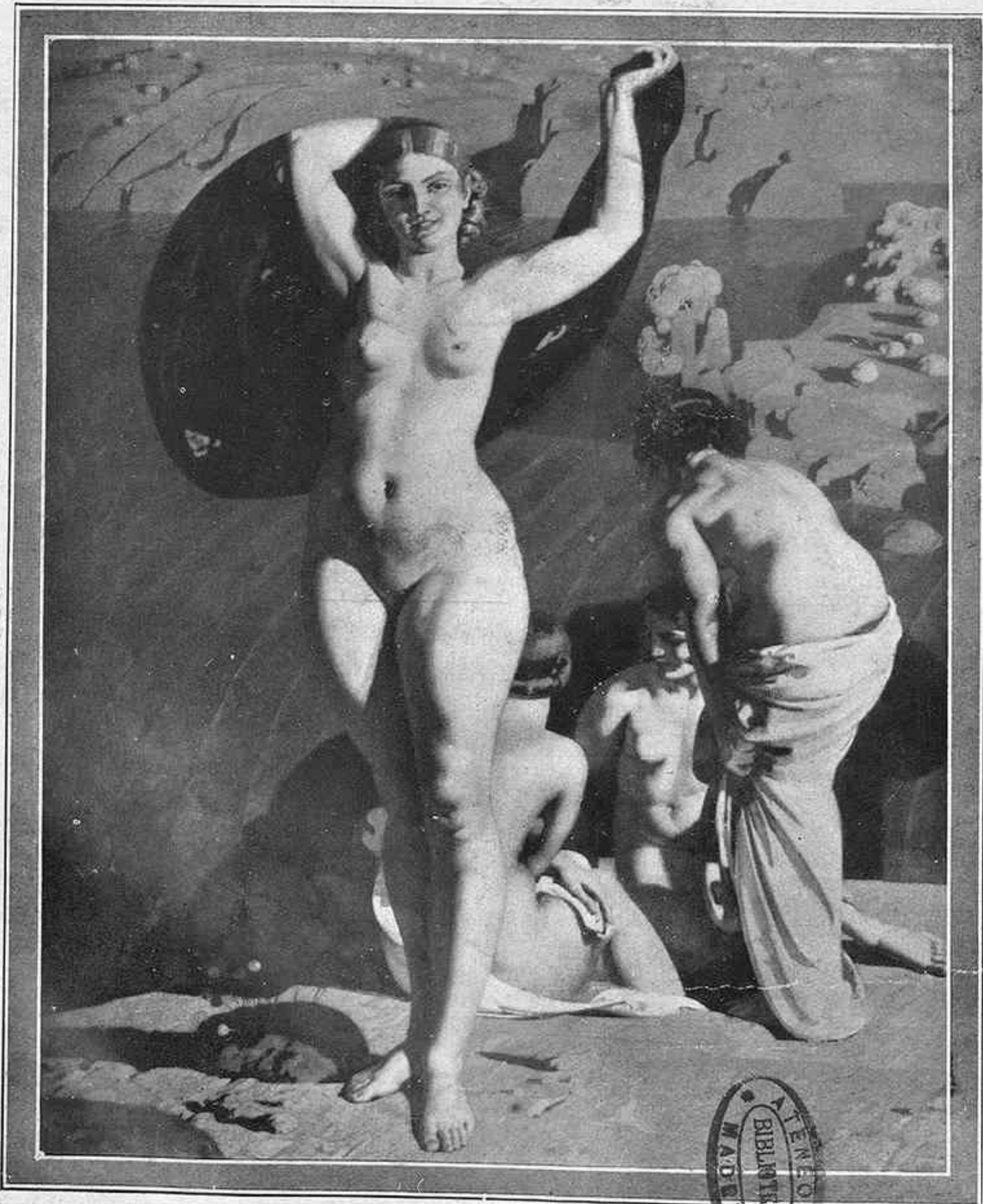
Mientras tanto, los periódicos de escándalo continúan dando detalles íntimos de la vida de Hortensia y de su acaudalado protector. Aunque la mayoría de las informaciones publicadas, si no todas, son falsas de toda falsedad, algunas de ellas adquieren tal apariencia de veracidad, que Heriberto acaba por dudar de la fidelidad de su prometida.

A su salida del hospital, Hortensia se dirige al domicilio de su hermana, el cual encuentra solitario y triste. Juanita acababa de abandonar el techo conyugal para buscar una efímera felicidad, lejos de Nueva York, en compañía del malvado Kendall.

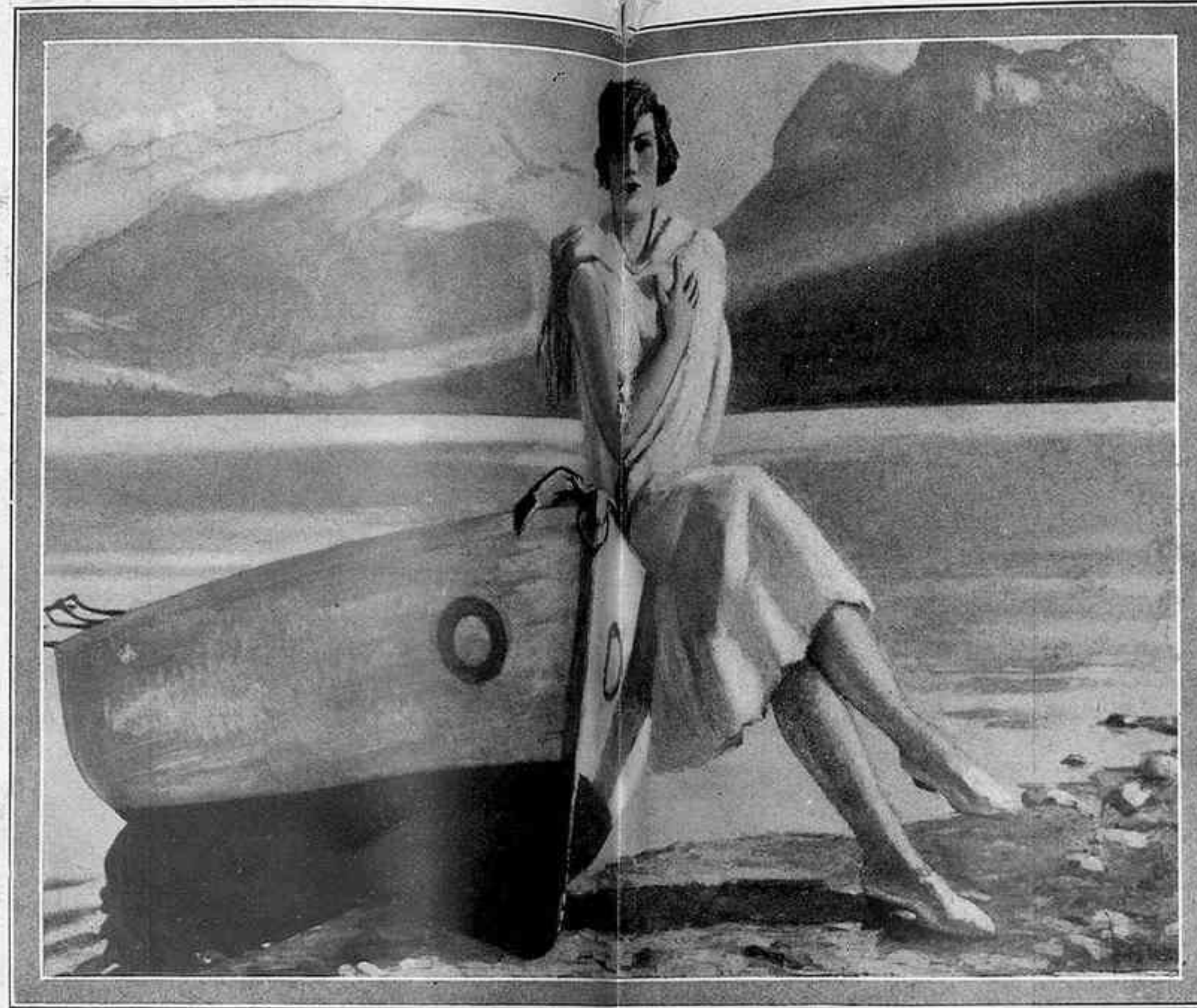
Viéndose sola y abandonada por todos, pues sus pesquisas por comunicarse con Heriberto resultaron infructuosas, Hortensia vuelve los pasos hacia la morada del banquero, dispuesta á aceptar cualesquiera condiciones que éste quiera imponerle. Tan grande sacrificio es, sin embargo, innecesario, pues en el instante de consumarse, aparece Heriberto en escena, y, convencido de su error, insiste en llevarse á Hortensia al nido de su felicidad futura, en tanto el banquero recoge pacientemente del suelo las perlas del collar que en su precipitada salida Hortensia arrojó desdeñosamente á sus pies.



«Lectora desnuda», de Guinard



«Las rocas rojas», de E. Aubry



«Calma», por Leleux

HE aquí un «Salón», más, que no añade cosa alguna á las penas ni á las glorias de las ciento treinta y nueve Exposiciones oficiales de Bellas Artes que le precedieron. Al franquear la entrada principal del Gran Palacio de los Campos Eliseos, el hall aparece convertido en parque, tal vez para prestar adecuado ambiente á la mayoría de las esculturas allí expuestas, y pensadas y ejecutadas para mostrar, al aire libre, un arte que padece la obsesión de lo enorme. Las avenidas cubiertas de grava, los pórticos de verdes enrejados, las pelouses de césped, los jardines de flores hacen figura de jardín de Lilibut rodeando á las monumentales estatuas y las aguas brotan por las fauces de monstruos apocalípticos, y en un silencio extático, sorprendidos por el fragor del charleston, se muestran los instrumentos de la orquesta, los centauros y las ninfas, los héroes y las diosas, las bacantes y los faunos de este mítico mundo de bronce y mármol, sobre el cual parece dominar, irguiendo su formidable talla bajo la cúpula central, un genio que hace pensar en el uha, mono-rey que fué más que hombre... Pero al término de la escalinata da fin esta región de la fantasía, y con la serie abrumadora de salas abarrotadas de cuadros comienza, y parece no acabar jamás, el reino de la monotona, madre del tedio.

Todas las pinturas contenidas en estas salas—centenas y centenares de obras—se parecen entre sí, como se parecen también á las que hemos contemplado en Exposiciones anteriores. De tal modo, para clasificarlas, bastaría esta distinción elemental: cuadros grandes y cuadros pequeños.

Son tan grandes los cuadros grandes, que algunos de ellos ocupan, entero, el frente de la sala que les da generosa hospitalidad; y ante ellos el visitante profano y de buena fe sólo piensa en cuáles podrán ser, terminada la Exposición, el destino y el lugar reservados á tales excesos.

Entre los cuadros pequeños hay algunos que merecen interés. Uno solo es verdaderamente digno de admiración: el *Pastor mejicano*, pintado por Martín Hennings.

Los demás, destacados por su indudable mérito del tremendo y anodino montón, podrían ser: el retrato de señorita pintado por Leleux á la orilla del lago de Anney, y titulado *Calma*; la *Lectora desnuda*, de Guinard, estudio muy sincero de dibujo y vigoroso de color; el *Verano*, de Francisco Gras, discípulo de Sorolla, que en este trozo de playa valenciana, con esta niña ante el mar, evoca recuerdos de los primeros lienzos del maestro; el estudio, en técnica muy moderna pero con perfecto dominio de la línea y del color, hecho por Devoux pintando con un grupo de niños que meriendan en la montaña; el muy bello desnudo de mujer, figura de primer término en el cuadro *Las rocas rojas*, de Aubry; el *Arco Iris*, de Paul Chabas, lleno de encanto y de misterio; dos estudios de Gardier, *A orilla del lago de agua dulce, en Suez*, y *El viaje de los cebús*, muy á la manera de Sorolla también; la *Siesta sevillana*, de Vicente Santaolara, desnudo de dibujo y colorido muy castos; otro desnudo delicioso de luces y reflejos, titulado *El espejo del taller*, y del que es autor el portugués Enrique Medina; un sorprendente *Sol de amanecer*, iluminando dos figuras de mujer,

en la playa, y logrado—con pleno acierto—por Rousseau Decelle, y, por último, y quizá lo más notable después del cuadro de Hennings, el retrato de Lorenzo Babini pintado de mano maestra por Margarita Lindsay Williams...



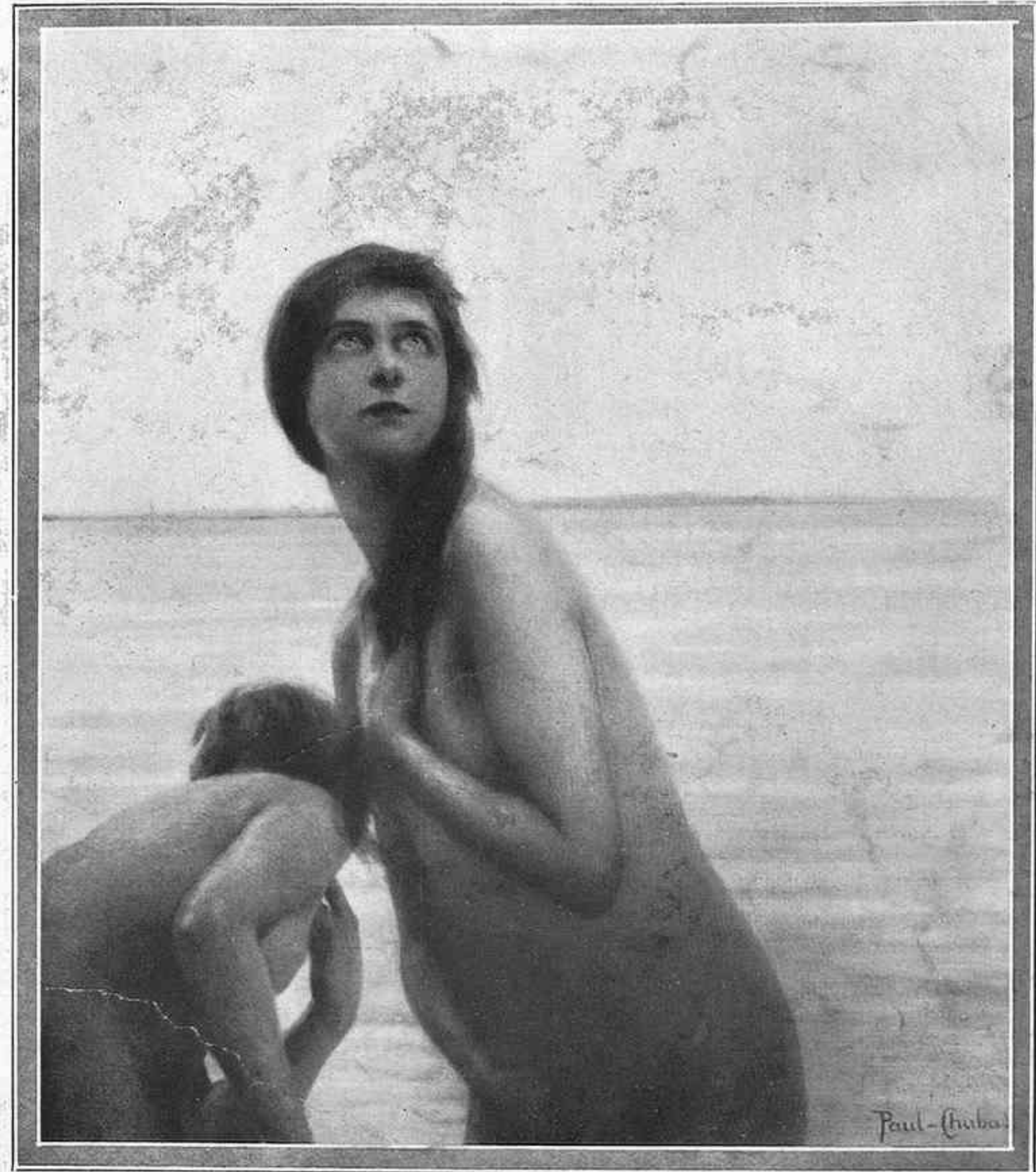
Nota dominante en este concurso de 1927 es una reacción muy marcada contra las extravagancias y los absurdos de ciertos grupos de vanguardia. Todos ó casi todos estos pintores reunidos en el Grand Palais por las dos Sociedades—la de Artistas Franceses y la Nacional de Bellas Artes—muestran en su esfuerzo dos preocupaciones esenciales: la del dibujo correcto y la del colorido verdadero... ¿Acaso este academismo es causa de la mediocridad en que naufraga la mayoría de la Exposición?... No... Y prueba de ello es que en el revolucionario «Salón de las Tullerías» recién abierto, y del que hablaremos más tarde, no aparecen tampoco los pintores geniales.

Con técnica vieja ó con técnica nueva, con timidez ó con audacia, con naturalismo, con impresionismo ó con simbolismo, el talento se revela siempre, cuando existe, iluminando la obra... Es la verdad, única fórmula del arte, que presta inmarcesible juventud á los procedimientos más antiguos y ennoblece con su abolengo de eternidad las maneras más inquietas de renovación y de futurismo.

Y, en cambio, para cubrir la ausencia de talento, para vestir con disfraz de arte lo que no acierta á serlo, en vano se extreman todos los «acabados» y los preciosismos del *vieux-jeu*, ó se recurre á los estruendos y á las discordancias del trazo y del color empleados por los *jazz-bands* pictóricos de avanzada.

Hay en estas Exposiciones, como en todas las actividades artísticas de la Europa occidental, una falta de pujanza que revela cansancio en los hombres de ayer, anteriores por su notoriedad al año 14, y debilidad en los de hoy, posteriores en su formación al año 18... Esa fatiga de unos y esa flaqueza de otros, herencia triste de los días más duros y difíciles de la Historia, abre una solución de continuidad en el desarrollo del arte europeo y, sobre todo, del arte latino... ¿Qué escultor sucederá á Rodín?... ¿Qué pintor proseguirá la obra de Sorolla?... ¿Qué novelista de hoy llegará á la cumbre de un France?... ¿Qué dramaturgo actualmente «menor de treinta años» culminará á la excelsa altura de un Benavente?... No aparecen, ni siquiera esbozadas las figuras... Diríase que la civilización contemporánea que asentó sobre el triángulo París-Madrid-Roma se extingue, apagada por el tremendo vendaval de la gran guerra, y que únicamente los pueblos germánicos del Este y del Norte, y los anglosajones de allende el Atlántico, guardan, pese á todo, fuerza y esperanza suficientes para seguir alzando sobre las tinieblas y los lamentos de nuestra época terrible la antorcha salvadora; la espléndida luminaria de arte y de belleza que pone en la frente humana el reflejo redentor, signo de la divinidad que nos libera del signo de la bestia...

Paris, 1927. ANTONIO G. DE LINARES

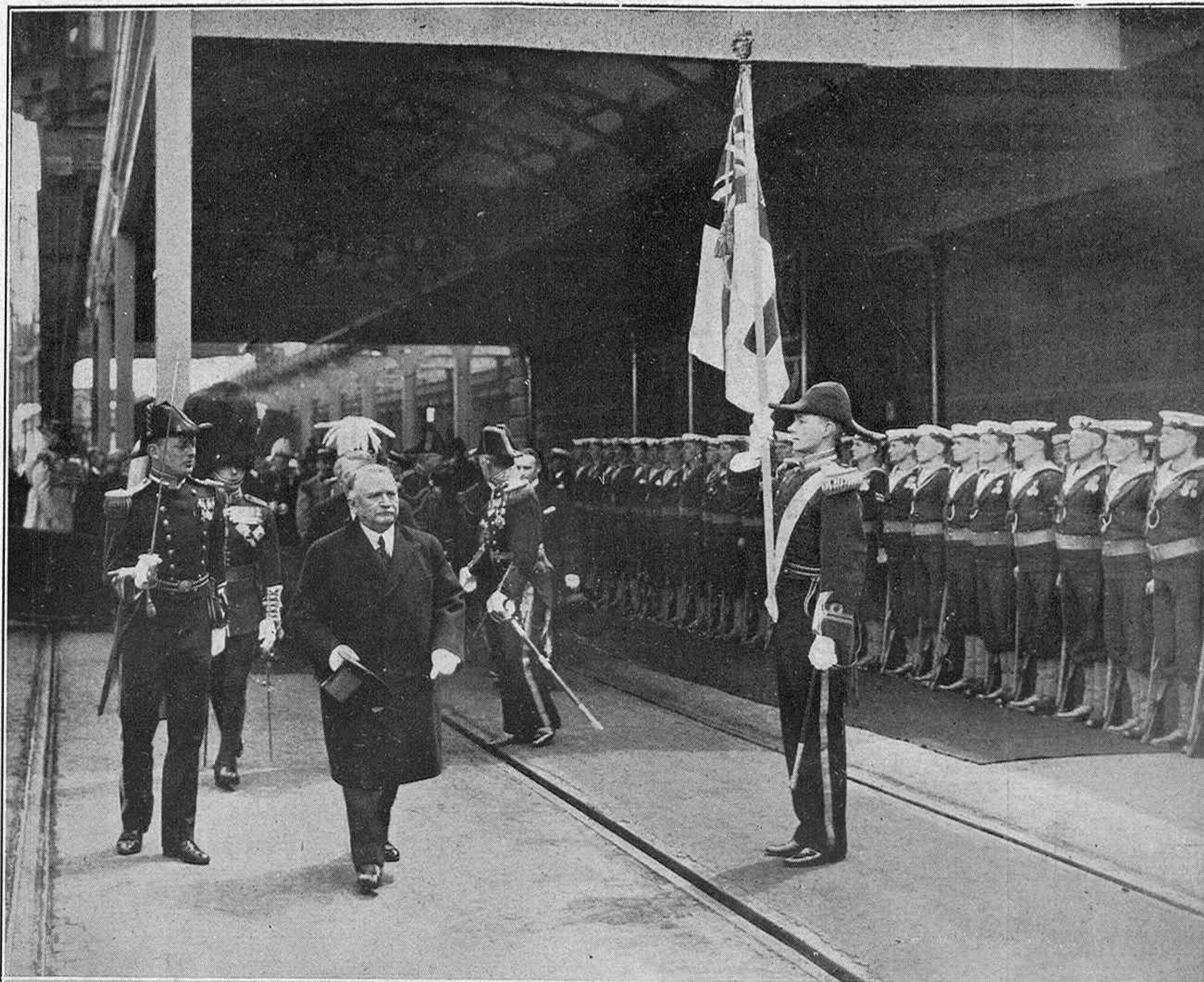


«Arco Iris», por P. Chabas



«Desnudo en un paisaje», por E. Narbone

El
 Presidente
 de la
 República
 francesa
 en Londres



Registra nuestra página dos interesantes momentos de la visita presidencial á Inglaterra con motivo de haberle conferido á monsieur Doumergue la Universidad de Oxford el título de Doctor en Derecho civil.

Refiérese la primera al desembarco del Presidente en el muelle de Dover, donde pasó revista al destacamento de honor formado por los *Royal Marines*, que ostentaban por primera vez en público la nueva bandera concedida al Cuerpo. En la fotografía inferior aparece M. Doumergue depositando una corona en las gradas del cenotafio elevado en memoria de las víctimas de la Gran Guerra.



CANCIONES DE LA CALLE

Por EMILIO CARRERE

Dibujo de ARISTO TÉLLEZ

Viejo «simón», auriga verbenero
y castizo, vete con Dios.
Has muerto atropellado por un taxi;
¡pobre «simón»!

Dando bandazos por las calles,
y renqueando el flaco matalón,
tu negra caja charolada
fué muchas veces camarín de amor.

El Madrid viejo va á enterrar contigo,
rodante cronicón
de las tragedias y las alegrías
del siglo diez y nueve que pasó.

Tú llevabas al negro enlevitado
de chistera y de pistolón
á saldar, en las tapias del Retiro,
un puntillo romántico de honor.

Y viste á las alegres bailarinas
de Capellanes y de Paúl;
colas de pavo real en los vestidos,
mantilla negra y polisón.

Y al misterioso caballero pálido
con facha de conspirador
que se ocultaba envuelto en su pañosa
de Pombo en un recóndito rincón.

Tú viste el rostro de los asesinos
de Prim, y tu vidriera retembló
en la calle del Turco al trabucazo
que dentro de tu caja resonó.

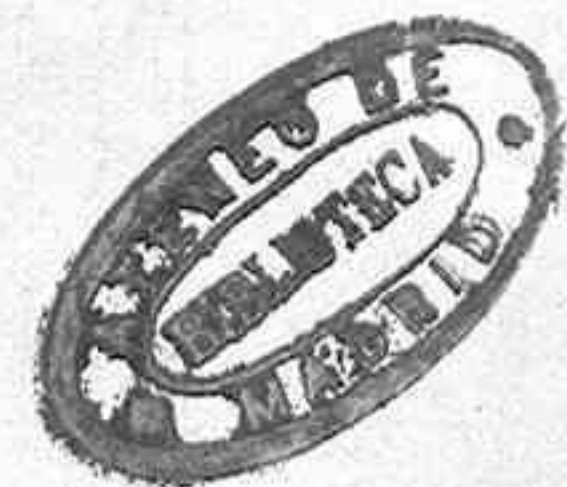
Y una noche en tu fondo
cómplice y protector,
la urraca Doña Baldomera
con sus buenas talegas se esfumó.

Tú llevaste á *Frascueto* de verbena
por las callejas del Madrid chulón
—blanca chorrera, cordobés flamante
y una onza en la cadena del reloj—.

Castizo auriga de esclavina,
píntoresco y blasfemador,
el que obsequiaba á su jamelgo
con torrijas y peleón.

Compadre del juerguista tabernario
y de la chula de mantón
—pitos del Santo y buñolada
y cante hasta que salga el sol—.

Tu paso de cangrejo es anacrónico,
cuando el espacio cruza el avión;
debes morir porque no tienes alas.
‘Hasta la Eternidad, viejo «simón»!



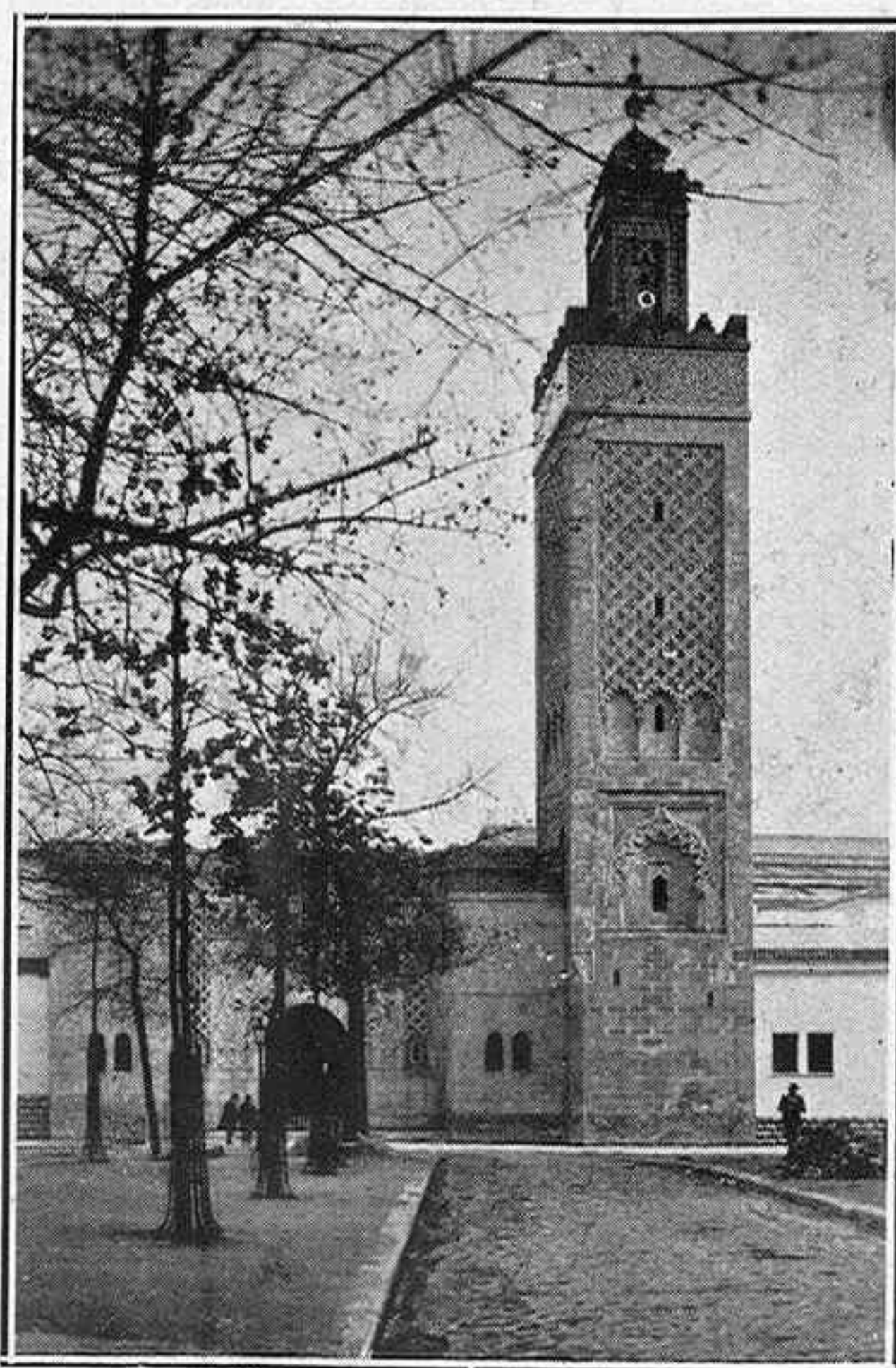
EMOCIONES DE PARIS

UN RINCÓN ISLAMITA

EL extremo del barrio Latino que linda con el Jardín de Plantas ha tenido siempre algo de oriental. Desde la horrenda calle Moufretard—monopolizada antes de la guerra casi en absoluto por judíos de Palestina, que la imprimieron la sordidez de cualquier *ghetto*— hasta la plaza silenciosa del Puits-de-l'Ermite, París resulta en cierto modo un suburbio de Siria ó de Turquía tiritando entre nieblas occidentales. Prolíficas familias de Argel, de Orán, de Túnez, de Esmirna, de Constantinopla, de Jerusalén, instalan su elegancia ó su miseria á lo largo de angostos pasadizos y de recodos traidores; la suntuosidad se mezcla con la mugre, y el lugar cobra ese aspecto confuso del Oriente, que hizo definirlo á alguien «especie de guiñapo recamado de oro».

Sólo faltaba una mezquita al exótico paraje, y ya la ostenta. Blanca, decorada de mosaicos y de maderas ricas, cerrada por verjas de torja y arrullada por surtidores, yergue su minarete sobre el pueblo que la circunda, acentuando el carácter musulmán del sitio; está contigua á la estación de Orleáns, que no desean perder de vista los oriundos de países solares, y muy próxima al Sena, que se diría allí uno de los grandes ríos sagrados; hay en torno aleteos de alquiceles y rostros de serrallo semiocultos, sonos guturales de lenguas semíticas y animación de zocc, porque, naturalmente, afluye allí la colonia árabe de la urbe. El arrabal se ha convertido por completo en un feudo de Alah y de su profeta.

Al profano que visite la mezquita de París ahora acaso le aguarde una desilusión. Todo aparece demasiado nuevo, apenas concluso; y á pesar de sus maravillosos lampararios y de sus magníficos tapices, de sus verjeles en proyecto y de sus poéticas penumbras, de sus versículos coránicos y de su *mihrab* orientador hacia la Meca, se nos antoja un recinto desnudo y aterido bajo el cielo gris. El simple lujo de Levante, con su aristocrático concepto de la vida física y espiritual, se evidencia hartamente simple á los prejuicios de Poniente.



Fachada principal de la mezquita de París

Pero, anejos á la mezquita y al cementerio que la complementa, existen, para distraernos de su sobriedad, bazares turcos, *hammam* y un café moro. Podemos, pues, extasiarnos ante las menudas obras de arte que implican una alfombra de polícromas lanas anudadas en dibujos sutiles, un pebetero nielado ó un cojín muelle y resplandeciente; podemos pedir á la caricia de un docto baño con distintas temperaturas, du-

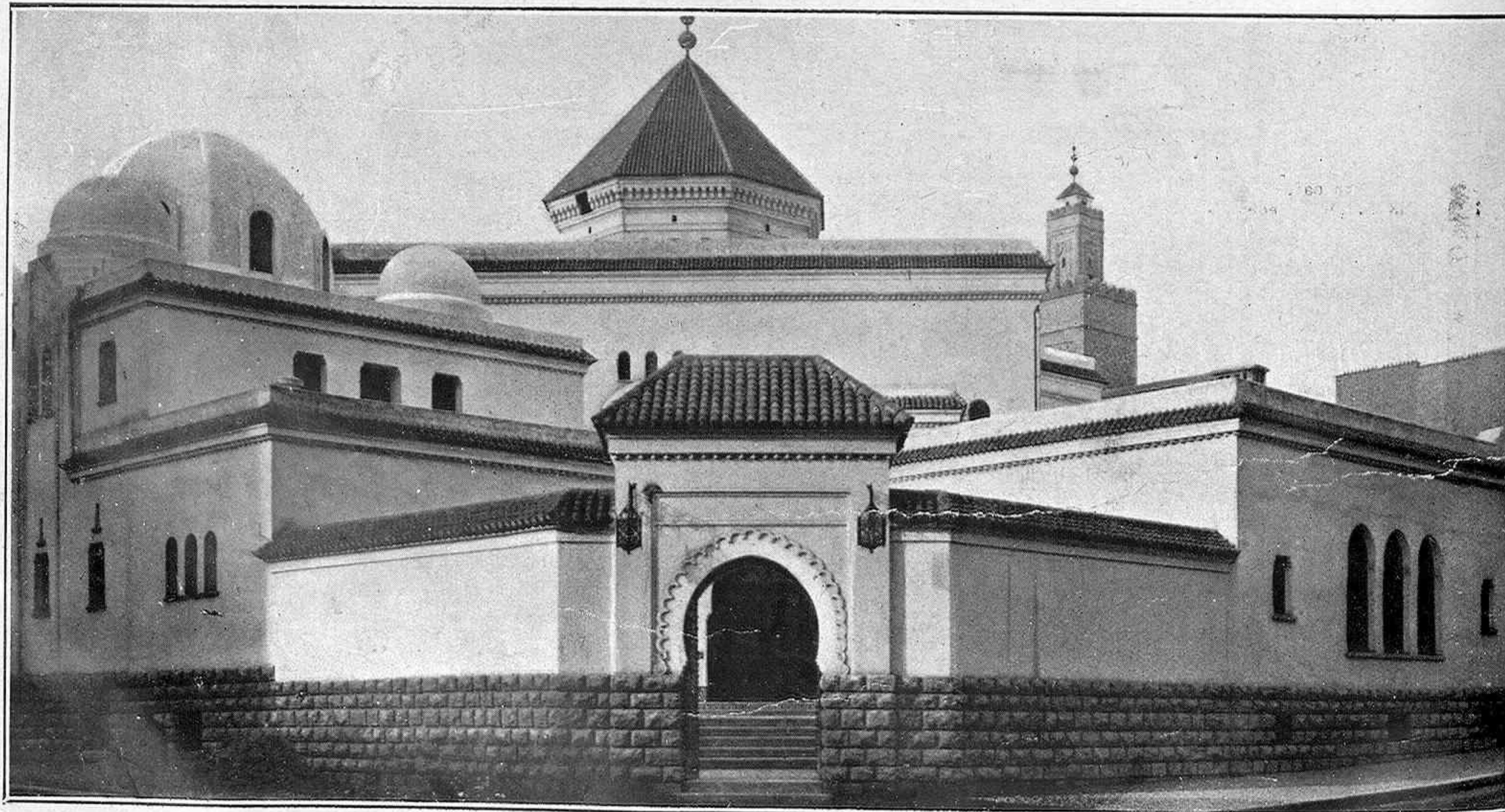
chas y masajes, la ligereza y flexibilidad que gozan las almas del mahometano paraíso; podemos soñar á nuestra guisa dentro del café moro...

Entráis, y os envuelve una atmósfera espesa. Consumidores de Cosmópolis alternan con clientes indígenas, rindiéndose á la invitación de los divanes ó rodeando las mesitas chatas, como en Tetuán, como en Port-Said, como en El Cairo. Se toma café igual que jarabe, té con sabor de menta y hierbabuena, golosinas blanduchas y harinosas; se fuma tabaco opiáceo en *narghileh*... Escandidos por el típico tamboril, tiemblan cánticos nostálgicos y tristes, un perfecto remedo de los cuales constituye ese «cante hondo» de la gitanería española. Semeja un santuario el *logón*... Los servidores, pálidos y morenos, se escabullen á través de la concurrencia, lo mismo que unas sombras coronadas de feces. La claridad viene cernida para obtener una tranquilidad media luz... ¡Qué lejos nos hallamos de París! Tal conjunto induce al olvido y al *far niente*, mientras atuera se afana y preocupa una multitud húmeda de lluvia.

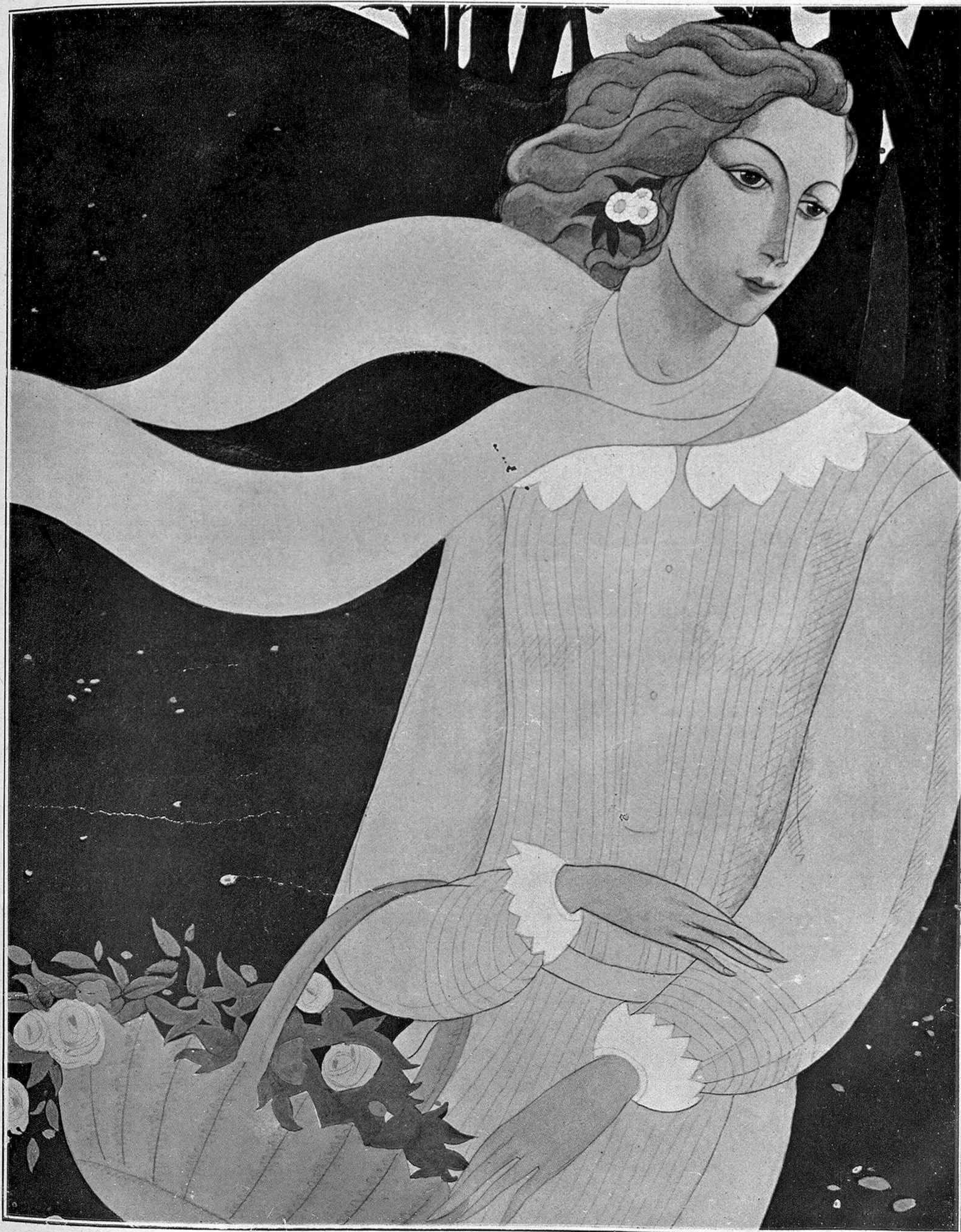
He aquí los milagros que á diario ejerce esta Babel, mansión de cada uno. Cuando quiere, sabe borrar su fisonomía propia y adopta la de otros, complacida de complacerlos. Para que el prodigio se produzca, basta trasponer cierto umbral ó seguir cierto itinerario, sin marcharse de la poliacética metrópoli. ¿No recordáis aquella excursión célebre á Londres realizada por el protagonista de *A rebours* con un Baedeker en la mano y sentado en una bodega inglesa de la *rue de Rivoli*?... Por eso no se aburre de Panamá quien lo habita, ni lo odia, á pesar de sus innúmeros defectos, quien lo conoce bien.

Hoy el Islam nos sale al paso, sin que por nuestra parte salgamos nosotros de la capital proteica; y en cuanto nos disguste el París *rumí*, un trayecto de autobús nos llevará al refugio protegido por la mirada del Clemente, del Misericordioso, cuya excelstitud proclaman los almuédanos cerca de las nubes...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



París.—Entrada que conduce al café moro



ATENEU DE
BIBLIOTECAS
MADRID

ARTE MODERNO

«La Primavera triste», dibujo original de E. Santonja Rosales

LAS OTRAS PIRÁMIDES

SAN Juan de Teotihuacan encierra una de las muchas maravillas con que la Naturaleza sorprende constantemente en ese país de paisajes portentosos. El contraste del valle de Teotihuacan con el valle de Méjico, á pesar de estar tan próximo, no puede ser más notable. Así como en el de Méjico todo ríe y canta, con su hermosa y feraz vegetación y sus lagos que forman espejo al sol, en Teotihuacan todo es triste, sombrío, desolado.

Este antiguo «Lugar de Adoración» ó «Templo de Dioses», pues de las dos maneras interpretan su nombre, tiene la tristeza de todos los viejos templos ruinosos y sin culto. Tiene además el lugar esa aridez y ese ambiente acre que se perpetúa en los lugares donde han expirado muchos hombres.

Parece el Valle de Teotihuacan un mar petrificado, con su oleaje de hierro en vez de espuma. Toda la vegetación es rala y uniforme; no se ven flores ni altos árboles; sólo algunos ayeres y nopales, ó esas tristes pimenteras de hojas rizadas que crecen silvestres, y á las que llaman fatídicamente *Arbol de Judas*.

Es indescriptible la emoción que en ese marco, con un cielo bajo y anubarrado, causa el ver alzarse las pirámides.

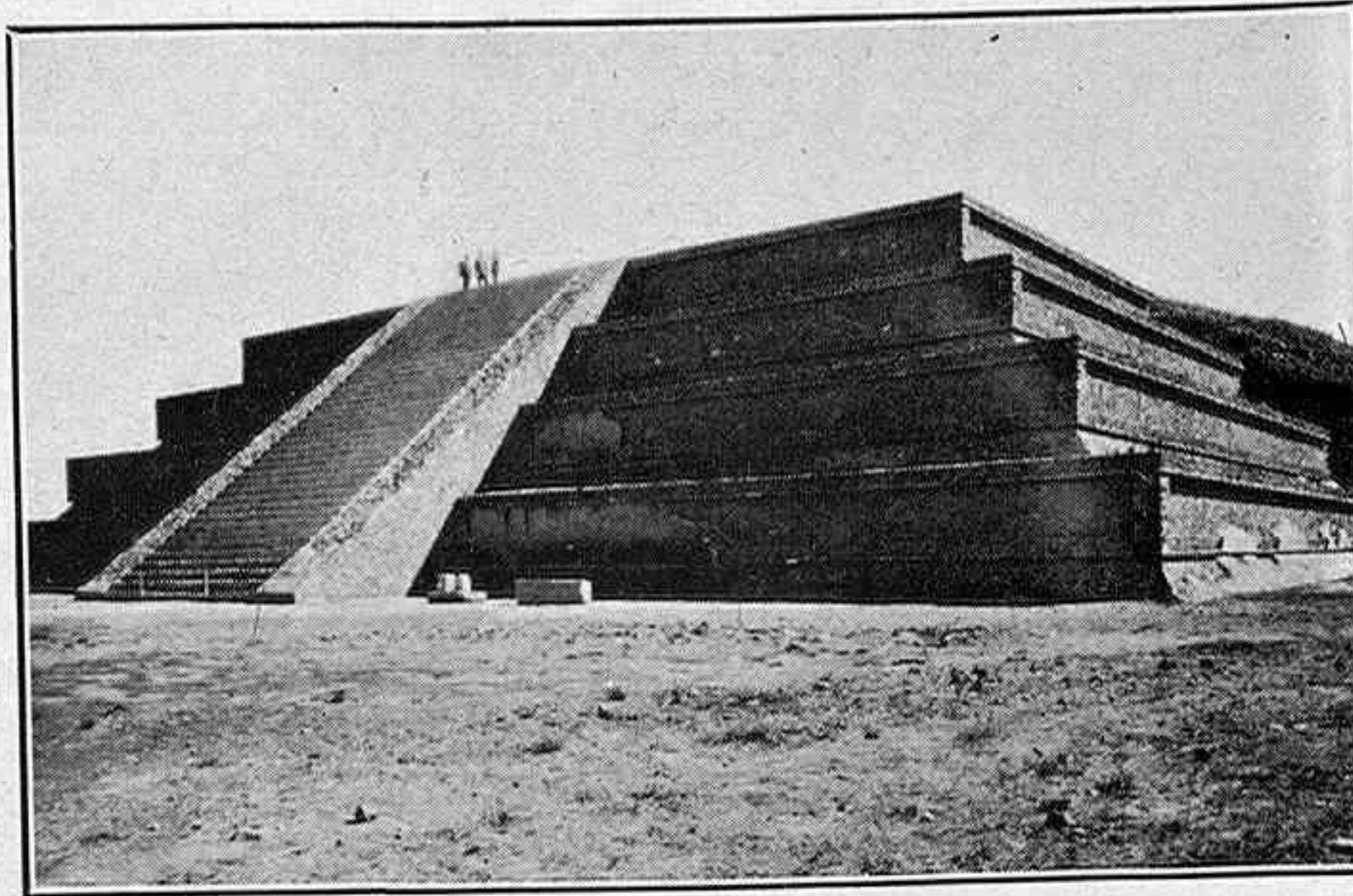
Estas pirámides americanas constituyen uno de los puntos más interesantes que hay que descifrar en la prehistoria de estos pueblos.

Méjico tiene pirámides magníficas, como la colosal de Cholula, superior á las egipcias, y que ofrece, como estas de Teotihuacan, un raro parentesco con ellas. Ese parentesco que puede hallarse en las manifestaciones de la actividad del hombre en toda la tierra, y que se observa especialmente en sus tradiciones.

La leyenda india supone levantada esa pirámide por una familia de gigantes, escapada de un diluvio, á la que los dioses, si no confundieron sus lenguas, como á los constructores de la Torre de Babel, les enviaron una lluvia de fuego, para castigar su soberbio deseo de escalar el cielo.

Las pirámides de Teotihuacan estaban enterradas, formando montecillos, como los que denunciaron en Noruega el lugar donde estaban sepultados los Vikings, dentro de sus navíos: sus caballos de mar.

Las excavaciones han revelado estos res-



Una vista de las pirámides de San Juan de Teotihuacan, en México

tos de la antigüedad; esta magnífica Ciudadela, de tan extraordinarias dimensiones, con las enormes graderías, y los templos de *Jonatín* y de *Iztacuatl*, el Sol y la Luna.

La construcción de estas pirámides está hecha con barro, piedra y toba volcánica, mezclada á gruesa arena de Yenzentle, tan sólidamente fabricadas, que resistieron el desgaste de los siglos. La capa que las cubre es de una especie de cal bruñida, coloreada con un maravilloso tinte vegetal, de estos cuyo secreto es mejicano. Se parece mucho á nuestros modernos estucos.

Unos aseguran que estas pirámides eran los templos del sol y de la luna y sobre ellas se alzaban las colosales estatuas de ambos dioses, laminadas de oro; pero otros sostienen que están destinadas á sepulturas, como las egipcias.

Se ve que en el interior, en lo poco de éstas que aún se ha estudiado, por la abertura de la única socavada, son idénticas á las otras pirámides. Una galería descendente, con cámaras superpuestas, conduce á un pozo profundo, cuadrangular. Un gran tubo en el centro deja penetrar en lo más profundo el aire exterior. Se ha encontrado una especie de nicho vacío del tamaño del cuerpo de un hombre. Son construcciones monumentales unas y relativamente insignificantes otras. La de la Luna presenta cuatro cuerpos superpuestos y tres graderías. En cambio, en todo el camino que va de ella á la pirámide del Sol, aparecen pirámides pequeñas á un lado y otro; las cuales, por ser en número

de siete, se supone que representen los satélites.

Recorrer este camino, que no es muy largo, y se llama *Calle de los Muertos*, se hace difícil por el duro pavimento basáltico y las escorias del pedregal. La langosta forma una verdadera plaga, y descomunales hormigas, de una raza que no labora en sus hormigueros, asaetean los pies, á pesar del calzado.

A una legua de radio se descubren, hasta las márgenes del río, vestigios de cimientos y piedras labradas.

Detrás de la Ciudadela, en las últimas excavaciones, ha aparecido un templo extraño, de piedra maravillosamente cincelada, al que da la vuelta la monstruosa serpiente con plumas y garras, que es el dios del Agua y el Trueno.

Se encuentran alegorías de Teoyamiqui, diosa de la Muerte, con sus dos cabezas de serpiente, los ojos saltones y la lengua fuera, y del Soberano del Infierno que recoge las cabezas insepueltas.

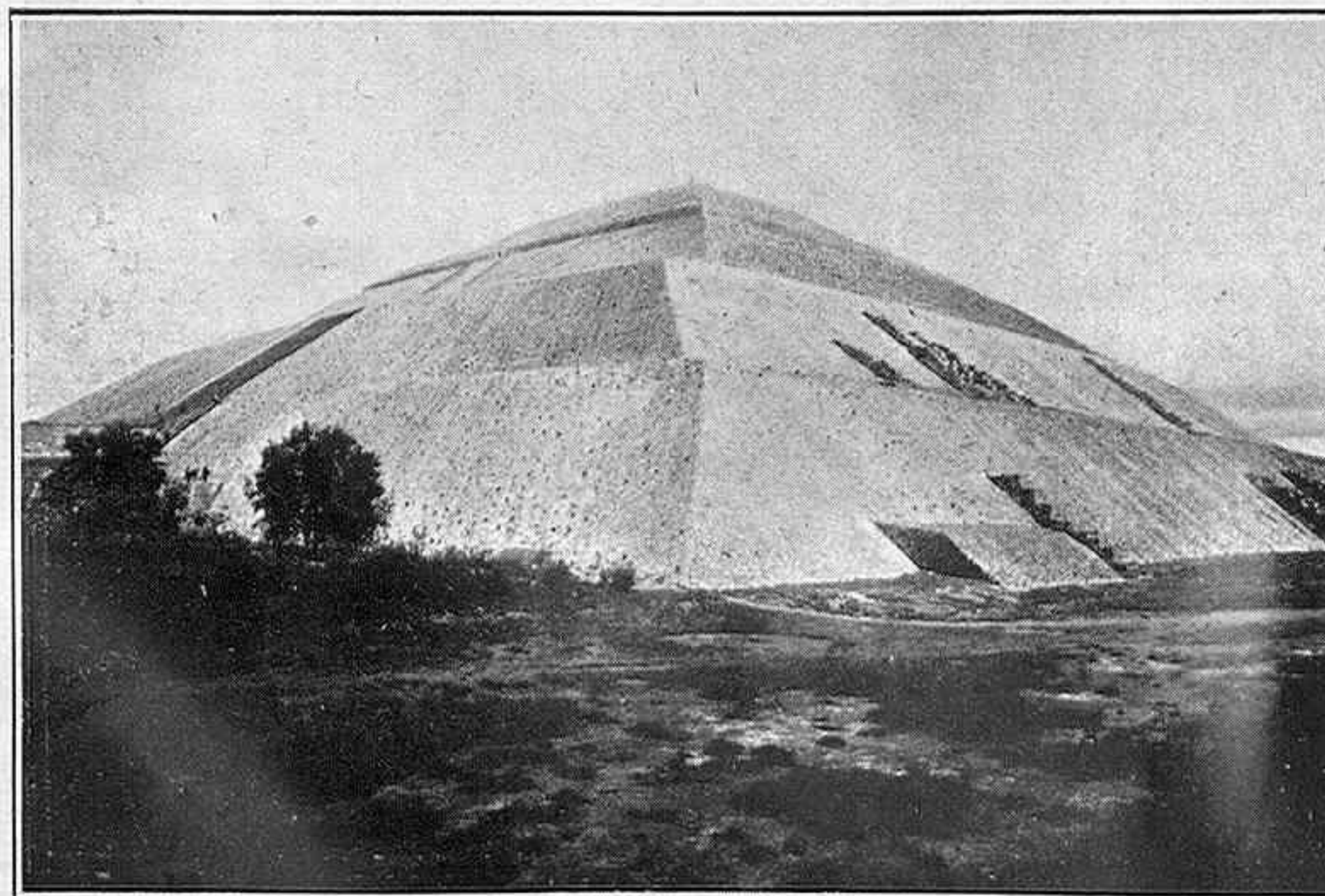
Aquí se han encontrado muchos de esos ídolos que están en el Museo y de esas piedras de los sacrificios, á las que se ataba de un pie á los condenados para que muriesen combatiendo, ó de esas aras donde se les abría el pecho para ofrecer el corazón humeante de calor de vida á las feroces divinidades; tan feas, que su horrible fealdad llega á conmover el ánimo en un sentimiento que se puede estudiar en la estética de lo feo.

Teotihuacan era el teatro de las grandes fiestas religiosas y de los grandes sacrificios. Cada cuatro años se sacrificaba en sus templos millares de víctimas á Xinhotecutli, el dios del Fuego, en cuyo honor se abrían en ese día, que corresponde á nuestro 17 de Agosto, las orejas á todas las niñas para ponerles los aretes.

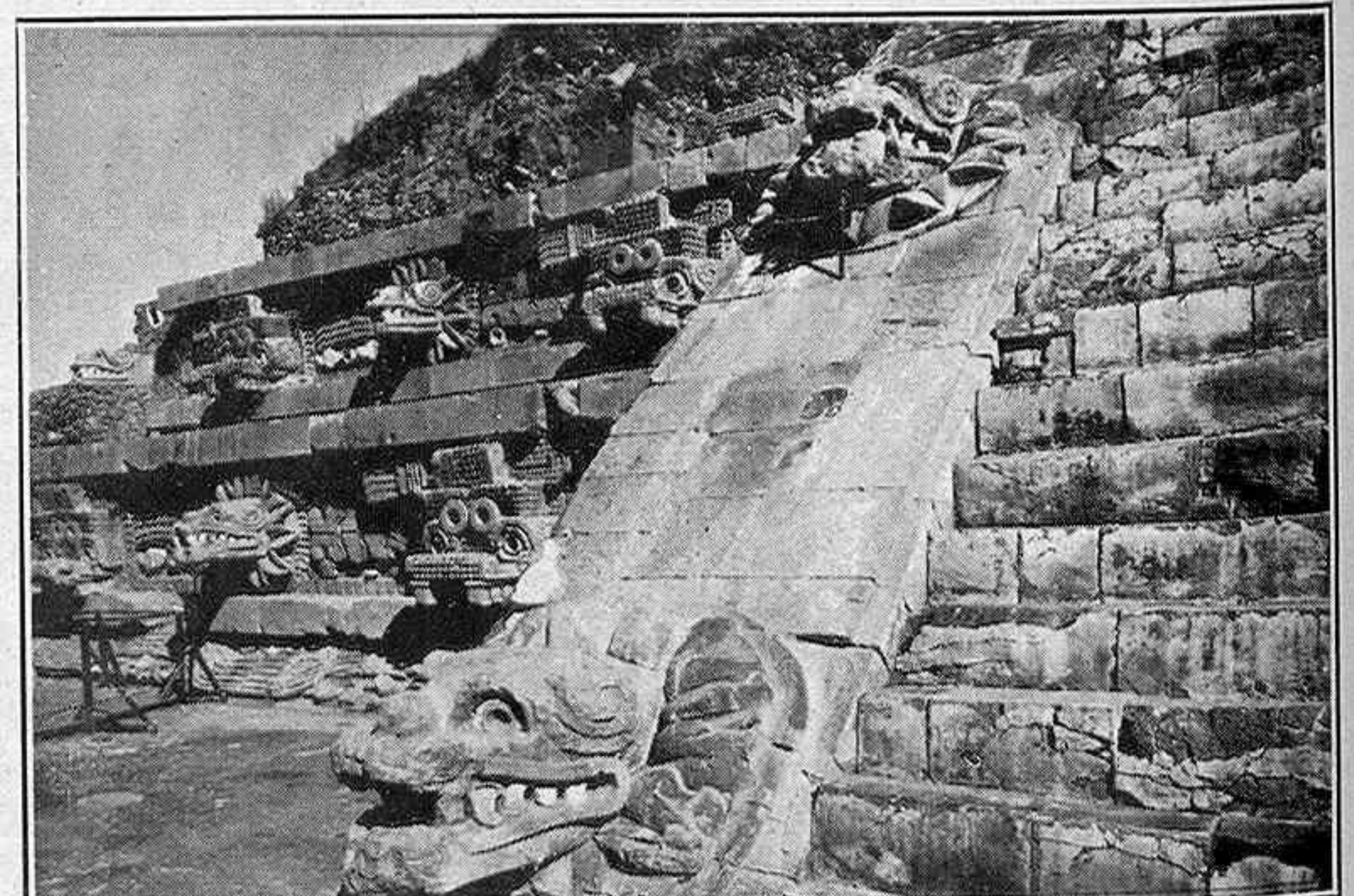
Y todas estas tradiciones, leyendas y recuerdos terribles toman cuerpo ante estas pirámides de Teotihuacan, en medio de la sombría amenaza del valle mudo, con esa mudez de templo cerrado, y las moles inmensas y enigmáticas adquieren un valor tan inmenso que la emoción sobrepasa á cuanto puedan inspirar todas las otras pirámides.

CARMEN DE BURGOS

(Colombine)



Otra de las pirámides de Teotihuacan, en México



Un interesante detalle decorativo de una de las pirámides

INDUSTRIAS DEL ESTADO

LA FABRICA DE ARMAS DE LA VEGA

Es media mañana; la primavera, con su tibio aliento, susurra á nuestro oído el himno soberano de la vida. El sol inunda la tierra, y los árboles del parque de San Francisco, al pasar por la calle de Uría, cuando en dirección á la Vega caminamos, parecen sonreirnos, y sus hojas, al caer sobre el suelo, son como manchas de luz y de sombras que juguetean al azar como banda cariñosa de múltiples pajarillos.

¡Asturias!, amada de ensueños y amores, diosa predilecta de espiritualidad, la de valles y montañas de acromáticos tonos, ara de libertades, matizada belleza, paleta de insospechados colores... ¡Cuánto te haces querer!

•••••

En el *auto* de Joaquín Rionda, español americano, alcalde de Noreña, *puebliquin* pulido por el amor, y acompañado por mi compañero y querido amigo Duarte, quien me hace ver la proximidad de la puerta de la fábrica, sacándome de mis quiméricos sueños, y, previo frenazo en la pendiente, echa-



Antiguo palacio, hoy propiedad del marqués de San Félix, y donde eran vendidas y examinadas las piezas que en sus casas producían los antiguos armeros



Alumnos de la Escuela de Artes y Oficios de la Fábrica



Vista parcial y avenida principal de la Fábrica

mos pie á tierra, contemplando un momento las almenas modernas, de construcción agradable, que preside triunfal y altiva el vigor de los músculos de acero, que más tarde hemos de ver de cerca.

El capitán de Artillería vizconde de Casa Figueras, amigo nuestro, á quien días antes le expusimos nuestro deseo de hacer una información para esta revista mundial LA ESFERA, nos sale al encuentro, y con su amabilidad exquisita, después de los saludos de rigor, nos acompaña.

Pasamos por una rotonda, y después de abrir una ancha mampara salimos al punto de partida de las infinitas arterias que dan vida y honor á la nación española.

Avanzamos unos pasos más, y á la derecha vemos un cartelito, que, á nuestro entender, quiere decir el *cerebro* de este cuerpo gigante, ya que sus mágicas palabras, DIRECCIÓN, así nos lo representa.

Casa Figueras nos anuncia, y momentos después estrechamos la mano vigorosa del inteligente director, Sr. Miquel, quien, con su cortesía habitual, nos invita á que descansemos unos minutos.

A nuestra memoria acude, como por encanto, el brigadier Elorza, que fué segundo director de esta potente industria del Estado, y quien, por su elevado talento, marcó los jalones á seguir para que, en un tiempo no lejano, fuese realidad todo lo que él presagió y sus ideas desarrolladas hoy puedan hablar de cuanto se propuso en favor de España.

El teniente coronel Miquel ama la fábrica con esa constancia de los hombres hechos á fuerza de impulsos propios, sintiendo para los suyos todo el afán incansable que es necesario aplicar á esta obra titánica, que tiene como una de sus cúpulas más importante el cariño al problema social.

Con verdadero entusiasmo nos habla: quiere Miquel sanear las viviendas, y á tal efecto ha dado por terminada la colonia obrera, teniendo

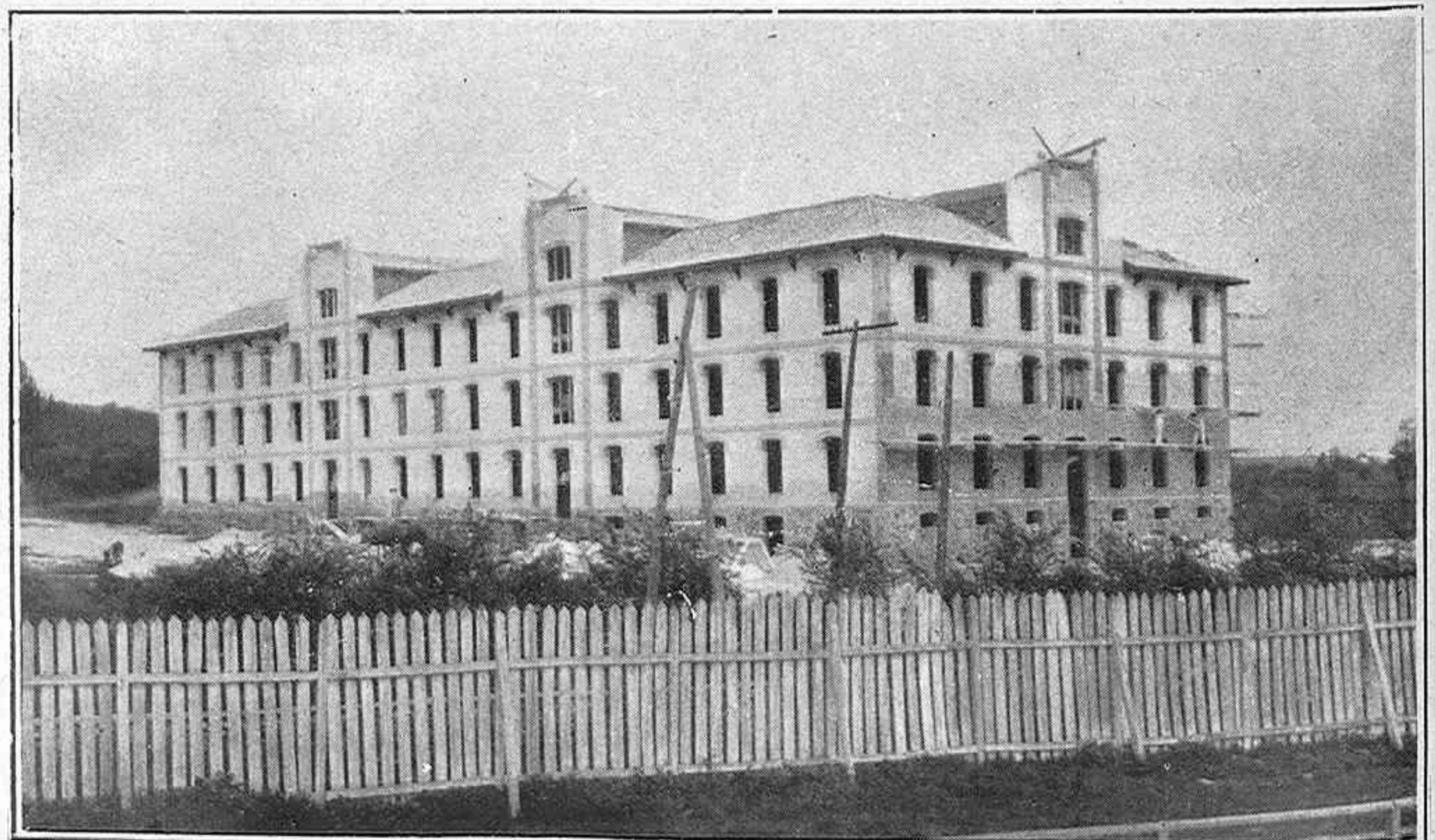
en candelero la reforma del dispensario, mercado, cooperativa, etc., etc.

La escuela de *aprendices* va también camino de estar en condiciones para que responda á una necesidad muy importante, como es la de formar estos buenos mecánicos, que, sin duda alguna, constituyen el brazo potente y necesario que, ayudados por la inteligencia de estos beneméritos jefes, dé los resultados tan valiosos que en nuestra visita presenciamos.

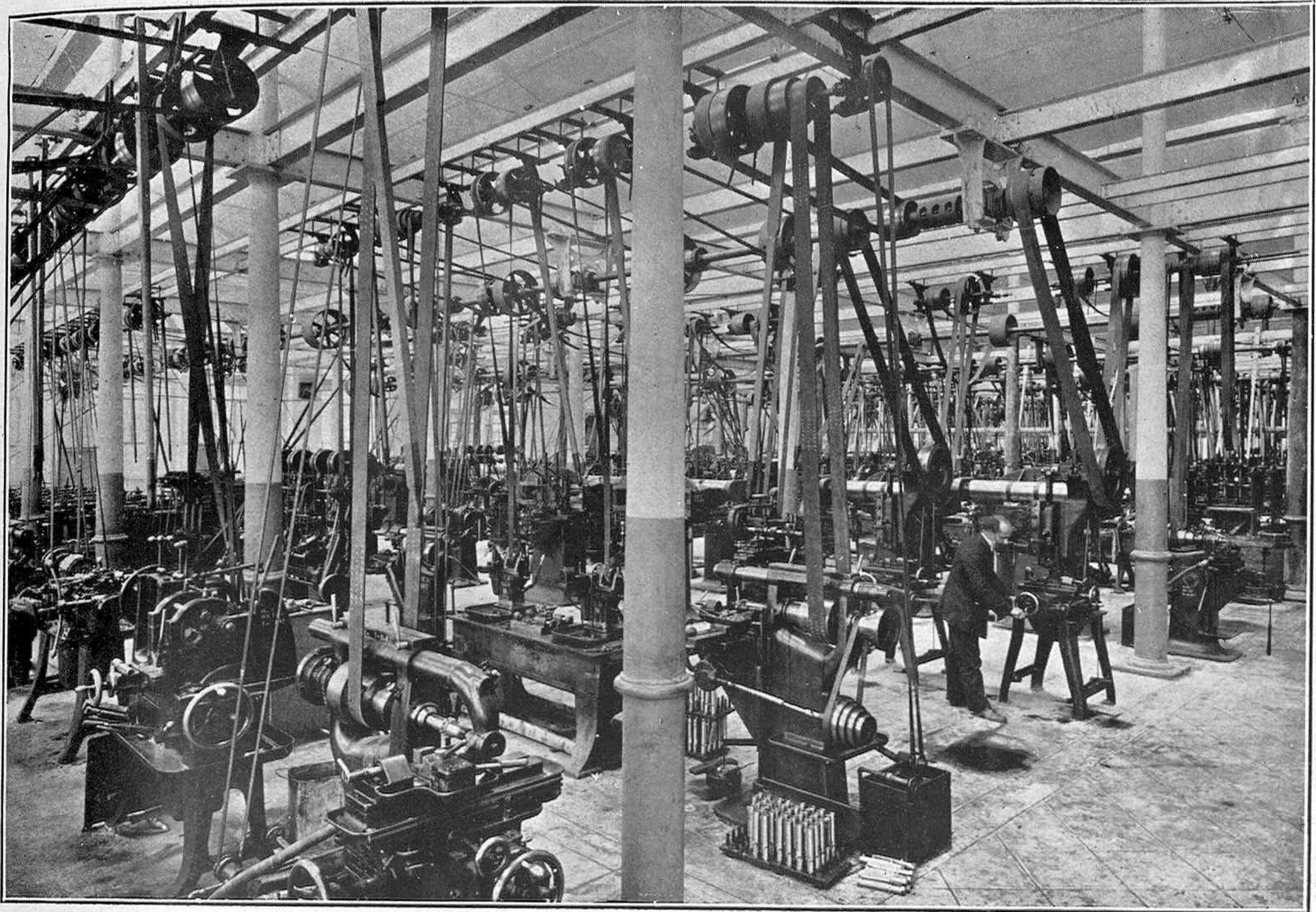
Los aprendices trabajan con verdadero inte-

rés durante cuatro años, teniendo desde el primero una gratificación, de la cual dejan una parte para recibirla más tarde. Si alguno marcha ó muere, ésta es distribuída entre los que continúan perteneciendo á la Escuela.

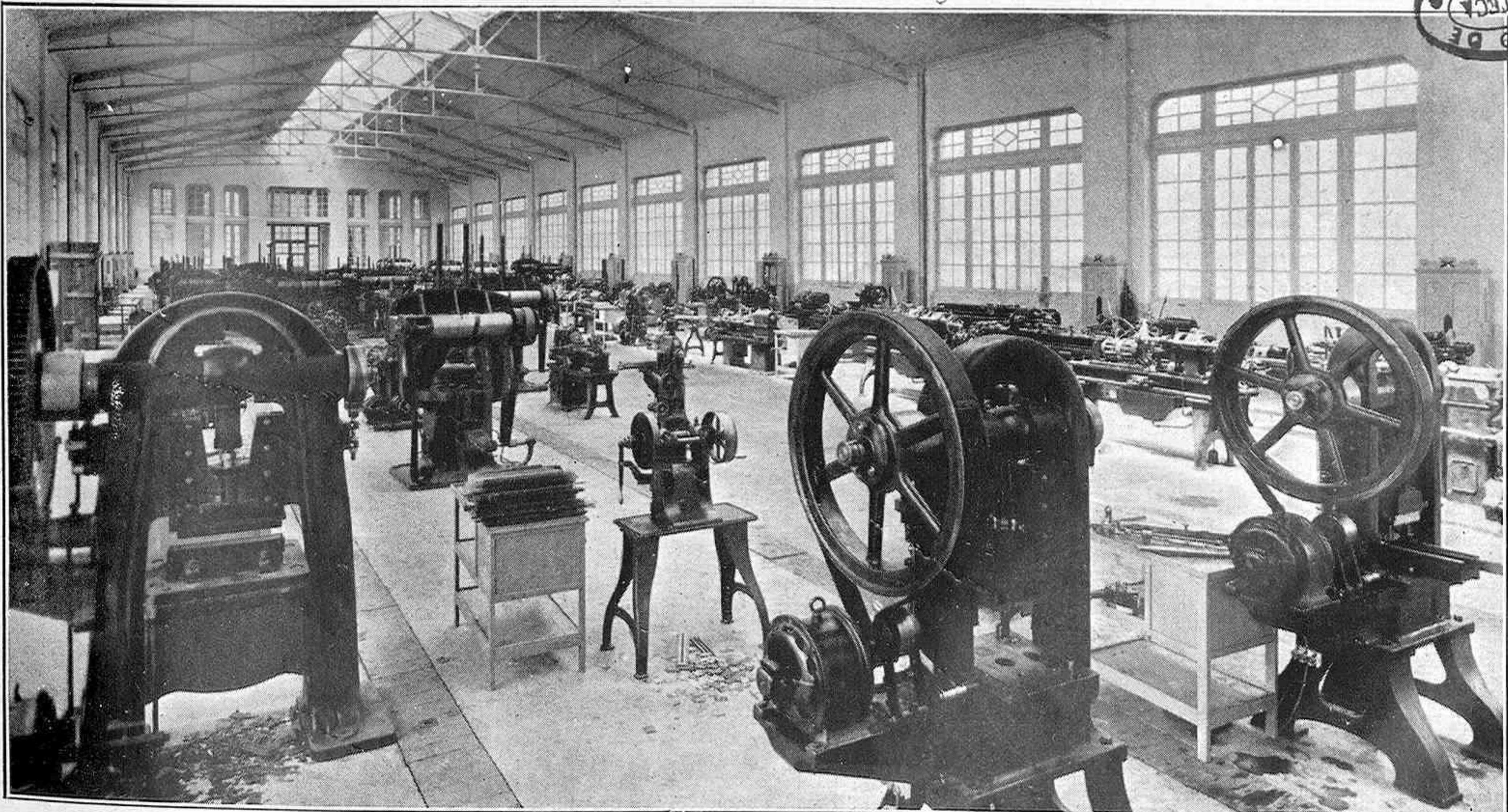
El edificio, ya casi terminado, que se está construyendo para este fin, es algo desusado, con todas las exigencias necesarias para formar al que, en no lejano día, contribuirá con su esfuerzo á conservar los prestigios tan justamente cosechados por esta ciudad fabril.



Uno de los nuevos Grupos de la Colonia Obrera Príncipe de Asturias, cuya primera piedra puso Su Alteza



Taller de lima mecánica



Taller de ametralladoras





Biblioteca

(Fots. Duarte)

Salimos de la Dirección para ver esta inusitada actividad, y admiramos el edificio, llamado cuartel, donde se hallan instaladas las oficinas, museo, detallé intervención, sala de juntas, conserjería y caja.

Hemos atravesado el pórtico; estamos en una amplia calle central, á la que afluyen otras amplias avenidas, y después de estar unos momentos en la sala de juntas y en la biblioteca, por el paseo central entramos en las avenidas paralelas á la principal, y en comunicación con las transversales encontramos los talleres de *Construcciones diversas*, donde el vizconde de Casa Figueras, erudito jefe de este taller, nos va explicando todo cuanto en él se realiza, obras que asombran á cuantos las presencian.

El taller de *Montura y pavón*, cuyo capitán, D. Ernesto Llamas del Toro, con su amabilidad tan peculiar, nos habla de las distintas fases porque atraviesan las piezas á su cargo, que hacen pensar los desvelos de este oficial por la labor que realiza, y el cuidado y selección que verdaderamente se hace en todos los talleres de las distintas faenas á ellos encomendadas.

Unos pasos más, y entramos en el laboratorio, saludando al comandante D. Antonio Trapote Legeren, que une á su talento la simpatía que nos comunica cuando, con sus atinadas observaciones, nos indica el funcionamiento de la Central y los planes que en estudio tiene para ir dando más valor á este enjambre de hilos, turbinas y cuadros, que por un momento nos hace pensar las múltiples combinaciones que con verdadera ciencia resuelven estos hombres de acicate indiscutible en favor de la prosperidad y del engrandecimiento de España.

Duarte ha tirado unas placas, momento que nosotros aprovechamos para entrar en el taller de cajas y plantillación, y previa presentación de su competentísimo capitán, D. Antonio Uría,

por el vizconde de Casa Figueras, nos vamos dando cuenta de esta sección, que bien puede llamarse *archivo*, por encerrar cuantas matrices son necesarias para las distintas fabricaciones de material que se produce en esta fábrica.

El taller de lima mecánica nos ensordece un poco con sus ruidos encontrados, y levantando bastante la voz, el capitán, D. Juan Rodríguez Gámez, nos muestra verdaderos prodigios, que la lima consiguió al ser manejada con maestría, y en las palabras de este artillero vemos la valía de su inteligencia al comunicarnos verdaderas observaciones de esta parte difícil de la Mecánica.

Una luz de un rojo fuerte nos atrae, y deseosos de que en nuestros sentidos queden bien grabadas las distintas operaciones que vamos presenciando, entramos en el taller de forja, donde los grandes hornos, montados para el recocido de piezas, temple, etc., con instalación de depósitos de agua fría y caliente, agua acidulada y sus servicios bien montados de aseo é higiene, nos dicen ya mucho á favor de su jefe, el capitán D. Mariano Rodero Holgado, quien con verdadera amabilidad hizo estampar á nuestra presencia diversas piezas, que más tarde habrán de convertirse en perfecto mecanismo de fusil y ametralladora.

Probaderos para la resistencia del metal, del cañón y cajón del mecanismo; sala de Armas, destinada al almacenaje de las mismas; museo muy completo de las diferentes armas de fuego, desde los fusiles de chispa hasta los actuales reglamentarios en diversas naciones, constituyendo una historia viviente de semejantes medios de combate; cooperativa, que con verdadera ventaja proporciona á los obreros elementos de primera calidad á precios económicos, y otras cosas más que no podemos retener ni en nuestro carnet de notas, por ser algo verdaderamente extraordinario que debían conocer los españoles,

y así darse cuenta del valor que representa la *Fábrica Nacional de la Vega*, ciudad titánica, que al verla por la *pantalla* creeríamos, sin duda, que era algo americano, llevando además el marchamo de la exageración.

No sabemos las horas transcurridas en tan confortadora visita, y como el compañero Duarte me advierte que las seis están al caer, después de un vistazo á la colonia obrera, ya terminada, regresamos nuevamente á la Dirección, donde el director, teniente coronel Miquel, sigue como cuando entramos, en constante trabajo, cotejando estadísticas y planos, que bondadosamente va apartando de su mesa después de señalar con un lápiz azul, ¡ensueños y esperanzas!, que por el bien de España apoyarán los gobiernos que conozcan el valor incalculable de esta ciudad fabril.

Encendemos unos cigarrillos, y sin aceptar el asiento que amablemente nos ofrecen, y después de mostrar nuestro agradecimiento, estrechamos la mano de los tenientes coroneles D. José Patac y Pérez, de D. Carlos Cereceda y Olías, y del comandante D. Timoteo Martínez de Lejarza, y dirigiéndonos al Sr. De Miquel, le expresamos una vez más las gracias, que hacemos extensivas desde estas columnas á todos los jefes que nos atendieron para realizar la información que nos propusimos.

Al salir de la Fábrica de Armas de la Vega creemos aun ver los destellos rojos del acero, y al levantar la cabeza, antes de entrar en el coche, observamos en una casa de enfrente, y en reja de claveles floridos, como en Sevilla, una beldad asturiana, que en el fuego de sus labios ha sabido fundir inimitables perlas para su marco de diosa.

LUCIO ESCRIBANO

Oviedo, 1927.

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE ECHEA

(CONTINUACIÓN)

XVI

EN DONDE INTERVIENE EL VIEJO MARINO

Cuando Harry del Mar llegó a la pensión Bowhead, la patrona le hizo convencerse por sus propios ojos de que *Michaël* ya no estaba allí. Sólo encontró en la habitación vacía algunas plumas de *Cocky*, esparcidas por el suelo, y algunos muebles.

Se informó inmediatamente de la dirección exacta del doctor Emory, y hacia su casa se dirigió, sin perder un segundo. Una vez frente a ella, la examinó detenidamente por sus cuatro costados, y comprobó que *Michaël*, que ladraba y lloraba por su amo perdido, estaba encerrado en el corral, en una pequeña caseta. Luego volvió a su hotel, en donde pidió la cuenta, y se fué a sacar un pasaje para el vapor *Umatilla*, que debía salir, a la mañana siguiente, para los puertos de Seattle y de Puget Sound.

•••••

En el gabinete del doctor Emory había tenido lugar un animado coloquio entre el dueño de la casa y el doctor Masters, que decía:

—El pobre hombre está armando un escándalo de dos mil demonios. No hace más que pedir su perro. Más de una vez, en la ambulancia que los condujo, los agentes tuvieron que golpearle con los puños de sus porras. Es un hombre violento. Ahora que..., en lo que se refiere a su perro, el infeliz tiene razón. No debe usted quitárselo. Como vaya un periodista a entrevistarle lo contará todo, y no creo que usted salga ganando nada.

—¡Bah!—respondió Walter Merritt Emory—. ¿En dónde está ese periodista tan enamorado de su profesión como para franquear el umbral de los leprosos?

—El hombre puede dirigirse directamente a un periódico.

—Tendría que salir la carta fraudulentamente. Pero, además, ¿en qué periódico, al saber de dónde procedía, no se apresurarían a quemarla, por miedo al contagio? ¡Bah! Es preocuparse en tonto. Nadie sabrá nada.

—Aun en ese caso...—insistió el doctor Masters—. El perro, que ha vivido mucho tiempo con el negro y su amo, constituye también una fuente de contagio. ¡Y es usted, usted mismo el que la propaga!

El doctor Emory se encogió de hombros.

—¿Cree usted, querido colega?—dijo con énfasis—. Su competencia y aun la de todo el Co-

mité de Higiene Pública es nula en este capítulo. Por lo visto, ignora usted que es imposible inocular a un animal la lepra del hombre. He hecho más de un ensayo con conejos, caballos, ratas, asnos, monos, perros. Todo inútil. Y claro que no he sido yo solo. Otros muchos han hecho las mismas experiencias con idéntico resultado. Consulte todo lo escrito sobre este asunto.

El doctor Emory fué a un estante y sacó de una tabla un montón de libros.

—Curioso. Muy curioso—confesó el doctor Masters—. No podía figurarme que se hubiera escrito tanto sobre esta enfermedad. En fin, lo cierto es que ha condenado usted a ese hombre a muerte en vida, que no otra cosa es el encierro en la leprosería. Usted conoce tan bien como yo aquel infierno. ¡Lo menos que puede usted hacer es dejarle su perro! Quitárselo es de una crueldad inaudita. Usted no hará esto, estoy seguro.

—Pues sufre usted un gran error.

La última palabra, finalmente, la profirió el doctor Emory, que, para celebrar la feliz captura del *terrier*, cenó con su mujer aquella noche en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Después fueron al teatro. Pero cuando, de regreso al hogar, antes de entrar en casa, quiso el doctor Emory echar una ojeada satisfecha sobre *Michaël*, se encontró con que la perrera estaba vacía.

•••••

Volvamos ahora a Dag Daughtry. La leprosería de San Francisco estaba, como es costumbre en América, situada lo más lejos posible del centro de la urbe, en un terreno siniestro y pelado, a orillas del mar. Nada protegía el edificio de los huracanados vientos otoñales.

Nunca un paseante, en partida de campo; nunca un niño jugando a los pieles rojas con sus camaradas, ó buscando nidos de aves marítimas, se habían aventurado hasta allí, entre las dunas. Solamente los desesperados de la vida, que para acabar con ella buscaban una decoración adecuada a sus trágicos designios, se arriesgaban a veces por aquellos parajes, de donde no habían de volver jamás.

El edificio de la leprosería estaba rodeado de muros, a los que se adosaban las garitas de los centinelas. Estos, muy bien armados, tenían órdenes de tirar sobre los enfermos que intentaran evadirse, si a la primera voz de alto no se reintegraban por sí mismos a su prisión. Los funcionarios que habitaban en la leprosería, a fin de alegrar un poco el triste paisaje, habían plantado a su alrededor algunos árboles. Eran eucaliptos, no soberbios y magníficos, como los que

crecen en su país de origen, sino retorcidos por las fuerzas hostiles contra las que batallaban, achaparrados y como convulsos por una interminable agonía. Con toda la fuerza de sus raíces, adonde iba toda la savia, se engarfiaban al suelo, a través de la arena, para no ser arrancados de cuajo por las tempestades.

A este lugar fueron conducidos el mayordomo y Kwaque, su negro, como dos animales. So pena de recibir un plomo en la sien, no debían franquear cierta línea sobre la que sus guardianes depositaban la comida, medicamentos, recetas del médico. Sobre esta misma línea de muerte se hallaba una gran pizarra, en donde Dag debía escribir sus necesidades y sus deseos en caracteres suficientemente grandes para poder ser leídos a distancia.

En esa pizarra, varios días seguidos, en vez de reclamar sus seis litros de cerveza, cuya costumbre se había interrumpido bruscamente para él, Dag Daughtry se obstinó en escribir frases de este género:

«¿Dónde está mi perro? Mi perro es un *terrier* irlandés. Tiene el pelo un poco basto. Se llama *Kilenny-Boy*. Quiero que me traigan mi perro. Deseo hablar al doctor Emory. Que digan al doctor Emory que me escriba diciéndome qué sabe de mi perro.»

Otro día, loco de rabia, llegó a escribir:

«Como el doctor Emory no me devuelva mi perro, le mato.»

El resultado fué que los periódicos de San Francisco publicaron la noticia que de los dos leprosos ingresados recientemente, uno de ellos, el blanco, padecía locura furiosa. Lectores timoratos y cuidadosos del interés público escribieron a aquéllos para protestar contra el hecho de que la leprosería se hallase tan próxima a la ciudad, y pedir que el Gobierno de los Estados Unidos la trasladase a cualquier isla lejana.

Pero, ocho días después, lo que se trasladó fué la emocionada atención pública a otros sucesos más apasionantes, tales como el problema de si los perros *huskies* de Alasca son ó no medio-perros, medio-osos, ó si el italiano Crispi Angelotti era ó no el hombre que había desmenuzado el cadáver de su compatriota Giuseppe Bartoldi y arrojado luego a la bahía en un saco de trigo. Todo esto, claro, sin olvidar los mal disimulados designios del Japón sobre las islas Hawai, las Filipinas y la costa norteamericana del Pacífico.

Nadie se acordaba ya de los dos leprosos, cuando a principios de otoño y de las grandes tempestades encontró el mayordomo, cuidadosamente oculto en el corazón de una manzana, puesta con otras frutas en una canasta a él en-



Dag, vacilando todavía, tendió su mano, que el «viejo marino» apretó entre las suyas...

viada, un pequeño trozo de papel. En ese papel se le decía que bajara á la muralla del hospital, con el negro, á las cuatro de la noche siguiente y esperara allí á que alguien viniera.

Y Dag hizo cuanto le había sido indicado. A la hora convenida oyó el ruido de una llave dando vueltas en la cerradura de una puertecilla practicada en el muro que rodeaba el edificio, por el lado del mar. Se dirigió á esta puerta, abrió el pestillo interior, y vió aparecer, chorreando de lluvia, á Stough Greenleaf.

Se habían desencadenado los elementos. Los centinelas se habían refugiado en sus garitas, cegados por la lluvia y el viento y por los torbellinos de arena, y no habían visto venir al «viejo marino», que se había acercado arrastrándose entre los troncos descarnados de los eucaliptos.

El primer impulso de Dag fué de tender la mano á su buen amigo. Pero en seguida la retiró. Los dos hombres se arrimaron al muro y empezaron á hablar en voz baja.

—¿Cómo va eso del tesoro?—interrogó Dag.

—A las mil maravillas—respondió el «viejo marino», haciendo esfuerzos todavía por recobrar la respiración—. Ya he dado con mi hombre. La *Bethleem*, una pequeña goleta, pinturera y graciosa, bien arreglada y confortable, está en el muelle dispuesta á zarpar. Partiremos—al menos, así está previsto—á las siete. Todo hace esperar que la tormenta se calme con la amanecida. Las provisiones, puede creerme, no dejan nada que desear. Si he de ser franco, el capitán me hace muy poca gracia. Es un hombre mal encarado. Parece un pirata... Pero dicen que es

un navegante estupendo. Tampoco de mi comanditario puedo decirte nada que valga la pena. Es un pillo, más grosero que un cardo, pero muy rico. Hizo dinero en la Guyana inglesa estafando á su socio. Cree en la buena suerte, y espera sacar unos cincuenta milloncesos de la aventura..., chafándome mi parte, se entiende, claro.

—¡Que sea enhorabuena!—aprobó Dag—. Crea usted que me ha conmovido, Mr. Greenleaf, esta prueba de afecto que acaba usted de darme viniendo hasta aquí para despedirse. ¡El pobre mayordomo ha tenido peor suerte que usted!...

El desdichado entrevió en un instante la visión resplandeciente de una goleta saltando sobre las olas de los mares del Sur. ¡Qué rabia! ¡Qué

dolor! Para él ya, hasta la muerte, nada más que la inmundicia leprosería, las dunas peladas y los eucaliptos achaparrados y grotescos.

El «viejo marino» se le quedó mirando.

—Mr. Daughtry—le dijo—, me ofende usted. Me hiere usted en lo más sensible de mi corazón.

Dag se preguntaba en qué podía haber molestado a su buen amigo, y balbució unas vagas excusas.

—Mr. Daughtry—prosiguió con gravedad Stough Greenleaf—, usted es amigo mío y yo lo soy de usted. Debiera usted pensar que si me he abierto camino hasta este infierno no iba á ser solamente para decirle adiós. No, hombre, no. He venido para sacarle de aquí á usted y á su negro. Los dos están ustedes inscritos en debida forma en la lista de á bordo. Por usted ha firmado un marino que pesqué en un *bar*... Por el negro, un negro de las islas Barbadas. Le he dado á cada uno cinco dólares, y han firmado en la Comisaría de Marina.

—Pero, ¡Dios mío!... ¡Usted olvida, Mr. Greenleaf de mi alma, que Kwaque y yo somos dos leprosos!

—Vuelvo á decirle, Mr. Daughtry—repitió el «viejo marino» con aire sentencioso—, que es usted amigo mío y que yo soy amigo de usted. Usted, sin duda, no sabe lo que esto significa para mí. Yo soy un hombre serio. Y tratándose de usted, hasta un hombre honrado. Venga esa mano. Ahí va la mía. Me va usted á hacer el favor de cogérla y de estrecharla fuertemente...

—¡Pero!... ¡Pero!...—murmuró el mayordomo, emocionado hasta las entrañas.

—No hay peros que valgan. Mientras no me dé usted la mano no me voy de aquí. Me quedaré aquí, moriré aquí. Le digo á usted que me estreche la mano. No irá usted á negarse... Y ya puede ir haciéndose cuenta que con mi mano estrecha mi corazón. No es hablar por hablar... Me sentirá usted el pulso en la punta de los dedos. Yo, señor, soy un *gentleman*, un verdadero *gentleman*, y seré fiel á mi tradición, á costa de lo que sea. No me importa. ¿La muerte? ¡Bah! No le temo á la muerte. Yo no vivo en mi esqueleto, sino en mi cerebro y en mi corazón. Vuelvo á decirselo... Ahí va esa mano.

Dag, vacilando todavía, tendió su mano, que el «viejo marino» apretó entre las suyas, hasta el extremo que sus viejos dedos parecían querer incrustarse en la carne enferma del mayordomo.

—Después de buscar por todo el océano—siguió diciendo Stough Greenleaf—, ó, lo que es lo mismo, después de buscar inútilmente por todo el océano el famoso tesoro, que, no cabe la menor duda, lo consideraremos tragado por las olas con la isla volcánica que hizo zozobrar la ballenera, entonces, amigo Daughtry, será llegada la hora de decir adiós á mi comanditario y al pirata de su capitán. Los tres, usted, yo y el negro, nos quedaremos en las islas Marquesas. Allí no hay reglamentación contra leprosos, que circulan libremente por todas partes. Lo sé muy bien. Yo los he visto. En cuanto á las islas, para vivir en ellas, lo que se dice el Paraíso Terrenal. Apenas si hay que trabajar un poco para vivir. Sobran gallinas y cabras montaraces, que, como no son de nadie, son de todo el mundo. De plátanos no digamos... Los que se quieran sin más que alargar la mano. Kwaque será nuestro cocinero. También buscaremos cerveza—y la encontraremos, claro está—, y tendrá usted sus seis litros diarios y más aún. Un barquichuelo no ha de faltarnos para nadar, pescar y tirar unos tiros desde la orilla. Ya se lo he dicho: una vida ideal. Pero, en fin, ya hemos hablado bastante. Ahora de lo que se trata es de alejarse de aquí lo más pronto posible. ¡Ah, se me olvidaba! He buscado su perro por todas partes. He pagado, en su busca, detectives particulares; los mismos, por cierto, que me han proporcionado la llave falsa para abrir esta puerta... Pero no sabe lo que me han dicho... ¿Quién se figura usted que le robó el perro? El doctor Emory, el mismo desalmado que le encerró aquí. Pero la Providencia le castigó. Doce horas después le robaba el perro otro ladrón, y de éste sí que no se sabe nada. A un cuarto de hora, á buen paso de aquí, nos espera un automóvil. Le he prometido al *chauffeur* pagarle espléndidamente, y no abrirá

el pico. ¡Conque!... En marcha... Empieza á amanecer.

Stough Greenleaf y Dag Daughtry, seguidos de Kwaque, salieron bajo la tempestad, arrastrándose, por la estrecha puertecilla, que fué cuidadosamente cerrada tras ellos. Cuando juzgaron improbable poder ser vistos, se levantaron. Dag, por prudencia ante una posibilidad de contagio, se mantenía á cierta distancia del «viejo marino».

Pero una ráfaga violenta hizo vacilar á Stough Greenleaf, y Dag Daughtry tuvo que darle el brazo. Lo que no impidió que, minutos después, cayeran los dos confundidos sobre la arena.

XVII

OTRA VEZ «MICHAEL» DE VIAJE

Harry del Mar, después de descubrir á *Michaël* en el corral de la casa del doctor Emory, volvió á ella aquella misma noche con una escala de cuerda, provista de dos ganchos, y, como un ladrón, franqueó, con la agilidad de un gato, la pequeña tapia.

Mientras que el doctor Emory se deleitaba oyendo á la célebre actriz Margaret Anglin, el amaestrador de animales se dirigía con furtivos pasos, y guardándose muy mucho de encender su lámpara de bolsillo, hacia la caseta en que estaba atado *Michaël*. Lo encontró, naturalmente, sin mucho trabajo, pese á la obscuridad de la noche. El terror irlandés, cohibido por la extrañeza del lugar, se contentó con erizar su basto pelo, sin una protesta, sin un grito.

Michaël conocía á Harry del Mar como amigo de su amo, con quien le había visto varias veces, y aunque aquel hombre le había sido siempre antipático, se dejó desanudar la cuerda y no opuso resistencia á seguirle.

En otras circunstancias hubiera resistido á seguir á Harry del Mar. Pero como desde la mañana no veía á su querido dios blanco, supuso que aquel hombre venía á buscarlo para conducirle al lado de Dag. Dominó, pues, su repugnancia natural hacia aquel presumido de ojos inquietantes, á la vez aterciopelados y duros, y se dejó conducir.

El barrio estaba desierto á aquella hora, por lo que pudo realizarse la operación sin testigos. Un *taxi* esperaba algunas calles más lejos. Harry del Mar subió al coche con *Michaël*, que se acostó á sus pies, inducido—hasta cierto punto—por una confianza superficial.

Después fué un deslumbramiento de luces eléctricas. Un muelle de embarque, abrigado por vastos cobertizos. Montones de cajas, baúles y equipajes. El ajeteo ruidoso de los marineros. El chirriar de las grúas y los cables en las poleas. Un ejército de mayordomos, vestidos de blanco, transportando los equipajes de los viajeros, bajo la mirada vigilante de los segundos contramaestres. La pasarela empinada, y, sobre el mismo navío que aparejaba, á pesar de la borrasca, de pie sobre la gran pasarela central del *Umatilla*, otros segundos contramaestres y una fila de oficiales de marina de dorados galones.

Michaël se dió cuenta en seguida de que volvía á hallarse en el mar, en el mar con sus navíos, sobre los cuales había navegado siempre en compañía de Dag Daughtry. De manera que, á pesar de los innumerables pies calzados, inconsiderados é incansables, que amenazaban sus frágiles patas, se puso á tirar desesperadamente de la trailla en busca de *Cocky*, de Kwaque y, sobre todo, de su amo.

Harry del Mar confió el perro á los buenos oficios de un mayordomo para que lo condujera á la cabina que había adquirido, mientras que él, por sí mismo, vigilaba el embarque de su equipaje.

Michaël sufrió una gran desilusión al no encontrar á Dag Daughtry en la cabina en donde le encerraron. Pero consideró que se trataba de una de esas habituales restricciones que los hombres imponen á los perros, y que era preciso sufrir con paciencia. Paciencia... Mucha había tenido él cuando deseaba ardientemente el regreso á la pensión y su dueño se demoraba interminablemente en los bares, perorando y bebiendo

cerveza. Para paciencia, la suya cuando su amo salía y le dejaba encerrado bajo llave. ¡Oh, el martirio de su impotencia para abrir aquella cerradura que los hombres sabían manejar tan fácilmente! Y con paciencia, una vez más, *Michaël* esperó que se volviera á abrir la puerta de la cabina.

Al oír ruido en la cerradura, tuvo la visión resplandeciente de su amo que, al fin, iba á aparecer. No fué así. En su lugar fué aquel hombre antipático el que entró, mientras que el *Umatilla*, que había levado anclas y abandonado el abrigo de la bahía, empezaba á navegar á toda marcha.

Michaël agitó la cola, agachó las orejas y, prudentemente, hizo unos cuantos movimientos amables. Después volvió á acostarse en el suelo.

Harry del Mar se le acercó, lo miró fijamente y con voz imperativa le habló de este modo:

—Lo siento mucho; pero han cambiado los tiempos para ti. Yo haré de ti un verdadero perro sabio y te enseñaré muchas cosas. Por lo pronto, aprende á obedecer. ¡Ven aquí! ¡Ven aquí!

Michaël obedeció de mala gana, sin resistencia, pero sin ardor.

—Bueno. Por esta vez, pase. Pero no me gusta que me obedezcas por compromiso. Otra vez, cuando te hable, pondrás un poco de más entusiasmo en tus movimientos.

En el tono de su voz había una amenaza oculta, que no escapó á la inteligencia de *Michaël*.

—Para empezar, vamos á ver si conmigo cantas tan admirablemente como con el leproso.

Harry del Mar sacó del bolsillo una pequeña armónica y se puso á tocar y á cantar *Marching through Georgia*...

—¡Conque! Cuando quieras.

Michaël abrió el hocico. Pero todo en él protestaba. La música le conmovía. Su garganta y sus pulmones querían cantar. Se dominó, sin embargo, porque le era muy desagradable cantar para aquel hombre. Lo que él esperaba no era solamente una sesión de música, sino que le volvieran inmediatamente á presencia de su amo.

—Perfectamente. Te niegas, ¿verdad? ¿Resultas un poquito terco? No me extraña. Por algo eres perro de raza. Pero, hijo mío, aquí lo malo es que yo soy un poco más terco que tú. Anda, vamos á cantar los dos.

Harry del Mar entonó, acompañándose con la armónica, el *Georgia Camp Meeting*...

Michaël seguía mudo. Pero cuando el hombre, variando otra vez de melodía, entonó el aire de *Old Kentucky Home*, esta canción tan penetrante que hace asomar las lágrimas, fué más fuerte que su voluntad. Perdió todo dominio de sí mismo, y su dulce alarido, hijo del de sus antepasados, que en las soledades de los primeros años del mundo aullaban á la luna, vibró lamentosamente en el silencio de la cabina.

—¡Ah! ¡Ah!—bromeó Harry del Mar—. Ya sabía yo que lo conseguiría.

En aquel momento se oyó un fuerte golpe. Provenía de un pasajero vecino, que protestaba y gritaba que le dejaran dormir.

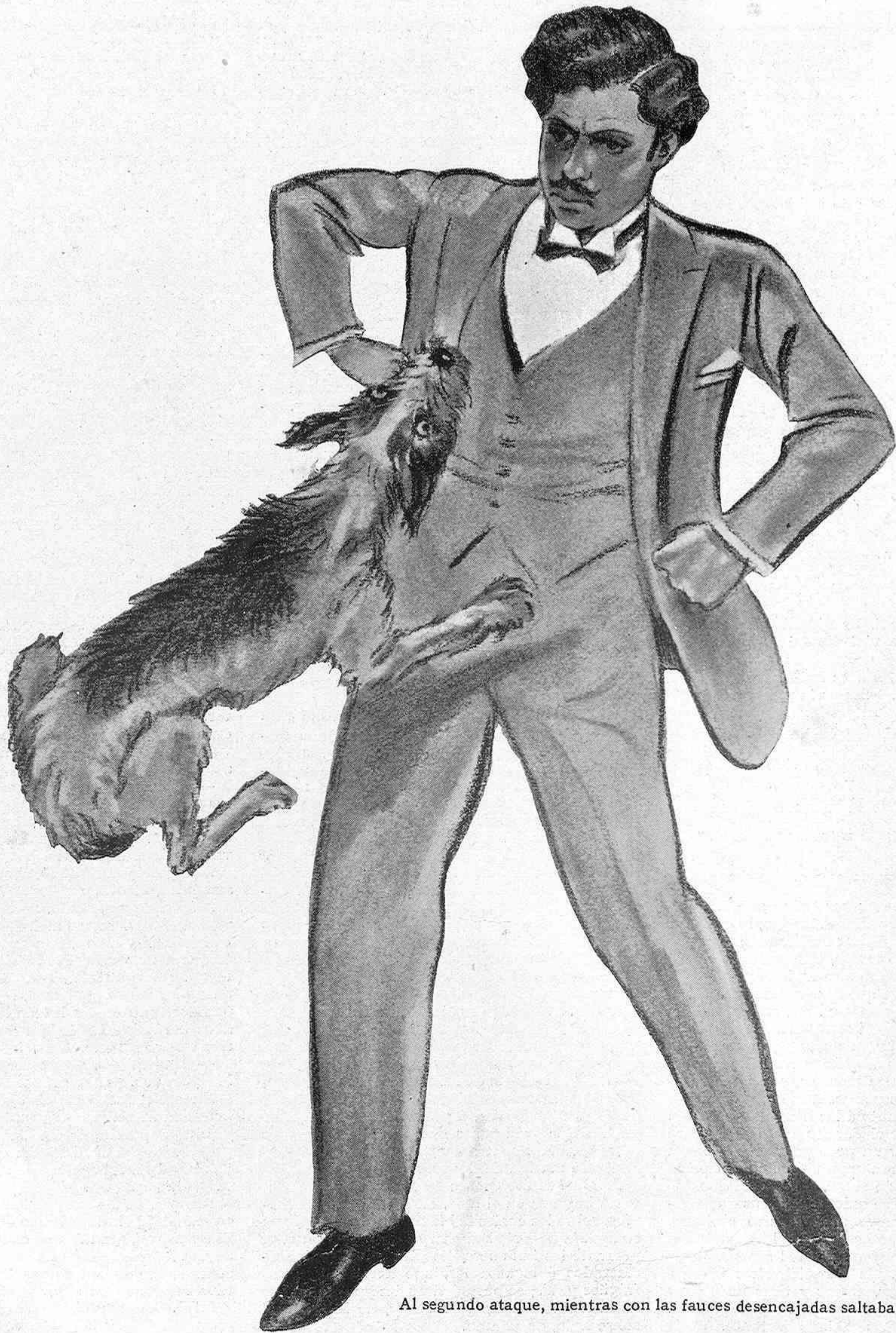
—¡Basta por hoy! Ya eres mío. No te figures que voy á tenerte siempre en la cabina viéndote cazarte las pulgas.

Harry del Mar apoyó el botón del timbre, y cuando llegó el mayordomo de servicio, le entregó á *Michaël*, atado á una cadena, para que se lo llevara á pasar la noche en compañía de sus congéneres, en uno de los departamentos que les estaba reservado en el entrepuente.

Michaël obedeció, no sin detestar «cordialmente» á Harry del Mar, á quien no tardaría mucho en conocer más á fondo.

Ignoraba la miserable criatura que el verdadero nombre de Harry del Mar era Perceval Grunsky y que ya en la escuela las niñas le habían puesto el sobrenombre de «el lindo moreno» y los niños el de «el hermoso negro». Tampoco había de saber nunca que el niño pasó directamente del colegio á un correccional, de donde fué sacado por un amaestrador de animales, llamado Harris Collins, que se ganaba espléndidamente la vida con su oficio, y que ofreció trabajo al joven, tan incorregido como incorregible.

En cambio, *Michaël* no tardó en advertir que Harry del Mar era un simple aventurero, sin un



Al segundo ataque, mientras con las fauces desencajadas saltaba para morder...

ápice de nobleza en la sangre, moralmente inferior en absoluto á cualquiera de los amos que había tenido, sobre todo al último, su querido mayordomo, que acababa de perder.

Todo tenía dos caras en cuanto se refería á aquel despreciable individuo. Durante el día subíalo al puente y le prodigaba innúmeras caricias, en medio de un círculo de muchachas que se divertían y de viejas damas que enternecíanse con sus habilidades. En cambio, por la noche volvía á la cabina, y no tenía para él más que

frías amenazas y brutalidades aterradoras. La naturaleza real de aquel hombre, de manos aterciopeladas, era de madera ó de acero.

Cuando la travesía llegaba á su fin—el *Umavilla* iba por su última noche de viaje—ocurrió una insurrección de *Michaël* contra Harry del Mar y un choque terrible entre los dos. *Michaël*, como buen perro de raza, no retrocedió ante los riesgos de tan desigual combate, en el que él tenía que reconocerse indudablemente inferior en fuerza á su adversario. Saltó sobre el hombre, lo-

co de rabia; y aunque fué, desde el primer asalto, arrojado violentamente al suelo por dos fuertes bofetones aplicados detrás de la oreja, *Michaël* reiteró valerosamente sus ataques.

Por muy acostumbrado que estuviera *Michaël* á perseguir á los negros y á señalarlos con sus colmillos, no podía nada contra aquella habilísima criatura que durante seis años se había ocupado en hacer entrar en razón los animales que amaestraba.

(Continuará en el número próximo)

Elegancias

LA moda impone, en cada nueva temporada, nuevas joyas y modernos detalles complementarios de la *toilette* femenina.

Los trajes sastre requieren accesorios muy sencillos: brazaletes de cuero guarnecidos de plata; leontinas de la misma materia, formando gruesos eslabones, ó de piedras talladas al estilo barroco.

Los mismos detalles imperan en los adornos del sombrero, confeccionado en fieltro, ante ó charol muy brillante.

Con los trajes de tarde ó de mucho vestir, las joyas son más recargadas; los finos trabajos de joyería se admiran por doquier en un alarde de riqueza y buen gusto.

Las esmeraldas, zafiros y rubíes aguas marinas, ópalos, amatistas y topacios, decoran todos los broches, *barvettes*, sortijas, brazaletes y pendientes, orlados de brillantes muy menudos y montados sobre platino, en combinación con ónix, galalhit y ágata.

La perla sólo se lleva como joya de *soirée* ó en collares de bisutería durante el día.

Los bolsillos se llevan de mil formas distintas; lo mismo se adapta el de tamaño reducido como el de dimensiones exageradas; estos últimos se llevan mucho durante el día, y especialmente por la mañana.

La piel mate es la más *chic* para la confección de estos modelos; pero tan fina que pueden ha-

cabritilla y gamuza cosidos en blanco; sobre todos los tonos imperan el negro, *beige* y topo.

Los guantes de tarde están ejecutados de manera tan bella que son un «verdadero amor», como dicen las parisinas en el colmo del arrebato.

Las manoplas están confeccionadas con lindas incrustaciones en tonos opuestos á la piel del conjunto: el *beige* y el azul turquesa son los tonos que más se emplean; también se hacen combinaciones con gris y oro, con negro y blanco, con marino y rosa, con blanco y amarillo y con gris y blanco.

Los cordones y los cosidos van ejecutados en los mismos tonos del adorno de la manopla.

Uno de los elementos más imprescindibles y elegantes del momento actual son las flores.

La unión de dos flores distintas es sumamente bella; por ejemplo, las violetas y la camelia blanca, violetas blancas de parma y *miosottis*, rosas de té y heliotropo, decoran grandemente en los trajes de noche; durante el día sólo se lleva un *bouquet* de flores multicolor (rojas, azules y amarillas ó blancas, rosa, *beige* y negras); en los trajes de hechura sastre resulta sumamente *chic* una camelia blanca ó roja.

También son muy lindos los *bouquets* rococó y campestres rodeados de menudos tréboles ú hojitas de un verde policromo, confeccionadas en terciopelo *chiffon*.

ANGELITA NARDI



Toca en paja color fuego con cintas de seda azul bordadas en plata

(Modelo Maryvonne)

cerse con ella lindos trabajos de costura á cual más refinados: jaretas, pliegues, recortados é incrustaciones, todo como si fuera hecho con el más sutil *crêpe*.

Iniciales de plata, oro ó platino completan los bolsillos de mañana; los de tarde son guarnecidos de pedrería fina en un solo tono.

El *moirée*, ante, seda brochada y *tissu* son los tejidos que se emplean en los bolsos de tarde; los de noche van totalmente cuajados de acero *strass* ó lentejuelas.

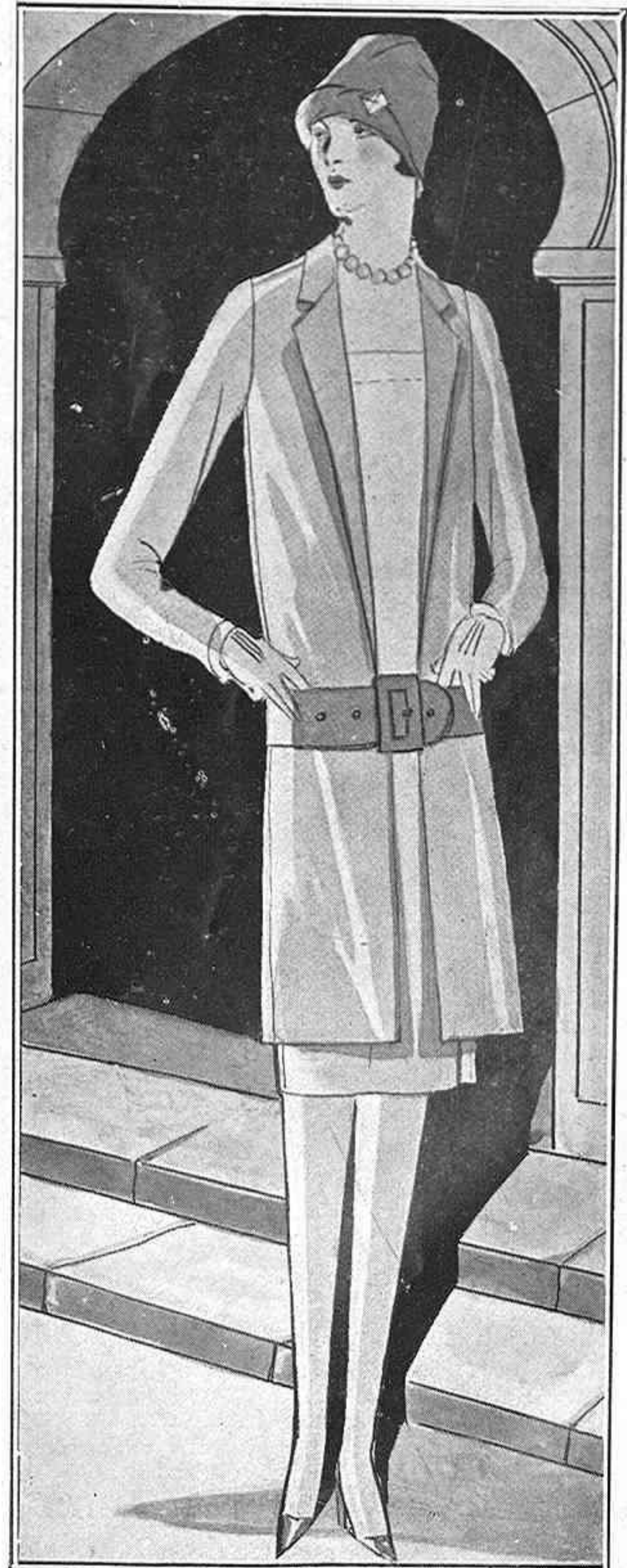
El interior de estos lindos bolsillos podéis imaginároslo. Todos los útiles de maquillaje son de esmalte y oro, de nácar y platino, de concha muy clara ú ónix.

Los guantes de mañana son muy sencillos: de



Beret en picot azul marino guarnecido de galón de plata y azul rey

(Modelo Hamar)



Vestido de «*crêpe marocain*» azul verdoso con un ancho cinturón de cuero



Vestido de seda á grandes cuadros con el cuerpo de seda de color liso

La Moda en Longchamp

Las primeras jornadas en el hipódromo de Longchamp han sido, como siempre, para París una de sus solemnidades más grandes y más atrayentes, no sólo para sus ciudadanos, sino para la inmensa colonia extranjera que integra más de las tres cuartas partes de la nación vecina.

Un tiempo magnífico, apenas entoldado por ligeras nubecillas blancas, ha prestado su valioso concurso á estas fiestas, animadas en el *pesage* por una concurrencia elegante, mundanamente *chic*,

deseosa de aplaudir al ganador y de contemplar la presentación anhelada de los modelos de primavera y verano.

Los conjuntos de nuestro vestir han sido la nota culminante de estas exhibiciones, en las que se han visto mil creaciones, inspiradas en tendencias distintas y á cual más bellas; pero sobresaliendo las que están basadas en orientales motivos de ornamentación, tejido y forma.

Los trajes de tarde nunca debieron dejar de ser lo que son ahora en



Vestido de crepón en tono «beige» con rayas negras y blancas
(Fot. Henri Manuel)

la moda presente: modelos suntuosos, bellos á la par que sobrios, y adecuados para pasear, asistir al té de las cinco, acudir á modistos, visitas, etc.

Los modelos actuales están estudiados y concebidos de tal forma, que más parecen un sueño que una realidad.

Conjuntos de *crepe* sutilísimo y encajes de una finura digna de tales tejidos se admiran en algunos modelos; en otros, la flora primaveral parece haber hecho su eclosión triunfante y avasalladora. En vivo contraste con estos modelos, plenos de vaporosidad, se admiran los que están creados á base de pieles de reptiles, tales como las serpientes de mil especies, caimanes y lagartos del Canadá, Australia y Africa.

Los trabajos de incrustación y los *godets* superpuestos unos sobre otros; las *suchettes* de tisú ó cinta; los *friselis*, nidos de abejas y plisados lisos y trabajados con dibujos representativos de motivos modernistas, forman legión; así como las jaretas, bien sean formando rombos, rayas verticales y horizontales, y los efectos de dos tonos distintos combinados por medio de recortes sabiamente hechos en los fondos de los trajes.

Los *ensembles* estampados y abrigos de crepón de China, formados del mismo tejido, han sido lanzados por las casas de alta costura como modelo de mañana y deportivo; en éstos, como



Vestido y abrigo de «crêpe georgette» azul forrado de blanco

Chaqueta de punto de seda á grandes rayas horizontales



Vestido de «crêpe marocain» adornado con seda

Vestido de crepón azul y blanco y cinturón de cuero

(Modelo Lebouvier)

(Modelo Drecoll)

en los trajes antes mencionados, los trabajos de cosido á mano son el esencial elemento del cual parten todas las creaciones que hemos visto. Los adornos que rematan los cuellos y puños están confeccionados en piel de *chevrette*, *baby-milk*, rata atigrada, y alguna que otra de mamíferos de la misma especie, en tonos claros y dibujos extraños.

En el capítulo de sombreros dominan con imperio materias que son inéditas en la moda, el *crepe georgette*, encajes bordados y tejidos con finísima paja.

Los *picots* negro, marino, azul, gris, blanco y *beige* se emplean en modelos chiquitos, y, si acaso, en capelinas con un poco más de ala en la parte delantera. Los adornos que se llevan son las plumas, flores, cintas *civés*, nudos de piel ó de muselina y *gros grain*, cocardas de cinta, etc.

Las mezclas de pajas exóticas en negro, con paja de Italia natural ó teñida de un tono más ocre, han causado gran sensación entre las asistentes á Longchamp, é igualmente los fieltros rosa carne, con el interior y el ala forrada en paja de crin del mismo tono.

Las cofias muy ceñidas á la cabeza resultan preciosas, y sobre todo si son adoptadas por mujeres como las que hemos visto extremadamente bellas y jóvenes, y, lo que es mejor aún, sin ningún maquillaje sobre el rostro.

A propósito de esto, las mujeres parecen haberse convencido de que el exceso de «arreglo» las perjudica, y en esta importante reunión de la moda y el gran mundo, las maniqués han aparecido con el rostro de un color natural muy ligeramente rosado.

En cuanto á los detalles complementarios de todo lo que forma la complicada *toilette* femenina, lo más esencial es el calzado; éste debe combinar siempre en el tono del traje y, á ser posible, con el estilo del mismo.

CRISTALINA



En Zaragoza, la jornada final del campeonato de España entre el Arenas de Guecho y el Real Unión de Irún puso de manifiesto la calidad atlética vibrante de los jugadores más que los alardes de su técnica, y el triunfo de los irun-

CRÓNICA DEPORTIVA MUNDIAL

darras por un tanto á cero fué del todo justo. En nuestro grabado, el portero arenero despeja con el puño un peligroso acercamiento de los delanteros que quedaron más tarde proclamados campeones nacionales

IRÚN, CAMPEÓN DE ESPAÑA

Los dos equipos de Guecho é Irún, aquellos que representan tal vez en el concierto nacional las más modestas ciudades, han escalado esta temporada, á fuerza de entusiasmos y tesón, los lugares últimos de la porfiada clasificación del torneo.

La agotante lucha, que al proporcionar hono-

res siembra el camino de mayores dificultades á cada paso, puso enfrente en el encuentro decisivo á los equipos de técnicas semejantes, ardorosas.

En el Arenas, el tremendo esfuerzo que fué menester para salvar las barreras de galaicos y catalanes hizo mella en la defensa, y dejó malparado el ataque. Con Irún, el Sporting de Gijón y el Real Madrid fueron más complacientes, y

el once, cansado tal vez, llegó, empero, á la final en mejores condiciones. Su victoria fué el triunfo de la afortunada resistencia que en el once arenero había llegado al límite.

Con todo, el vencedor del campeonato de España, glorioso equipo que ya gustó en otra ocasión de las mieles del rotundo éxito, no logró ni en la partida final, ni menos en las anteriores, dar una sensación de pujanza absoluta, de esa su-

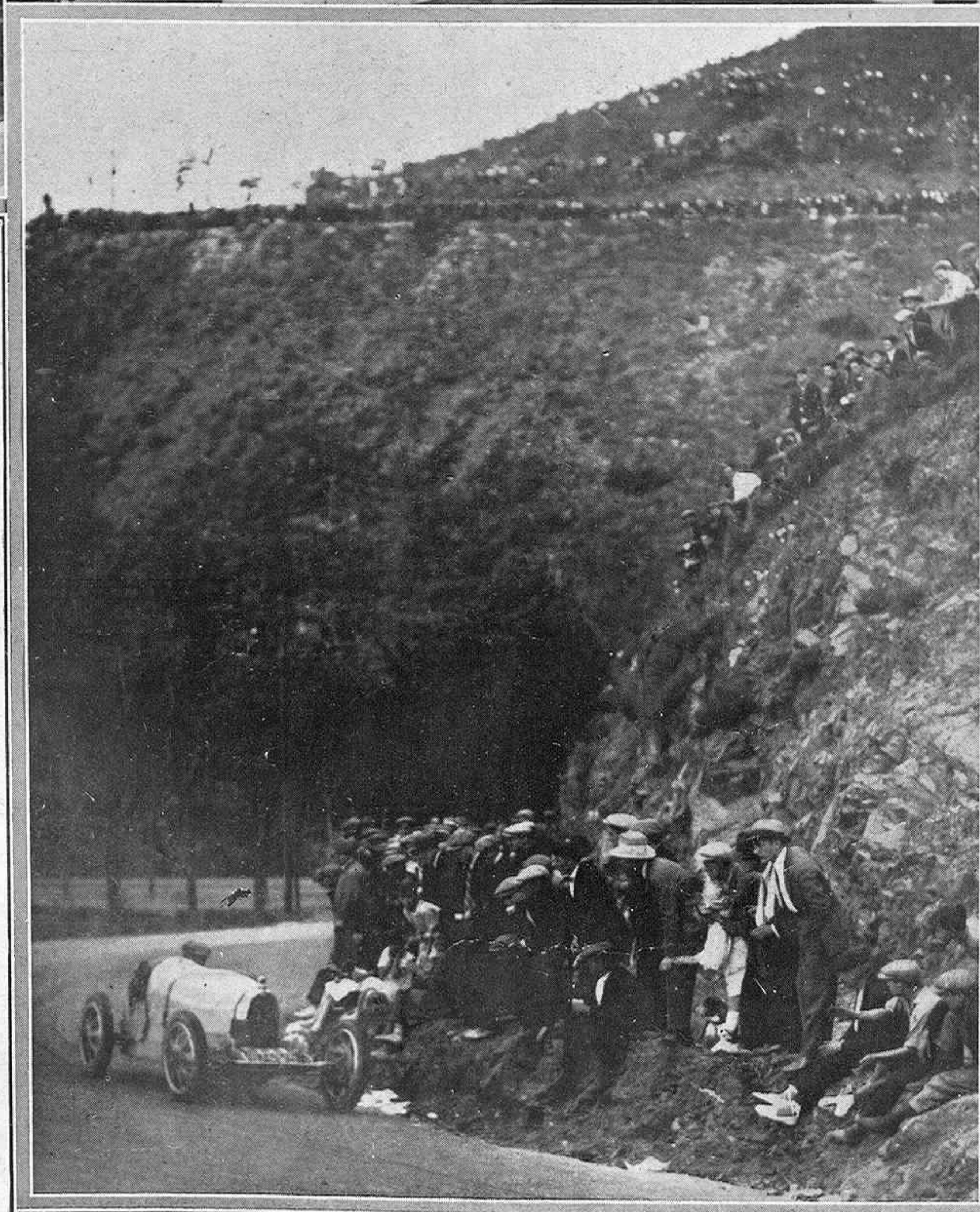


perioridad incontrastable que debería reconocerse en los campeones de España.

¿Jornada mediocre? ¿Actuación desafortunada? Nosotros preferimos contestar afirmativamente á estas dos preguntas antes que suponer que Irún ha de jugar siempre tal cual se comportó contra el Madrid y antes contra Gijón y después contra el Arenas. Son muchas tres batallas sucesivas para no acertar con una de conjunción brillante de todos los elementos; pero, no obstante, el Irún las tuvo durante el campeonato, y cuando vuelva en sí, pasado el descenso que produce el *surmenage* á que tuvo que entregarse, será, además de equipo vencedor, un grupo convincente, y con ello la afición justificará plenamente sus éxitos.

Fernando de Vizcaya, subiendo vertiginosamente la brusca pendiente de la Rabassada durante la clásica prueba internacional en cuesta celebrada recientemente en la Ciudad Condal

(Fots. Sanchis, Marín y Sport)



En la pista de Ascot, en Los Angeles, la linda corredora francesa Mlle. Mozette se ha revelado como piloto expertísimo, difícilmente batida por los «ases» del volante. En nuestra fotografía, la bellísima racing-woman, al volante de su bólido, sonríe antes de lanzarse á la carrera

AUTOMOVILISMO NACIONAL Y EXTRANJERO

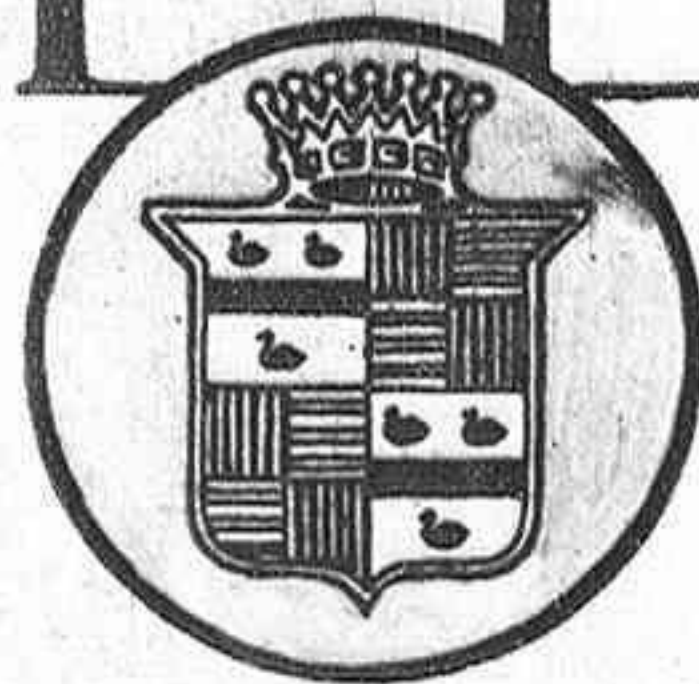
Hemos traído á estas planas la fotografía de una bellísima conductora francesa de automóvil; pero el hecho de que proceda de la libre República no quiere decir que en los Estados Unidos, donde actualmente se halla, no existan numerosas aficionadas al volante que la hacen dura competencia.

Fémina lleva trazas de triunfar en el arriesgado oficio de la velocidad, y el gran público, esa muchedumbre, más que aficionada al deporte, devota del espectáculo impresionante, muestra su predilección por las primeras pruebas celebradas en pista con la colaboración de arriesgadas conductoras.

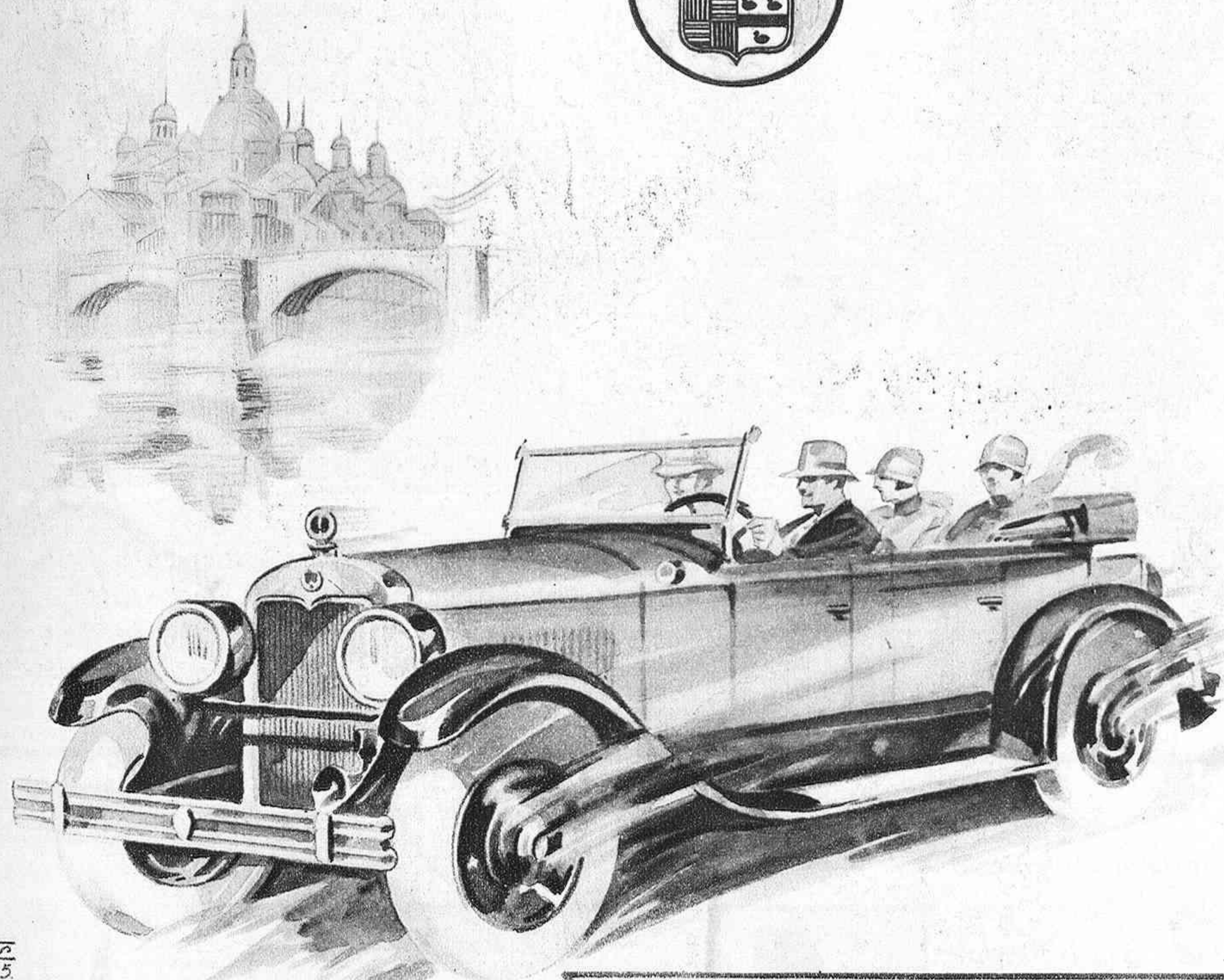
JUAN DEFORTISTA

CADILLAC

PRODUCTO DE LA



"GENERAL MOTORS"



HELIOS
CA. 5

NUEVOS PRECIOS REDUCIDOS

(Sujetos a variación sin previo aviso)

BROUGHAM STANDARD.....	29.000 pesetas
PHAETON CUSTOM (4 plazas).	31.300 »
TOURING CUSTOM (7 plazas).	33.000 »

Todos los coches equipados con seis ruedas de disco y seis neumáticos.

Precios en nuestros depósitos de
BARCELONA, MÁLAGA O BILBAO

UNA JOYA MECÁNICA Y UNA CARROCERÍA SOBERBIA

El CADILLAC se ha superado así mismo y a todos los coches de 8 cilindros. En su nuevo aspecto es el compendio del lujo y de la perfección.

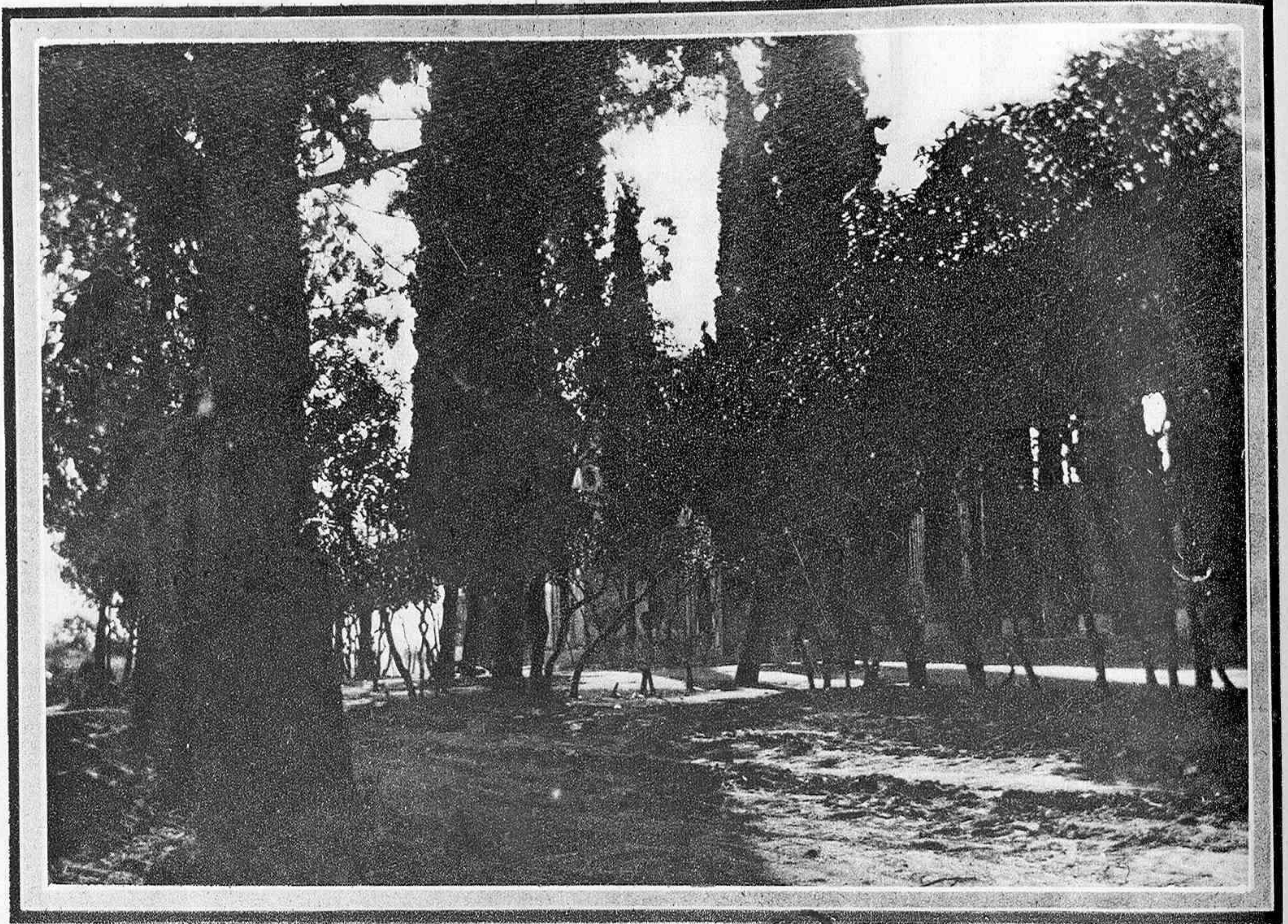
Vea usted el CADILLAC antes de decidirse a comprar.

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A.

Plaza de Cánovas, 4

MADRID

CONCESIONARIOS EN TODAS PARTES



El antiguo cementerio de San Martín, proyectado para Parque de recreo

AL eminente arquitecto D. Jesús Carrasco se debe el hermoso proyecto de conversión en jardines públicos del actual cementerio de San Martín.

Magnífica y generosa idea esta de trocar en bello lugar de esparcimiento lo que actualmente constituye un verdadero tapón que obstruye la urbanización de la importante zona que ha de unir la barriada de Vallehermoso á la de Cuatro Caminos.

Diríamos que Madrid, con el Parque del Oeste, el Retiro y los pequeños y bien trazados jardines anexos á sus distintas barriadas, consigue un nuevo pulmón para la urbe.

Tiende la altruista idea, por otro lado, á evidenciar nuestro creciente culto á la infancia de tan densa población en el popular barrio de Vallehermoso y Bravo Murillo.



Puerta principal del cementerio, que prevalecerá en el nuevo proyecto
(Fots. Gárate)

Un bello rincón del cementerio de San Martín, cuyos cipresales se conservarán para los nuevos jardines públicos

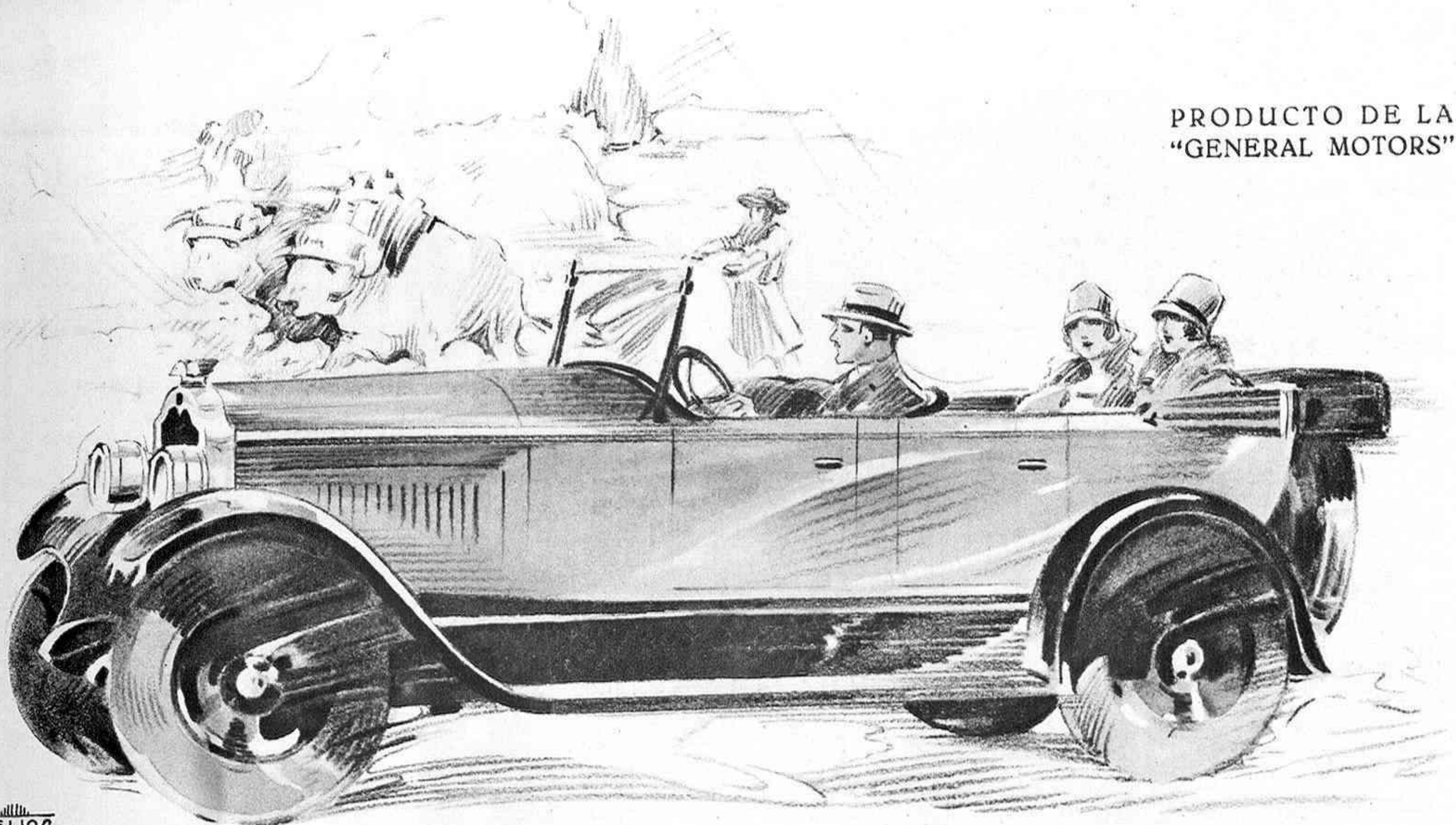
La importancia capital del magnífico proyecto estriba en su tendencia pedagógica. Al efecto, cada uno de los dos solares ó patios extremos laterales se destinan á la construcción de sendos grupos escolares para ambos sexos, dejando una plaza dispuesta no sólo para juego de los pequeños sino donde pueda el niño, con la vigilancia necesaria, aprender á leer, dibujar libremente, trazar con tiza números y letras con esa libertad vigilada, tutelar, orientada hacia el albedrío é inteligencia de los pequeños.

Para esto, una gran plataforma de cemento continuo sobre hormigón será la pizarra en donde hará sus primeros ensayos el infante de hoy, mañana quizá destacado en la ciencia ó en el arte.

En resumen, soslayando la parte expositiva del proyecto, que de otro lado no podemos recoger en el corto trecho de esta página, vemos cómo la mansión de paz, de muerte, para lo que fué construído, se trocará también en refugio de paz placentera, de tranquilidad espiritual y saludable del cuerpo. Procúrese, pues, llevar á la realidad, con el debido entusiasmo y celo, la pronta inauguración del nuevo «Parque Jardín del Norte».



PRODUCTO DE LA
"GENERAL MOTORS"

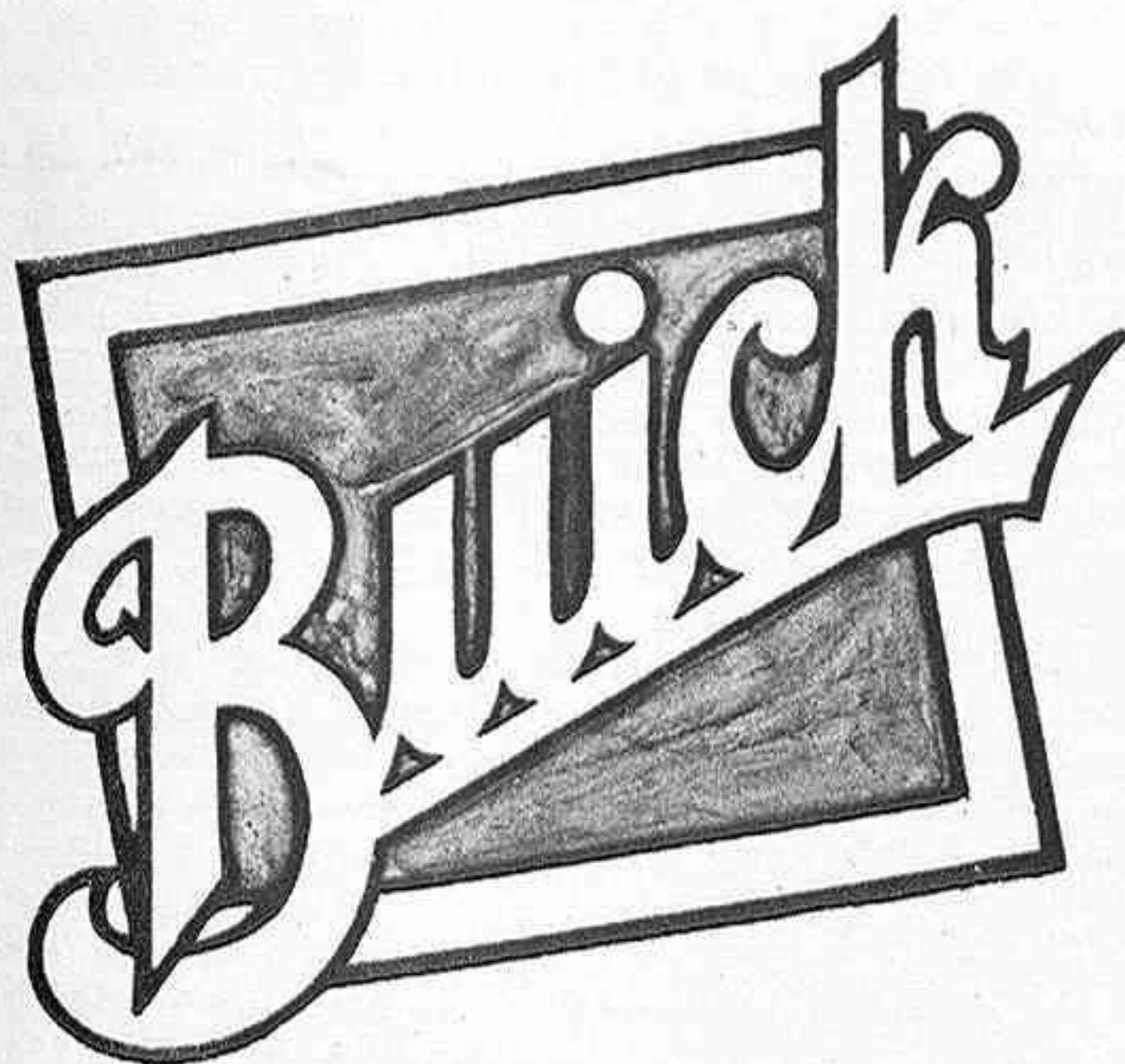


HELIOS
B. 17.

SIN ADJETIVOS

El BUICK es un coche sin adjetivos. Un BUICK es un BUICK, y ésto sólo es suficiente para dar idea de su valor. Si aún duda usted, pida al concesionario más próximo un viaje a título de prueba y se convencerá de la exactitud de nuestra afirmación.

CONCESIONARIOS EN TODAS PARTES



NUEVOS PRECIOS REDUCIDOS

(Sujetos a variación sin previo aviso).

STANDARD

MODELO	Pesetas.
25 TURISMO.....	12.600
20 COACH.....	13.500
27 SEDAN.....	14.100
24 SPORT ROADSTER....	12.400

MASTER

MODELO	Pesetas.
55 TURISMO.....	16.000
50 SEDAN.....	20.600
51 BROUGHAM.....	19.900
54 CC COUPÉ.....	20.000

Todos los coches completamente equipados, incluido el 5.º neumático.

Precios en nuestros depósitos de BARCELONA, MÁLAGA O BILBAO

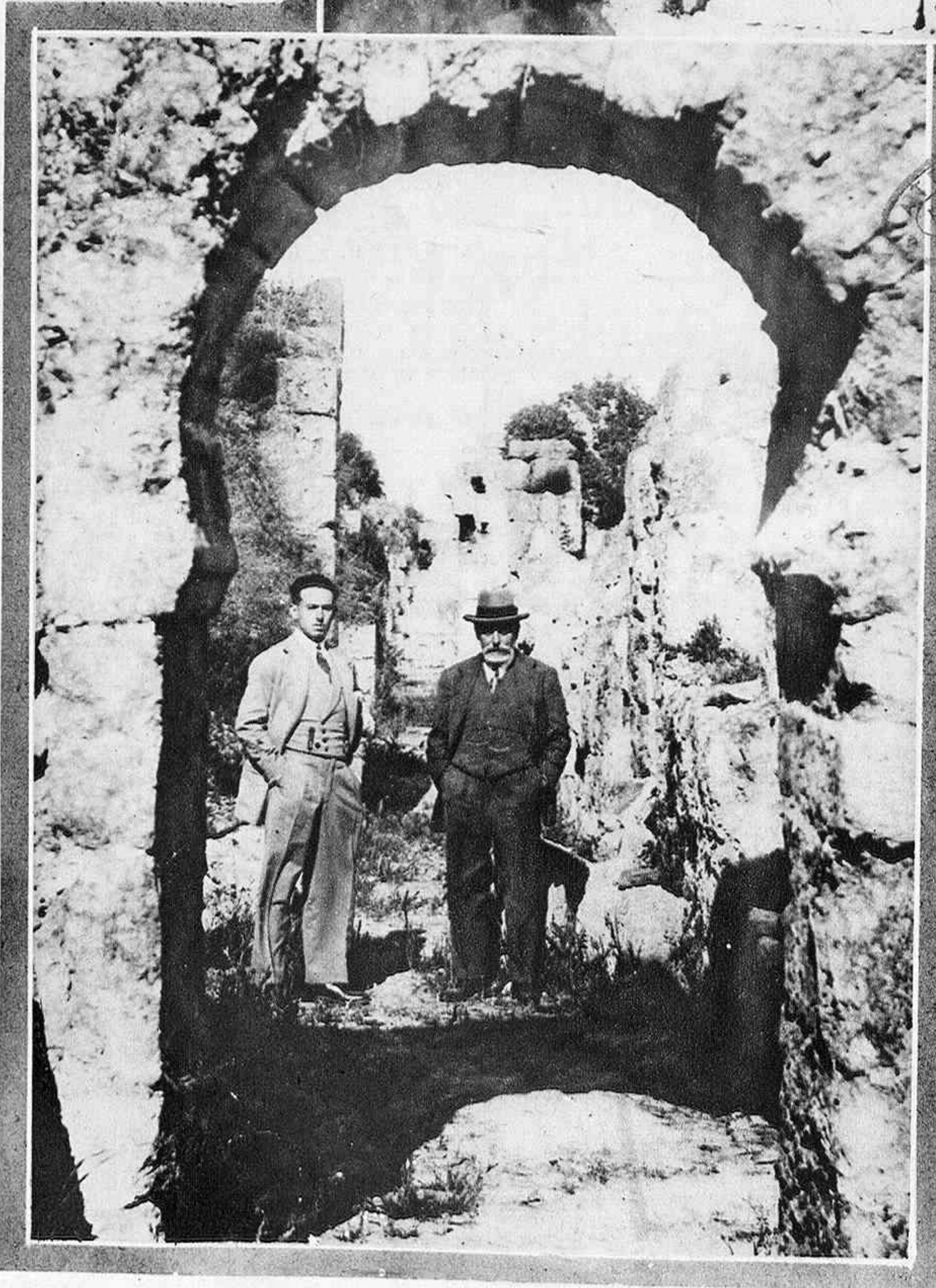
GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A.

Plaza de Cánovas, 4

MADRID

CUANDO SE CONSTRUYAN MEJORES AUTOMÓVILES, "BUICK" LOS SUPERARÁ

En torno
á las
históricas
ruinas
de
Medina
Azahara



El eminente violinista Fernández Bordas, director del Real Conservatorio de Madrid, visitando una galería de las ruinas históricas (Fots. Torres)

Aspecto de uno de los salones recientemente descubiertos en las históricas ruinas cordobesas de Medina Azahara

CON las recientes investigaciones arqueológicas llevadas á cabo en una dehesa conocida por *Córdoba la Vieja*, propiedad de los herederos de Rafael Molina (*Lagartijo*), hase visto que en nada exageraban la grandeza y magnificencia de lo que fué Medina Azahara las antiguas descripciones de historiadores árabes.

Medina Azahara comprendía, en época de los califas Abderrahmán III, Alhaken II é Hixen, un célebre palacio y conjunto de típicos edificios, á cortos kilómetros de Córdoba y al pie de la Sierra.

Ya tiempo atrás, por iniciativa del arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco y después de informe de la Academia de San Fernando, ordenó el entonces ministro de Instrucción Pública, Sr. Barroso, que se emprendieran excavaciones en el solar llamado erróneamente *Córdoba la Vieja*.

Desde entonces no se ha interrumpido el arqueológico empeño, que ha dado por fruto, recientemente, nuevos descubrimientos de lo que fué en un tiempo la maravillosa ciudad de Medina Azahara, sobre la que dan referencias algunos escritores árabes de la mezquita, que superaba á la de Córdoba, de los mosaicos bizantinos sobre fondo de oro, de las puertas de ébano y marfil, y un estanque de azogue que marcaba el centro de la sala de los califas, en el suntuoso alcázar.

Todas estas bellezas y otras cuya existencia no ha podido comprobarse, tuvieron efímera duración.

En 1010, los bereberes, capitaneados por Suleimán, entraron á saco en Medina Azahara, que aun debió ser habitable por algún tiempo, según fidedignas referencias.

Con la Reconquista desapareció el recuerdo de la magnífica población árabe, que se designó con el nombre de *Córdoba la Vieja*.

Pero después de haber pasado de la Corona al Municipio cordobés, sufrieron las ruinas el golpe de gracia, cuando, no muy lejos, la comunidad de los Jerónimos levantó allí cerca un convento, para cuya construcción Medina Azahara sirvió de cantera.



POR TIERRAS DE GRAN CANARIA

UNA EXCURSIÓN AL ALUMBRAMIENTO DE AGUAS DE QUIEBRAMONTES

EL auto partió veloz por la bien trazada calle de Triana, para internarse después en la accidentada carretera de Teror, que tan bellos y sugestivos paisajes ofrece al turista.

Cada veinte, treinta ó cuarenta metros, se repite la curva, esa curva ceñida, tan ceñida que nos hace perder de vista en cada cambio de dirección un lindo paraje para ofrecernos otro más bello, más soñador, más dado al elogio de quien lo contempla. Es ahora un inmenso valle de plataneras; más tarde, una huerta rica, fertilísima, llena de vida y robustez, en la que se destacan las motitas blancas de sus casas y se admira el trabajo laborioso del hombre. Hay, después, abruptos montes, balcones deliciosos que nos hablan del incalculable valor de este suelo, donde la Naturaleza dijérase ha encarnado sus mayores encantos.

Hemos visto también—para qué negarlo—trozos de tierra que pudieran ser tan buenos y productivos como los más fértiles que hemos hallado á nuestro paso, y, sin embargo, duermen en su abandono, desheredados de todo cultivo. ¿Por qué?...

Don Eusebio Pérez Falcón, presidente del Alumbramiento de Aguas de Quebramontes, compañero nuestro en esta excursión, nos dice:

«Toda esa tierra que se muestra estéril, y que se multiplica en muchos lugares de esta isla, se debe única y exclusivamente al vitalísimo problema del agua, tan necesaria para el desarrollo de la agricultura en Canarias como imprescindible es el aire para la vida de las plantas.»

Así, atentos á las palabras del Sr. Pérez Falcón, deleitados por la mayor parte del paisaje, hemos dejado atrás 28 kilómetros de carretera.

El coche ha frenado sus ruedas, y nosotros, sus ocupantes, hemos descendido por una senda para llegarnos al Caidero de Quebramontes, donde se encuentra el Alumbramiento de aguas, que es motivo de esta excursión.

Sobre el plano primero, y más tarde sobre el terreno, nuestro digno cicerone se entusiasma hablándonos del titánico esfuerzo que han tenido que poner á contribución los diez y seis miembros que componen la comunidad hasta vencer el sin número de complicaciones que les surgieron al paso con motivo de su encomiable empresa.

—Esa galería—nos dice—que penetra hasta 214 metros en las entrañas de este rocoso macizo, es algo que dice mucho de lo que puede la voluntad del hombre cuando se pone al servicio de los intereses generales del país. Pues es de tener en cuenta que á los comienzos de esta obra (allá en Julio de 1919), se empleaba una semana para perforar un metro de terreno. Así trabajamos sin descanso hasta lle-

gar á los 45 metros de galería, consiguiendo entonces, á los tres años de emprender nuestra obra, alumbrar agua en cantidad de 730 mililitros por segundo, yendo en aumento hasta el pasado año, que hemos conseguido 12,6 litros en igual tiempo.

¿...?
—No, señor; á eso iba precisamente. Nuestro caudal no ha mermado poco ni mucho el agua

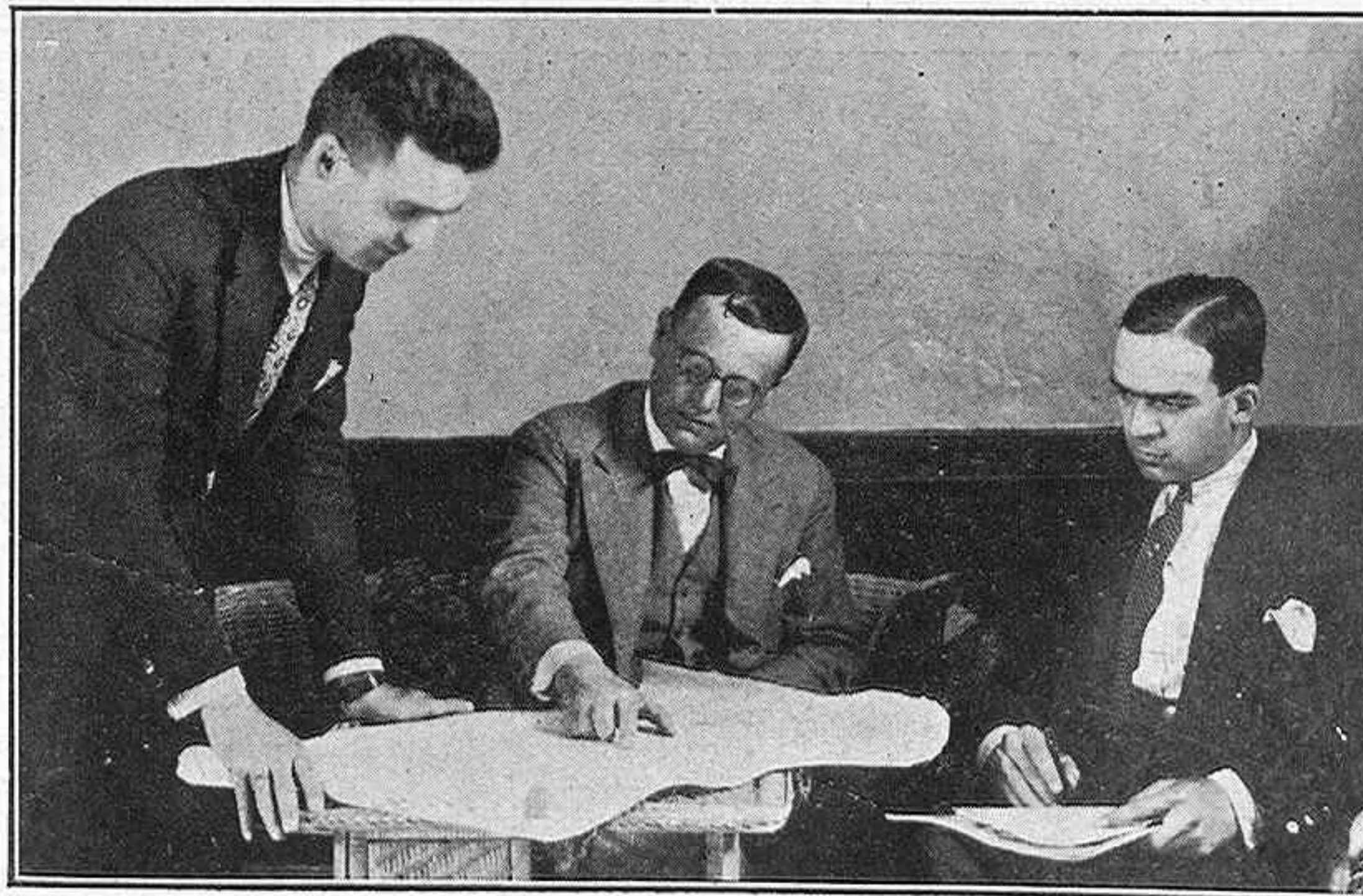
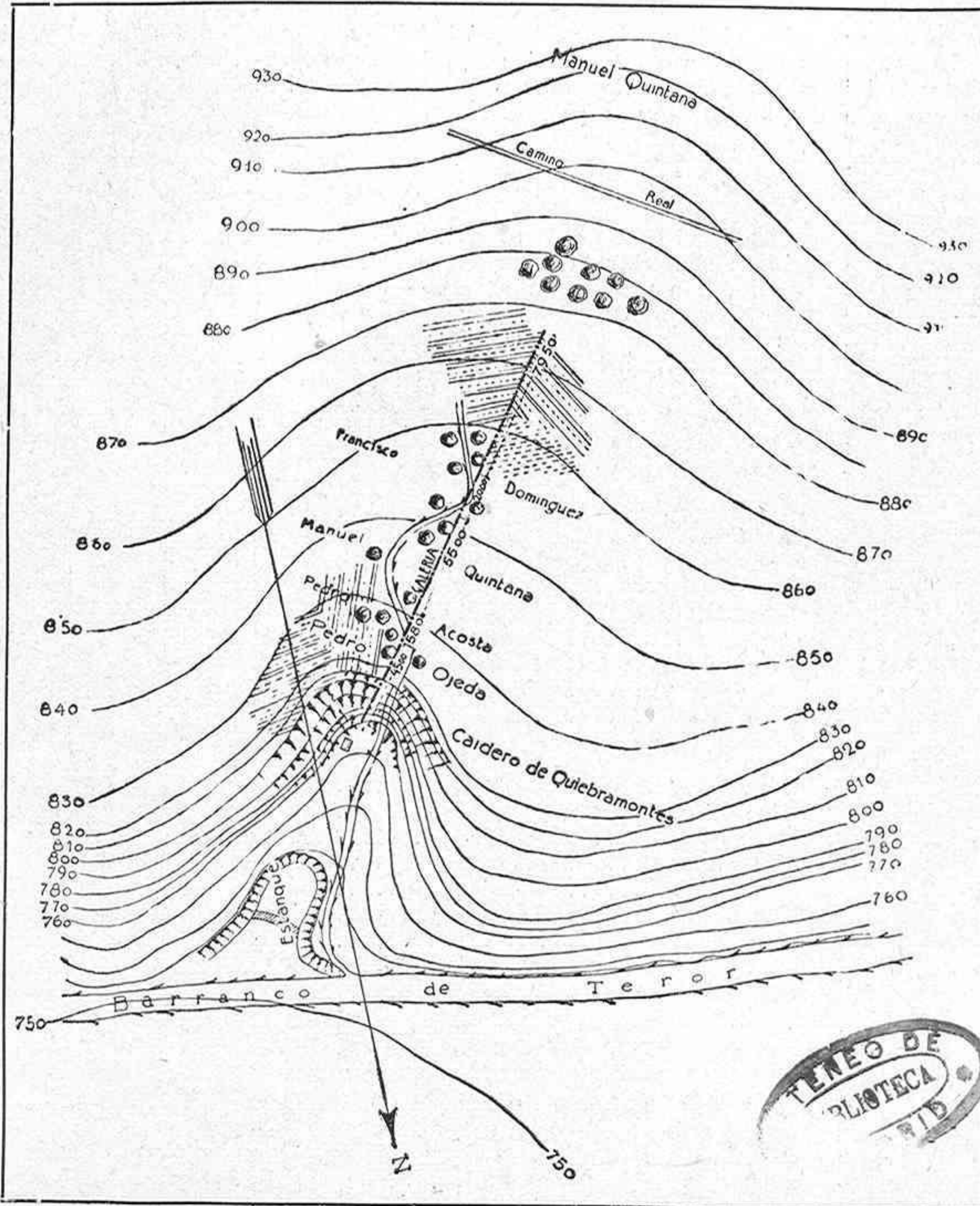
de nadie. Al hablar de esta forma, lo hacemos por propia experiencia, pues constituida esta entidad en la fecha antes citada, cuando aun no se soñaba con el régimen actual (me refiero á la Real orden de 27 de Noviembre de 1924), y previa una comprobación notarial hecha en Agosto del pasado año, pudimos sacar el convencimiento pleno de que no existían nacientes ni explotaciones de agua á menos de cien metros á la redonda, y si los había, estaban á mayor distancia y á un nivel superior de 30 y 40 metros.

—¿...?
—¡Oh!, llevamos gastadas cerca de cuatrocientas mil pesetas. Pero esto sería lo de menos, si consiguiéramos continuar nuestros trabajos en la galería hasta ciento cincuenta metros, que es nuestro propósito, á fin de aumentar nuestro caudal, y con ello el beneficio que reportaríamos á otros muchos términos que, como los llamados El Palmar, Los Portales, Cuesta de Arucas y Bisvique, hoy regados por los catorce kilómetros de acueducto que llevamos construídos, dejarían de correr la misma suerte que esos santos terrenos que antes vimos sedientos y faltos de cuidado por la mano del hombre.

—¿...?
—Eso creímos nosotros, que era fácil; pero hemos podido convencernos de todo lo contrario, ya que con fecha 18 de Septiembre de 1925 presentamos una instancia, dirigida al delegado del Gobierno de S. M. en Gran Canaria, solicitando el permiso para continuar nuestra obra, sin que hasta la fecha hayamos tenido la menor noticia del fallo dado á nuestro expediente.

Como se hacía tarde, hemos emprendido el regreso á la ciudad de Las Palmas, animados siempre por la charla amena é interesante del señor Pérez Falcón, que, poseído de su entusiasmo sin freno, ponía en todas sus palabras la fe y el apasionamiento propio de todo buen canario, que vela por los intereses de su patria chica y se cree con el derecho de defender algo que afecta como problema de vida ó muerte del desarrollo de la agricultura canaria. Por esto nosotros, que hemos seguido con todo interés la importancia de esta conversación, el abandono de esos campos de secano, el provecho de esta obra hidráulica, llevada á cabo con la voluntad firme de los hijos de esta tierra (en su mayoría, labradores), nos extrañamos y no acertamos á qué puede obedecer la dilación en el trámite de este expediente que tanto bien puede reportar á este campo, que por sus excelentes cualidades es digno de ser querido y mimado por todo buen español.

ENRIQUE Y JULIO PASTOR
Las Palmas (Gran Canaria), 1927.



Don Eusebio Pérez Falcón, presidente del Alumbramiento de Aguas de Quebramontes, explicando á nuestros enviados especiales Sres. Pastor el plano de la galería

ORIENTACIONES

LA FILOSOFÍA Y EL PROBLEMA NACIONAL

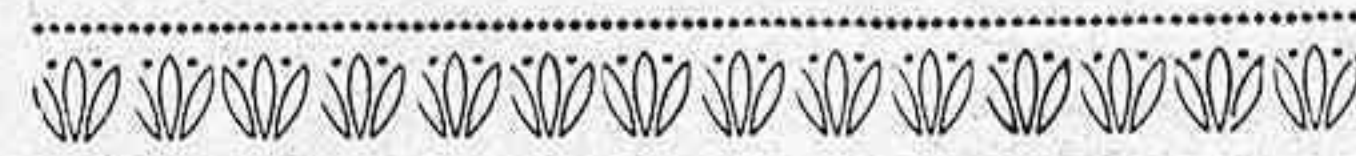
PODRÁ alguien admitir ó rechazar el idealismo filosófico; mas nadie podrá negar lo sugestivo del racionalismo sólido en que se basa, ni el sano sentido moral y social de la tendencia en que se inspira. Yo creo que la filosofía consiste, *a priori*, en determinar y formular racionalmente lo mejor como realidad trascendental, y, *a posteriori*, en reducir críticamente lo mejor á lo verdadero por los soberanos principios que anhela el sentimiento y quiere la voluntad. Por lo mismo que la filosofía, como elocuentemente declaraba el excelso pensador Fouillóo poco antes de su muerte, es la más especulativa de todas las especulaciones, es también la más práctica de todas las prácticas. «Existe en ella identidad entre el acto más alto del pensamiento y el acto más alto de la moralidad: por una parte y por otra aparece el desinterés más absoluto, ó sea el *yo* identificándose

ZURICH (Suiza)
Grd. Hotel Victoria
 Casa de primer orden
 frente á la estación
A. KUMMER
 PROPIETARIO

con el todo. La filosofía, conocimiento de las realidades verdaderas, es á la vez afirmación y hasta generación de valores verdaderos. Empero, al hacer la filosofía realmente *pragmática*, guardémonos de rebajarla al papel de lo útil y de lo cómodo. Precisamente porque se desprende de nuestras utilidades, de nuestras comodidades, de nuestros fines somera é inmediatamente humanos, es por lo que nos eleva al deber y á la virtud, y nos revela fines más que humanos. Después de preguntarse lo que es realmente real y lo que es verdaderamente verdadero, se pregunta lo que vale lo real, lo que vale lo verdadero, lo que vale el mundo, lo que vale la vida, lo que vale la inteligibilidad descubierta por la inteligencia en el mundo y en la vida. En una palabra: el último de los problemas filosóficos es el problema del bien. Toda interpretación de la existencia es al mismo tiempo una evaluación de la existencia.» La filosofía, en suma, constituye el fundamento de la pedagogía y aun de la política, porque el pensamiento es ó debe ser el fundamento de la acción, así pública como privada. Por carecer de independencia filosófica y de la libertad de discursar, estamos entonteciendo y maleando á la nación.

Parece cosa de capricho y asimilación no muy apropiada el empeño de relacionar y conexas intimamente un sentimiento tan noblemente limitado como el del patriotismo con una disciplina mental como la filosofía, disciplina tan universalmente humana. Pero el patriotismo no sólo es un sentimiento, sino que también una idea, y como tal idea forma parte de los principios de la pedagogía y de la sociología, las cuales no son más que las últimas de las disciplinas teoré-

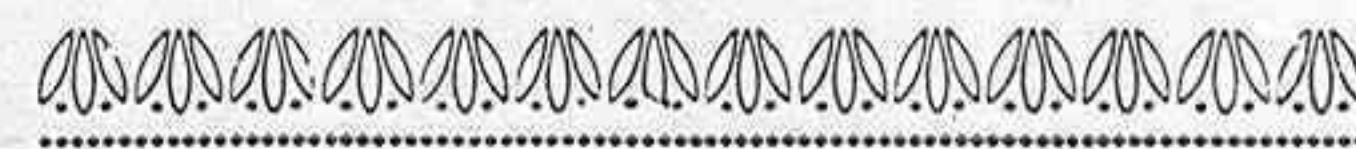
ticas, una filosofía aplicada al orden doméstico, civil y político. Y será inútil que discutamos las consecuencias inferiores y subalternas, si no llegamos hasta los principios. Y hay más, y es que, así como en gramática



Desde el 15 del mes actual, las comunicaciones ferroviarias directas entre España é Italia, han recibido una mejora grande que sin duda será muy apreciada por los viajeros que por Barcelona y Cerbère se dirijan á la Costa Azul y á Italia. Desde dicha fecha ha sido creado un servicio diario de Coches Camas entre Cerbère, Génova y viceversa, con el siguiente horario:

I D A		
Barcelona	Salida	15,10
Cerbère.....	»	18,16
Narbona.....	Llegada.....	20,50
»	Salida.....	23,26
Marsella.....	Llegada.....	4,35
»	Salida.....	5,12
Vintimilla.....	Llegada.....	11,15
»	Salida.....	13,40
Génova.....	Llegada.....	18,10

R E G R E S O		
Génova.....	Salida.....	12,00
Vintimilla.....	Llegada.....	16,25
»	Salida.....	17,10
Marsella.....	Llegada.....	23,15
»	Salida.....	23,55
Narbona.....	Llegada.....	5,38
»	Salida.....	6,52
Port-Bou.....	Llegada.....	9,15
Barcelona.....	»	12,55



las reglas significan un ahorro de esfuerzo, significando también en pedagogía y en psicología los cánones filosóficos, las verdades supremas de la razón humana. Por eso, la tratar el asunto desde un punto de vista elevado, hay que buscar en los principios primeros, en las relaciones fundamentales del espíritu las leyes básicas de la filosofía sin las cuales el problema nacional jamás quedará resuelto. No se requiere descender á los pormenores de las discusiones filosóficas: cabalmente, lo conveniente y necesario es, empleando la feliz expresión gráfica de Vázquez de Mella, «subir á cierta altura, porque, para resolver el problema nacional, es preciso le-

vantar el vuelo, á fin de caer después á plomo sobre él y, si es posible, *aterrizar* en su esencia».

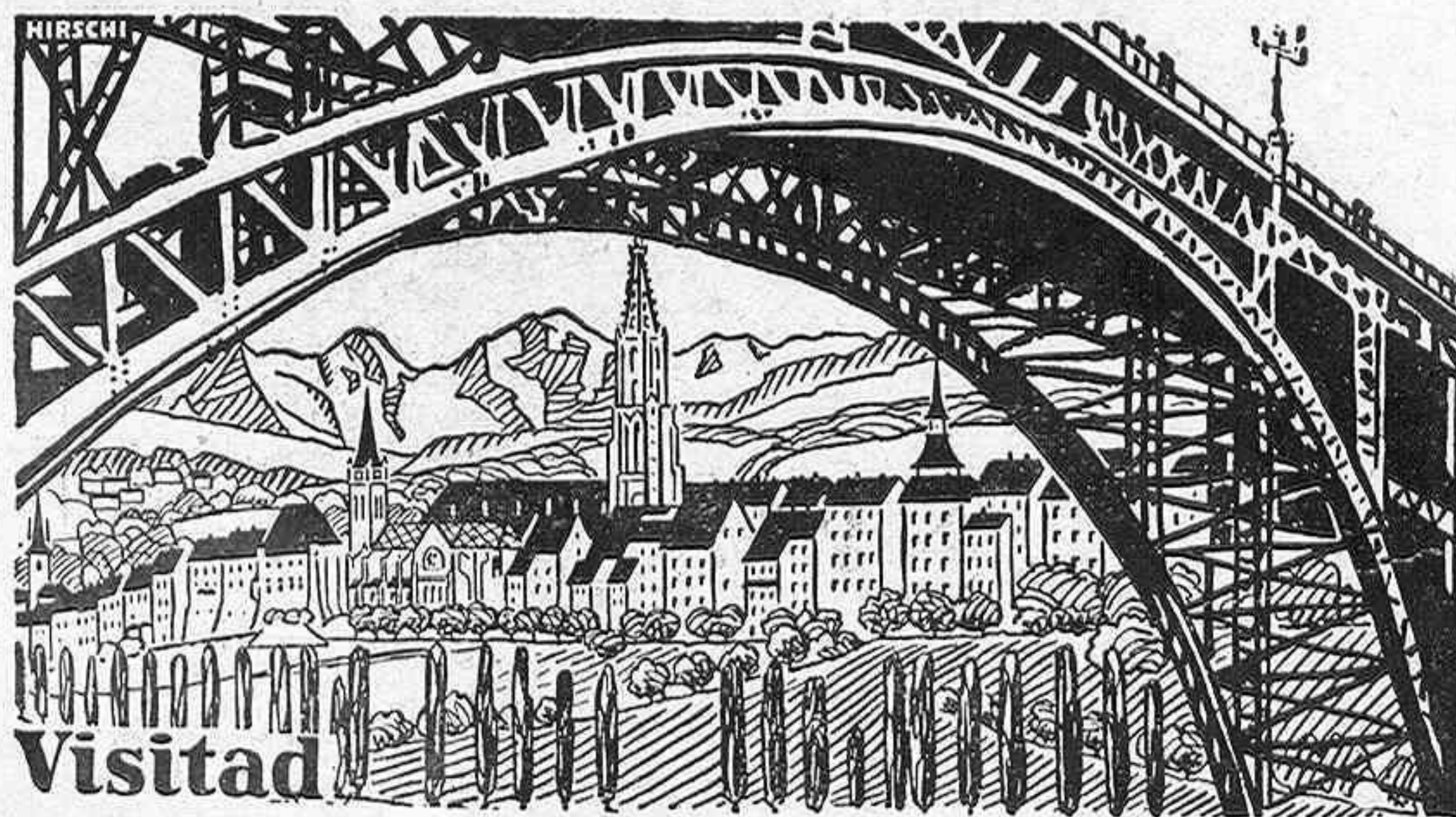
Bajo esta faz se presenta hoy el problema nacional á todos los pensadores serios y conspícuos, los cuales empiezan por una síntesis de los grandes problemas de la filosofía, síntesis de la cual no es el problema nacional más que una aplicación, y, queriendo subir hasta la cumbre del pensamiento, donde



brilla la unidad fecunda del Ser perfecto, se encuentran con esta cuestión, de donde toda iniciativa patriótica, siga la dirección que quiera, tiene que partir: la primera cuestión de todas, la primera cuestión cardinal, que es la de la naturaleza humana en sí misma y en sus relaciones con la naturaleza viviente, con la naturaleza cósmica y con la naturaleza divina. Cuatro cuestiones en una, en fin de cuentas, y que aun aquellos de los aludidos pensadores que las desarrollan sin orden alguno sistemático, sirviéndole de pauta únicamente las antinomias de la razón pura planteada por Kant, tienen que resolver analizándolas á compás de las vibraciones sucesivas de su mente. No trato de poner en relieve lo más substancial de las opiniones que en este punto cabe emitir; pero quede bien sentado que no hay ciencia tan idealista como la filosofía, ni tan idónea por ende para satisfacer cierto número de necesidades que toman su origen en nuestra esencia espiritual, y que no pueden ser satisfechas por las fuer-

zas de la Naturaleza. Y estas necesidades, á que como ninguna ciencia responde la filosofía en sus creaciones excelsas, son las diversas condiciones de nuestras funciones anímicas, cuyo desarrollo, perfeccionamiento y conservación tienen bajo su dependencia el empleo conveniente y regular de las fuerzas del cuerpo en los negocios más graves y trascendentales de la vida, como también la dirección y gobierno de la Naturaleza, con el fin de dar noble pábulo á todas las expansiones precisas, útiles y agradables al hombre.

Edmundo
 GONZALEZ-BLANCO



BERNA la magnífica capital de Suiza
 Pidase prospecto á la Oficina Oficial de Informaciones